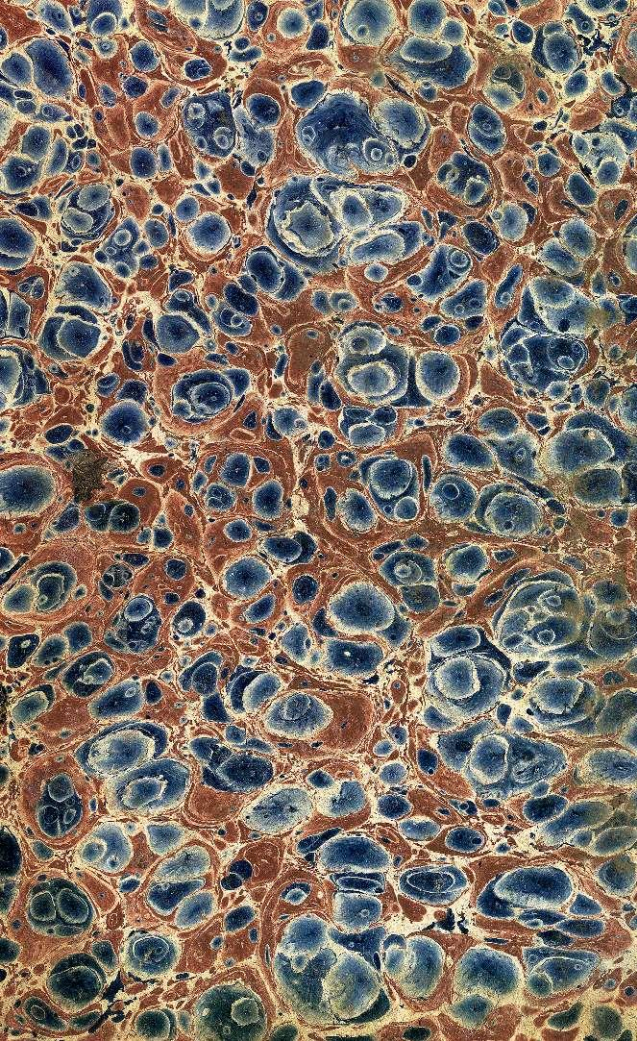
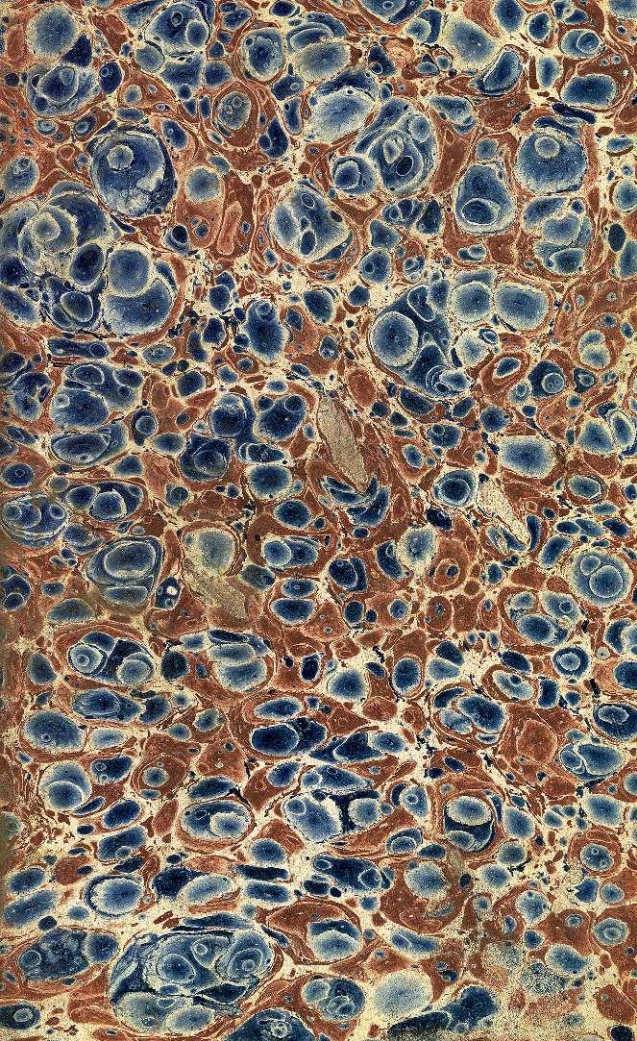




4
20-297

BIBLIOTECA HOSPIT. REAL
Est. A
25
Numero 621

L17299196

R-1H718

COMPENDIO

DEL ORÍGEN

DE

TODOS LOS CULTOS,

POR DUPUIS;

TRADUCIDO AL IDIOMA CASTELLANO

POR D. JOSEF MARCHENA.

Nueva edicion corregida de las faltas de lenguage de las abundantes anteriores.

Biblioteca Universitaria
GRANADA
TOMO II.
Sala 13
Estante 86
Tabla
Número 183

ISLA DE LEON:
IMPRENTA DE LOZANO.
1821.

R-1471

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA
TOMO 12.
Sala
Estante
Tabla
Número

COMPENDIO

DEL ORÍGEN

DE

TODOS LOS CULTOS.

CAPITULO IX.

Esplicacion de la fábula imaginada sobre el Sol, adorado con nombre de Cristo.

Si hay una fábula que al parecer pueda zafarse de la analisis que hemos emprendido de los poemas religiosos y mitos sagrados por medio de la física y la astronomía, sin duda es la de Cristo, ó el mito que con este nombre designa el sol. El odio que han jurado los secuaces de este culto, queriéndole hacer esclusivo, á los adoradores del sol, la luna y los astros, y á las Divinidades griegas y romanas cuyos templos y altares der-

ribaban, pudiera hacer presumir que no era su religion parte de la religion universal, si probara otra cosa el error de un pueblo acerca del verdadero objeto de su culto que la ignorancia popular, y como si dejara de ser el culto de la luna y el sol el de Isis, Hércules y Baco, porque creian los Griegos que Hércules y Baco eran mortales deificados, y porque pensaban los Egipcios que era Isis una reina benéfica, que en tiempos antiguos habia reinado en Egipto.

Los Romanos ridiculizaban las Divinidades que adoraban las orillas del Nilo, y proscribian á Anubis, Isis y Serapis, mientras que tributaban ellos adoracion á Mercurio, Diana, Ceres y Pluton, quiero decir á los mismos dioses con otras denominaciones y otras formas; tanto pueden los nombres con un vulgo ignorante. Decia Platon que desde la mas remota antigüedad adoraban los Griegos el sol, la luna y los astros; y no advierte que en su tiempo todavía conservaban los mismos dioses, con nombre de Hércules, Baco, Apolo, Diana, Esculapio, &c. como lo hemos probado en nuestra obra grande. Convencidos de que la opinion po-

pular acerca de la índole de la religion solamente prueba lo que se figura el vulgo, sin mudar la naturaleza del culto, examinaremos atentamente los sagrarios de Roma moderna, y veremos que el dios Cordero que esta adora, es el antiguo Jove de los Romanos, que muchas veces tomó esta figura con nombre de Amon, esto es de carnero ó cordero de primavera; y que el vencedor del príncipe de las tinieblas por Pascua, es el propio dios que en el poema de los Dionisiacos triunfa de Tifon en la misma época, y sana los males que habia introducido en el mundo el caudillo de las tinieblas, en figura de la serpiente que toma Tifon. Tambien reconoceremos, con nombre de Pedro, el antiguo Jano con sus llaves y su barca, al frente de las doce Divinidades de los doce meses, cuyos altares están á sus plantas. No se nos encubre que tendremos muchas preocupaciones que vencer, y que aquellos que nos conceden que Baco y Hércules son el sol, no nos otorgarán con tanta facilidad que el culto de Cristo sea el del sol; pero reflexiónenlo bien: los Griegos y los Romanos se hubieran rendido sin dificultad á las prue-

bas que vamos á dar de nuestro aserto, pero no se hubieran allanado á dejar de mirar á Hércules y Baco como unos príncipes que habian merecido por sus proezas tomar asiento entre los dioses. Todos se resisten á cuanto puede disipar las ilusiones de una preocupacion inveterada con la crianza, el ejemplo, y el hábito de creer; y por eso, no obstante la fuerza de las luminosas razones con que corroboraremos nuestro aserto, solo esperamos convencer á los hombres prudentes, á los amantes ingenuos de la verdad, prontos á sacrificar á ella sus preocupaciones asi que la descubren. Verdad es que solo para estos escribimos: los demas son juguete de la ignorancia y de los sacerdotes que viven á costa de su credulidad, y los conducen como una vil manada de ganado.

Por tanto no indagaremos si fue revelada por Dios la religion cristiana: los tontos son ya los únicos que creen en revelaciones y en duendes. Es mucho lo que ha adelantado la filosofía en nuestro siglo, para tener que refutar otras comunicaciones de Dios con los hombres, que las que se deben á la luz de la razon y á la contemplacion de la natura-

leza. Tampoco empezaremos nuestro exámen averiguando si hubo un filósofo ó un embustero llamado Cristo, que haya sido el fundador de la religion nombrada el cristianismo; porque dado caso de que permitiéramos este último punto, no quedarian contentos los cristianos si no mirábamos á ese Cristo como un sugeto inspirado, un hijo de Dios, y Dios él propio, crucificado por nuestros pecados. Sí un Dios es lo que quieren, un Dios que antes comia en la tierra, y que ahora nos le comemos nosotros: pero no puede llegar á tanto nuestra condescendencia. En cuanto á los que quedaran satisfechos con que les concediésemos que era Cristo un mero filósofo ó un hombre cualquiera sin ningun carácter divino, les pedimos que examinen la cuestion cuando hubiéremos analizado el culto de los Cristianos, sin tener cuenta con aquel ó aquellos que pudieron establecerle; ora se deba su fundacion á un hombre solo ó á muchos; ora coincida su cuna con los reinados de Augusto y Tiberio, como parece que la indica el mito moderno, y como vulgarmente se cree; ora sea su orígen muy mas antiguo, siendo ori-

ginado del culto mitriaco establecido en Persia, Armenia, Capadocia y la misma Roma, como pensamos nosotros. Lo que importa, es conocer á fondo el culto de los Cristianos, sea quien fuere su fundador; y no será cosa difícil probar que es el culto de la naturaleza y el sol, su primero y mas brillante agente; que el héroe de los mitos conocidos con título de evangelios, es el mismo que con mucho mas ingenio se celebra en los poemas acerca de Baco, Osiris, Hércules, Adonis, &c.

Cuando hayamos hecho ver que la pretensa historia de un dios nacido de una vírgen en el solsticio de hibierno, que resucita por Pascua ó cuando el equinoccio vernal, despues de bajar á los infiernos; de un dios que lleva consigo un acompañamiento de doce apóstoles, el principal de ellos con todos los atributos de Jano; de un dios vencedor del príncipe de las tinieblas, que traslada á los hombres al imperio de la luz, y sana las dolencias de la naturaleza, es un mito solar como todos los que hemos analizado, importará tan poco averiguar si hubo un hombre llamado Cristo, como indagar si se

llamó Hércules algun príncipe; pues será cosa demostrada que el ser adorado por los cristianos con nombre de Cristo es el sol, y que los milagros del mito ó poema evangélico se refieren á aquel astro, acreditándose que son los cristianos unos adoradores del sol, y que profesan sus sacerdotes la misma religion que los del Perú, que mandaron degollar. Veamos ahora en qué fundamentos estriban los dogmas del cristianismo.

Es el primero la existencia de un gran desórden que introdujo en el mundo una serpiente, persuadiendo á una muger que comiera de un fruto vedado; culpa de que ha procedido el conocimiento del mal que antes no habia sufrido el hombre, y que solo ha podido lavar un dios vencedor del príncipe de las tinieblas y de la muerte. Ese es el dogma fundamental de la religion cristiana, porque segun la doctrina de los cristianos, si ha sido necesaria la encarnacion de Cristo, era para quitar el mal introducido en el universo por la serpiente que engañó á la primera muger y al primer hombre, sin que sea dable separar ambos dogmas: donde no hay pecado, no hay redencion

donde no hay pecador no hay redentor. Pues la caida del hombre primero, ó la suposicion de los dos estados del hombre criado por el principio bueno, y que goza todos los bienes que dispensa este al mundo; que luego pasa al vasallage del principio malo, y á un estado de infelicidad y bajeza de que solamente le puede sacar el principio del bien y la luz, es una fábula cosmogónica del género de las que componian los magos sobre Ormuzd y Ahrimanes, ó mas antes una copia de aquellas. Examinemos sus libros. En el capítulo cuarto de esta obra dijimos que figuraban los magos el mundo con el emblema de un huevo dividido en doce partes; las seis pertenecientes á Ormuzd ó al dios autor del bien y la luz, y las otras seis á Ahrimanes, autor del mal y las tinieblas, resultando el mal y el bien de la naturaleza de la accion combinada de ambos principios. Tambien notamos que las seis porciones del imperio del buen principio abarcaban los seis meses que median desde el equinoccio vernal hasta el autumnal, y las seis del imperio del mal principio abrazaban los seis meses de otoño y de hibierno.

Asi se repartia el tiempo de la revolucion anual entre aquellos dos caudillos; uno que organizaba los seres y sazonaba los frutos, y otro que destruia los efectos producidos por el primero, y que perturbaba la armonía que ofrecia el espectáculo de la tierra y el cielo en los seis meses de primavera y verano. De otro modo indicaban tambien los magos la misma idea cosmogónica. Suponen que del tiempo sin principio ni fin ó de la eternidad, nació un período limitado que sin cesar se repite. Este período le dividen en doce mil partes que en estilo alegórico llaman años. Seis mil de dichas partes pertenecen al buen principio, y las otras seis mil al malo; y para que no haya equivocacion, á cada una de estas divisiones milesimales ó cada mil, corresponde uno de los signos que anda el sol en cada uno de los doce meses del año. El primer millar, dicen, corresponde al cordero; el segundo, al toro; el tercero, á los gemelos, &c. Bajo los seis signos primeros, ó los signos de los seis primeros meses del año equinoccial, ponen el reino y la benéfica accion del principio de la luz; y bajo los otros seis signos,

la accion del mal principio. El imperio de las tinieblas y el mal dicen que principia con el séptimo signo que corresponde á Libra, el primero de los signos de otoño, la estacion de los frutos y el hibierno; y dura su reino hasta que vuelve el sol al signo del cordero, el cual corresponde á Marzo y á la pascua. Esa es la clave de su sistema teológico acerca de la distribucion de las fuerzas opuestas de ambos principios, á cuya accion se halla sujeto el hombre cada año ó cada revolucion solar; ese el árbol del bien y el mal, junto al cual le puso la naturaleza. Oigamos á ellos propios esplicar su doctrina.

El tiempo, dice el autor del Bundesh, consta de doce mil años: los millares de Dios contienen el *Cordero*, el *Toro*, los *Gemelos*, el *Cáncer*, el *Leon*, y la *Espiga* ó la *Vírgen*, lo cual hace seis mil años. Sustitúyase á la voz años la de partes ó períodos cortos de tiempo, y á los nombres de los signos los de los meses, y tendremos Marzo, Abril, Mayo, Junio, Julio y Agosto, esto es los hermosos meses de la vegetacion periódica. Pasados los millares de Dios, vino la Libra; corrió entonces Ahri-

manes el mundo. Vino luego el Arco ó el Sagitario, y Afrasiab hizo el mal, &c. Sustitúyanse á los nombres de los signos *Libra*, *Escorpion*, *Sagitario*, *Capricornio*, *Acuario* y *Piscis*, los de los meses Setiembre, Octubre, Noviembre, Diciembre, Enero y Febrero, y tendremos los seis tiempos atribuidos al mal principio y sus efectos, que son escarcha, nieves, vientos y escesivas lluvias. Nótese que en Setiembre ó en la estacion de las manzanas, viene el genio malo á esparcir por el mundo su fatal influjo, el frio y la desorganizacion de las plantas, &c. Entonces conoce el hombre los males que en la primavera y el verano no eran conocidos en los hermosos climas del hemisferio septentrional.

Esa es la idea que quiso indicar el autor del Génesis en el mito de una muger que engañada de una serpiente coge la fatal manzana, que, semejante á la caja de Pandora, fue un manantial de males para todos los humanos.

«El sumo Dios, dice el autor del Modimel-el-Tawarick, crió primero al hombre y al toro en un sitio encumbrado, adon-

de vivieron sin males tres mil años, los cuales comprenden *el Cordero*, *el Toro* y *los Gemelos*. Luego vivieron en la tierra otros tres mil años, sin sufrir penas ni contrariedades, y estos años corresponden al *Cáncer*, al *Leon* y á la *Espiga* ó la *Vírgen*." Aquí tenemos los seis millares, llamados mas arriba millares de Dios, y los signos peculiares del imperio del buen principio.

"Luego en el séptimo millar que corresponde á la *Libra* (esto es en *Setiembre*, segun nuestro modo de contar), se manifestó el mal, y empezó á trabajar el hombre."

Dice otro pasage de la misma cosmogonía, que "toda la duracion del mundo, desde el principio al fin, se ciñe á doce mil años; que el hombre en la parte superior, esto es en el hemisferio boreal y superior, vivió sin mal tres mil años. Luego estuvo sin padecer males otros tres mil años. Despues se apareció Ahrimanes, que dió orígen á los males y las guerras el séptimo millar, esto es bajo la Libra, encima de la cual está la Serpiente celeste. Entonces se produjo la mezcla de bienes y males."

Efectivamente este era el confin de los

imperios de ambos principios; este el punto de contacto del bien y el mal, ó hablando en el estilo alegórico del Génesis, aqui estaba plantado el árbol de la ciencia del bien y el mal, al cual no podia tocar el hombre sin pasar al punto á ser esclavo del principio malo, á quien pertenecian los signos del otoño y el hibierno. Hasta entonces habia sido el privado de los cielos: Ormuzd le habia dispensado todos sus dones; pero Ahrimanes, enemigo y competidor de aquel buen dios, habia de envenenar sus mas preciosas dádivas, esclavizando al hombre cuando se retirase el dios del dia á los climas meridionales. Las noches recobraban entonces su imperio, y el pestilente soplo de Ahrimanes, en figura ó bajo el ascendiente de la Serpiente de las constelaciones, talaba los amenos huertos donde habia colocado Ormuzd al hombre. Esa es la idea teológica que de la cosmogonía de los Persas ha tomado el autor del Génesis, ornándola á su modo. Zoroastro, ó el autor del Génesis de los magos, se esplica en los términos siguientes, pintando la accion sucesiva de los dos principios en el mundo.

Ormuzd, dice, dios Luz ó buen principio, revela á Zoroastro, que dió al hombre un lugar de delicias y abundancia: «Si no hubiera yo dado aquel sitio de delicias, ser ninguno le hubiera dado. Este lugar es Eiren, que al principio era mas hermoso que el orbe entero que existe por mi poder. Nada se igualaba con la belleza de aquel sitio de delicias que yo habia dado. Yo fui el primero que obré, y luego Petiaré (Ahrimanes ó el mal principio), Petiaré Ahrimanes, lleno de muerte, formó en el rio *la gran culebra*, *madre del hibierno*, que esparció el frio en el agua, la tierra y los árboles."

De las espresiones terminantes de esta cosmogonía resulta que el mal introducido en el mundo es el hibierno. ¿Quien ha de ser quien le remedie? El dios de la primavera ó el sol en su paso por el signo del cordero, cuya figura toma el Cristo de los cristianos; que es el cordero que remedia las desdichas del mundo, y bajo este símbolo se le representa en los monumentos de los primitivos cristianos.

Es cosa evidente que aqui solo se trata

del mal físico y periódico, cuyos embates sufre todos los años la tierra, cuando se retira el sol, fuente de luz y vida para todo cuanto habita sobre la haz de nuestro globo. Por tanto esta cosmogonía solamente contiene la pintura alegórica de los fenómenos de la naturaleza y el influjo de los signos celestes; porque la Serpiente ó gran Culebra que trae los hibiernos, es, como la Libra, una de las constelaciones situadas en los linderos que dividen los imperios de ambos principios, esto es en el equinoccio autumnal. Esa es la verdadera serpiente de cuya forma se reviste Ahrimanes en la fábula de los magos, como en la de los Judíos, para introducir el mal en el mundo; y por eso llaman los Persas á aquel genio maléfico *el astro serpiente*, y á la serpiente celeste *serpiente de Eva*. A Ahrimanes le hacen andar por el cielo en figura de serpiente. El Bundesh ó Génesis de los Persas se esplica asi: «Ahrimanes, ó el principio del mal y las tinieblas, aquel por quien viene el mal al mundo, penetró en el cielo en figura de culebra, acompañado de los deus ó genios malos que solo aspiran á destruir.» En otra

parte dice: «Cuando asolaban el mundo los genios malos, y cuando se abria camino *el astro serpiente* entre el cielo y la tierra, esto es, cuando subia encima del horizonte, &c."

¿Pues, en que época de la revolucion anual sube al horizonte junto con el sol la serpiente celeste unida con aquel astro? Cuando llega el sol á la Libra, en la cual se estiende la constelacion de la serpiente, que quiere decir al séptimo signo empezando por el cordero, ó al signo en que vimos antes que ponian los magos el orígen del reino del mal principio, y la introduccion del mal en el universo.

La cosmogonía de los Judíos ó el Génesis saca á la escena la serpiente con el hombre y la muger, y le atribuye un razonamiento; pero bien se vé que todo esto pende de la índole de los Orientales y el carácter de la alegoría. El campo de la idea teológica es absolutamente el mismo. Verdad es que no dicen los Judíos que trajera la serpiente el hibierno que destruye todos los bienes de la naturaleza; pero dicen que sintió el hombre la necesidad de cubrirse,

y que se vió precisado á labrar la tierra, operacion que corresponde al otoño. No dicen que sucediese esta mutacion en el estado del hombre, en el séptimo millar ó el séptimo signo; pero reparten en seis tiempos la accion del buen principio, y ponen en el séptimo su descanso ó la cesacion de su energía, con la caida del hombre en la estacion de los frutos, y la introduccion del mal por la serpiente, cuya figura tomó el diablo ó el mal principio para tentar á los primeros mortales. El sitio de la escena le señalan en los mismos paises comprendidos en la denominacion de Eiren ó Iran, cerca de las fuentes de los grandes rios Eufrates, Tigris, Fison ó Araxes: solo que en vez de Eiren han escrito las copistas hebreos Eden, porque las letras D y R son muy parecidas en su alfabeto. El Génesis hebreo no se sirve de la esplicacion milesimal que usa el de los Persas; pero el de los antiguos Etruscos, semejante en todo lo demas al de los Hebreos, ha conservado esta denominacion alegórica de las divisiones del tiempo en que se ejerce la omnipotente accion del sol, alma de la naturaleza, espresándose asi:

«El dios arquitecto del universo gastó y consagró doce mil años en las obras que produjo, dividiéndolas en doce tiempos repartidos en los doce signos ó casas del sol.

»En el primer millar, hizo el cielo y la tierra.

»El segundo, el firmamento, que llamó cielo.

»El tercero, el mar y las aguas que riegan la tierra.

»El cuarto, los dos grandes luminares de la naturaleza.

»El quinto, el alma de las aves, reptiles y cuadrúpedos, y de cuantos animales viven en el aire, la tierra y las aguas.

»El sesto millar, hizo al hombre.

»Parece, añade el autor, que habiendo pasado seis mil años antes de la formacion del hombre, debe subsistir el género humano otros seis mil años, de manera que esté contenido todo el transcurso de la consumacion de esta grande obra en un período de doce mil años.» Ya hemos visto que el mismo período era dogma fundamental de la teología de los Persas, y que se dividia entre los dos principios por partes iguales. A

la espresion de *millar* ha sustituido la de *dia* el Génesis de los Hebreos; pero conservando el número seis, como el de los Etruscos y Persas. Por eso los antiguos Persas, segun dice Chardino, decian que los meses del año eran los seis dias de la semana que gastó Dios en la creacion: de lo cual se infiere que en el estilo alegórico y místico, las espresiones de mil años, dias, gaambares, significan los meses, pues corresponden á los signos del zodiaco, que son su natural medida. En cuanto á lo demas, el Génesis hebreo usa puntualmente las mismas espresiones que el de los Etruscos, y hace, lo que este no, la distincion de los dos principios, introduciendo la serpiente que en el Génesis de los Persas hace tan principal papel con nombre de Ahrimanes ó astro serpiente. La cosmogonía original me parece ser la de los Persas, que reune las espresiones promiscuas de las otras dos, dándonos la clave de todas. En la serie de esta obra, veremos que de la religion de los magos se deriva particularmente la de los cristianos.

No busquemos en el Génesis de los Hebreos mas que lo que hallamos en el de los

magos, y no nos presentarán sus portentosos cuentos la historia de los primeros hombres, mas sí la fábula alegórica imaginada por los Persas acerca del estado de los humanos sujetos en la tierra al dominio de los dos principios, esto es el gran misterio de la universal administracion del mundo, consagrado en la teología de todos los pueblos, representado con mil formas en las antiguas iniciaciones, y enseñado por los legisladores, los filósofos, los poetas y los teólogos, como dice Plutarco. Entonces era la alegoría el velo en que se envolvia la ciencia sagrada para infundir mayor respeto á los iniciados, si hemos de dar crédito á Sanconiaton.

Los mismos doctores hebreos, no menos que los cristianos, confiesan que los libros que se atribuyen á Moises están escritos en estilo alegórico, y esconden muchas veces un sentido muy distinto del literal; de suerte que se formaria ideas equivocadas y absurdas de la Divinidad el que se atuviese á la corteza que encubre la ciencia sacra. Particularmente en el primero y segundo capítulo del Génesis han encontrado un sen-

tido oculto y alegórico, que, segun ellos dicen, no se debe manifestar al vulgo. El mas docto de los rabinos, Maimonides, se esplica asi: « No debemos entender ni esplicar á la letra lo escrito en el libro de la creacion, ni formarnos de él las ideas que se forman los mas de los hombres; pues sino no nos hubieran encomendado con tanto afan nuestros antiguos sabios que ocultásemos su verdadero sentido, y no descorriésemos el velo alegórico que encubre las verdades que en él se contienen. Entendido á la letra, da este libro las mas estravagantes y absurdas ideas de la Divinidad. El que adivinase su verdadero sentido, guárdese de divulgarle. Esta máxima nos la inculcan todos nuestros sabios, especialmente para entender la obra de los seis dias. Posible es que uno por sí propio, ó con auxilio de las luces agenas, llegue á adivinar lo que quiere decir; entonces cállese, ó si habla, sea con oscuridad, como hago yo, dejando que me adivinen los que me puedan entender." Añade Maimonides que las espresiones enigmáticas no eran peculiares de Moises y los doctores judíos, sino promiscuas de todos

los sabios de la antigüedad, y tiene razon, sobre todo contrayéndose á los Orientales.

Lo mismo opinaba del carácter de los libros sagrados de los Hebreos el judío Filon. Este ha hecho dos tratados especiales intitulados *de las Alegorías*, y da un sentido alegórico al árbol de la vida, á los rios del paraiso, y á las demas ficciones del Génesis; y puesto que sus esplicaciones no son satisfactorias, no por eso ha dejado de conocer que seria un disparate entender aquellas narraciones al pie de la letra. Cosa sentada entre todos los que saben algo de la Escritura, dice Orígenes, es que todo en ella está encubierto bajo el velo de enigmas y parábolas. Aquel doctor y sus discípulos tenian particularmente por alegórica toda la historia de Adan y Eva, y el mito del paraiso terrenal.

Augustino, en su *Ciudad de Dios*, dice que muchos consideraban la aventura de Eva con la serpiente, y el paraiso terrenal, como ficcion alegórica. Despues de referir varias esplicaciones que de esta historia daban, y que estaban sacadas de la moral,

añade que otras mejores se pudieran imaginar, y que no se opone á ellas con tal, dice, que se crea que es un hecho real.

No sé como puede avenir Augustino la fábula con la historia, y una ficcion alegórica con un hecho real. Si defiende esa realidad, á riesgo de no ser consiguiente, consiste en que todavía hubiera sido mayor inconsecuencia reconocer la mision real de Cristo, redentor del pecado del primer hombre, y mirar los dos primeros capítulos del Génesis como una mera alegoría. Queriendo que el remedio del mal por Cristo fuese un suceso histórico, era forzoso que tambien fuese histórica la aventura de Adan, Eva y la serpiente, porque la verdad de aquel depende de la realidad de esta. Por otra parte lo inverosímil del cuento le obliga á una confesion notable, la de que es necesario recurrir á la esplicacion alegórica para zafarse de tamaños disparates. Podemos decir, con Beausobre, que Augustino abandona en algun modo el Antiguo Testamento á los Maniqueos que argüian de apócrifos los tres primeros capítulos del Génesis, y que confiesa que no es posible de-

fender el sentido literal sin agravio de la piedad, atribuyendo á Dios cosas indignas de la divinidad; y que por no deslucir á Moises y su historia, es indispensable recurrir á la alegoría. Efectivamente, ¿que hombre de sana razon, dice Orígenes, se persuadirá á que hubiese primero, segundo y tercero dia, y á que tuviese cada uno de dichos dias su tarde y su mañana, sin que todavía hubiera sol, luna ni estrellas? ¿Quien será tan simple que crea que hiciese Dios oficio de hortelano, plantando un huerto en el Oriente; que fuese el árbol de la vida un árbol real y palpable, cuya fruta tenia la virtud de perpetuar la vida, &c.? Coteja luego aquel doctor el mito del nacimiento de Adan con el del nacimiento del Amor, de quien fue padre Poro ó la Abundancia, y madre Penia ó la Pobreza; y defiende que hay varias historias del Antiguo Testamento, que no pudieron suceder como las cuenta el autor sagrado, y son meras ficciones que encubren verdades secretas.

Si los doctores cristianos, los padres de la iglesia, que tan distantes estaban de ser filósofos, no obstante su invencible propen-

sion á creerselo todo, no han podido tragar tanto absurdo, y han visto que era necesario recurrir á la clave alegórica para desentrañar el sentido de estos enigmas sagrados, bien podremos nosotros que vivimos en un siglo mas inclinado á discurrir que á creer, suponer en estas milagrosas historias el carácter de los dogmas religiosos de toda la antigüedad, y descorrer el velo alegórico que las encubre. Efectivamente, todo es repugnante en este cuento de novela, si nos empeñamos en mirarle como historia de los acontecimientos que realmente sucedieron en los primeros dias del mundo. La idea de un Dios, esto es de la eterna y suprema causa que se reviste de un cuerpo para recrearse paseándose en un jardin; la de una muger que gasta conversacion con una serpiente, la escucha y da oidos á sus consejos; la de un hombre y una muger organizados para reproducirse, y destinados á la inmortalidad y á producir otros infinitos seres inmortales como ellos, que tambien se han de reproducir y alimentar con los frutos de un huerto donde han de vivir todos ellos toda la eternidad; una manzana comida, que va á dar

la muerte y á estampar la mancha hereditaria de la culpa á tantas generaciones que no tuvieron parte en aquella inobediencia, la cual no ha de tener perdon hasta que cometan los hombres otra culpa infinitamente mas grave, un deicidio, si semejante delito fuera posible: la muger, condenada desde entonces á parir con dolor, como si no fueran los dolores del parto efecto de su organizacion, y no los padeciesen todos los demas animales que no probaron la fatal manzana; la serpiente, forzada á ir arrastrando, como si pudiera andar de otro modo un reptil sin pies: tantos desatinos y locuras reunidos en uno ó dos capítulos de aquel milagroso libro, no los puede admitir como una historia quien no hubiere dejado apagarse totalmente la lumbrera sagrada de la razon en el lodazal de las preocupaciones. Si hay alguno de nuestros lectores cuya impertérrita credulidad pudiere tragarse tamaños disparates, le rogamos encarecidamente que no pase adelante leyéndonos, y que se ciña á leer cuentos de duendes, libros de caballería, los cuatro evangelios, el año cristiano, la vida de Santa Rosalía, y los oráculos de

la burra de Balaan. La filosofía se queda para los hombres, y los cuentos para los niños. A los que se acomodan á considerar á Cristo como un dios redentor, y no se pueden sin embargo avenir á admitir la realidad de la aventura de Adan, Eva y la serpiente, y de la caida que hizo indispensable la redencion, les preguntaremos como se zafan de inconsecuencia. Efectivamente, ¿si no hubo culpa, para que ha sido el remedio? ¿si no fueron los sucesos los que cuenta el Génesis, que crédito merece un escritor que desde las primeras líneas nos engaña, y cuya obra no obstante es el fundamento de la religion de los cristianos? Si se ciñen á decir que encierra un sentido oculto, confiesan entonces que es indispensable recurrir á la alegoría, y eso es lo que hacemos nosotros. Solo nos resta examinar si es buena la esplicacion alegórica que damos; entonces conviene juzgar de nuestra obra, y eso es lo que pedimos, porque estamos muy lejos de exigir que tenga fe en nuestras opiniones el que las admitiere. Citamos testos, señalamos posiciones celestes; verifíquense: sacamos consecuencias; véase si son legíti-

mas. El resúmen recapitulado de nuestra esplicacion es el siguiente.

Segun los principios de la cosmogonía ó el Génesis de los magos, con el cual tiene muchísima afinidad el de los Judíos, pues ambos ponen al hombre en un huerto delicioso donde introduce una serpiente el mal; del tiempo sin principio ni fin ó de la eternidad nace un período limitado, dividido en doce partes, seis que pertenecen á la luz, y seis á las tinieblas; seis á la accion criadora, y seis á la destructora; seis al bien, y seis al mal de la naturaleza. Este período es la revolucion anual del cielo ó el mundo, que figuraban los magos con un huevo místico dividido en doce partes, seis pertenecientes al caudillo del bien y la luz, y seis al del mal y las tinieblas: los Hebreos representan dicho período con un árbol que da el conocimiento del bien y el mal, y produce doce frutos, que asi le pinta el evangelio de Eva; otros le figuran con doce mil años, seis mil llamados de Dios, y otros seis mil del Diablo. Todos estos son emblemas del año, durante el cual pasa sucesivamente el hombre al dominio de la luz y

las tinieblas, al de los dias largos y las largas noches; goza el bien y padece el mal físico que se acometen, se repelen ó se confunden, segun se acerca á nuestro hemisferio ó se aleja de él el sol, y segun organiza por la vejetacion la materia sublunar, ó la abandona á su principio de inercia, del cual procede la desorganizacion de los cuerpos y el desórden que causa el hibierno en todos los elementos y en la superficie de la tierra, hasta que la primavera le restituye la armonía.

Fecundada entonces por la accion del fuego éter, fuego inmortal é inteligente, y por el calor del sol del cordero equinoccial, se convierte la tierra en una mansion de delicias para el género humano; mas cuando llega el astro del dia á la Libra y la Serpiente ó á los signos de otoño, pasándose al otro hemisferio, deja con su retirada nuestras regiones entregadas á los rigores del hibierno, á los tempestuosos vientos, y á cuantos estragos hace en el mundo el maléfico genio de las tinieblas, no quedando al hombre otra esperanza que la vuelta del sol al signo vernal ó al cordero, el primero de los

signos. Ese es el redentor que espera.

Veamos ahora si tiene el Dios de los cristianos, que llama Juan la luz que alumbra á todo hombre que viene al mundo, el carácter del dios Sol, que adoran todos los pueblos con una multitud de denominaciones y atributos distintos, y si estriba su mito en el mismo fundamento que los demas mitos solares que hemos descompuesto. Ya dejamos dicho que dos épocas principales han hecho impresion en todos los hombres: la primera, la del solsticio de hibierno, cuando el sol que parecia que nos habia abandonado, se acerca de nuevo á nuestras regiones, y el dia en su infancia recibe aumentos sucesivos: la segunda, la del equinoccio vernal, cuando esparce este vigoroso astro su fecundo calor en la naturaleza, despues de atravesar el famoso paso ó la línea equinoccial que separa el imperio luminoso del tenebroso, la mansion de Ormuzd de la de Ahrimanes. A estas dos épocas se refieren las principales festividades de los adoradores del astro que dispensa luz y vida al mundo.

En la realidad, ni nace ni muere el sol:

en sí mismo siempre es refulgente y magestuoso; pero en las relaciones que tienen con las noches los dias engendrados por él, hay en este mundo una progresiva graduacion de aumento y diminucion, que ha dado motivo á ficciones muy ingeniosas de los antiguos teólogos, los cuales han comparado la generacion, el aumento y diminucion periódicos del dia con los del hombre, que despues que ha nacido, ha crecido y llegado á la edad viril, se deteriora y baja, hasta que al cabo llega á la meta de la carrera que le asignó la naturaleza. Personalizado el dios del dia en las alegorías sacras, se sujetó á todos los destinos del hombre, y tuvo su cuna y su sepulcro con nombre de Hércules, Baco, Orisis, &c. ó en fin Cristo. Era recien-nacido en el solsticio de hibierno cuando empezaba á crecer el dia, y en esta figura mostraban su imágen en los templos antiguos, para que le tributasen adoracion sus devotos; « porque siendo entonces, dice Macrobio, los dias mas cortos, parece que está este dios todavía en mantillas. Ese es el niño de los misterios, cuya imágen sacaban todos los años un dia fijo

los Egipcios de sus sagrarios." Ese es el niño de quien se intitulaba madre la diosa de Sais, en la célebre inscripcion donde se leian las siguientes palabras: *El fruto de mi vientre es el Sol.* Ese es el niño débil y flaco, nacido en mitad de la mas tenebrosa noche, que paria la vírgen de Sais en los dias inmediatos al solsticio de hibierno, segun Plutarco.

Este dios tenia sus misterios y altares, con efigies que le representaban en las cuatro edades de la vida humana.

No eran los Egipcios los únicos que celebraban por el solsticio hibernal el nacimiento del dios Sol, del astro que sana todos los males de la naturaleza. Tambien hacian los Romanos en la misma época su fiesta grande del nuevo sol, y la solemnidad de los juegos solares conocidos con nombre de circenses, que habian señalado para el octavo dia antes de las calendas de Enero, esto es el dia mismo que corresponde á nuestro 25 de Diciembre, ó al nacimiento del sol, adorado con los nombres de Mitras y Cristo. Esta indicacion se encuentra en un calendario impreso en la *Uranología* del Pa-

dre Petau, y al fin de nuestra obra grande en el cual se lee: el dia 8 antes de las calendas de Enero, *natalis Invicti*, nacimiento del Invicto, que es Mitras ó el Sol. "Celebramos, dice Juliano el filósofo, algunos dias antes de año nuevo, juegos magníficos en obsequio del sol, á quien damos título de invicto. ¡Ojalá tenga yo la dicha de celebrarlos dilatados años, ó Sol, rey del universo, tú que desde toda la eternidad engendró el primer Dios de su pura sustancia, &c.!" Esta espresion es platónica, porque llamaba Platon al sol hijo de Dios. El epiteto que dan todos los monumentos de la religion mitriaca á Mitras ó al Sol, la Divinidad grande de los Persas, es el de invicto: *Al dios Sol, al invicto Mitras.*

De suerte que Mitras y Cristo nacian el propio dia, el cual era el del nacimiento del Sol. Mitras decian que era el mismo Dios que el sol, y que Cristo era la luz que alumbra á todo hombre que viene al mundo. Mitras nacia en una gruta, Baco y Jupiter en una caverna, y Cristo en un pesebre. Este paralelo le hace el propio San Justino. En un pesebre, dice, descansaba Cris-

to cuando le vinieron á adorar los magos. ¿ Y quien eran los magos ? Los adoradores de Mitras ó el sol. ¿ Que ofrendas hacen al dios recien-nacido ? Tres cosas consagradas al sol en el culto de los Caldeos, los Arabes y los demas Orientales. ¿ Quien los advierte de este nacimiento ? La astrología, la ciencia que mas aprecian. ¿ Cuales eran sus dogmas ? Creian, dice Chardino, en la eternidad del primer Ser, que es la *luz*. ¿ Que dice este mito que hacen ? Desempeñar la Primera obligacion de su religion, que les mandaba adorar el *sol naciente*. ¿ Que nombre dan á Cristo los profetas ? El de Oriente. *Oriente*, dicen, es su nombre ; y en el cielo ven su imágen al oriente, no en Oriente. Efectivamente, la esfera de los magos y Caldeos representaba en el cielo un niño recien-nacido, llamado Cristo y Jesus, en brazos de la Vírgen celeste ó la Vírgen de los signos, la misma á quien Eratostenes apellida Isis, madre de Oro. ¿ A que punto del cielo correspondia esa vírgen de las esferas y su niño ? A la hora de media noche, el 25 de Diciembre, en el mismo instante que suponen el nacimiento del dios del año,

el nuevo Sol ó Cristo, en el confin oriental, en el mismo punto en que salia el sol del dia primero.

Un hecho que no pende de ninguna hipótesis, ni de ninguna de las consecuencias que sacaré yo de él, es que á la hora puntual de media noche, á 25 de Diciembre, en la época que empezó el cristianismo, la vírgen de las constelaciones era el signo celeste que subia al horizonte, y cuyo ascenso presidia al principio de una nueva revolucion solar. Otro hecho es que el dios Sol, que nace en el solsticio de hibierno, se reune con ella, y la envuelve en sus fuegos en la época de nuestra festividad de la Asuncion, ó de la reunion de la madre con su hijo. Tambien es otro hecho que sale esta misma vírgen heliacamente de los rayos solares, cuando celebramos nosotros su aparicion en el mundo ó la natividad de la Vírgen. No averiguo ahora por qué motivo se han señalado las citadas épocas á esas fiestas: básteme decir que estos son tres hechos que no puede destruir argumento ninguno, y de que puede sacar importantísimas consecuencias un observador atento que conoz-

ca bien la índole de los antiguos mistagogos, á menos que se miren como mero efecto del acaso; cosa que nadie persuadirá á los que se rezelan de todo cuanto puede descarriar su razon y perpetuar sus preocupaciones. A lo menos es cierto que la misma vírgen, la única que puede alegóricamente ser madre, sin dejar de ser vírgen, desempeña los tres grandes papeles de la Vírgen, madre de Cristo, en el nacimiento de su hijo, en el suyo propio, y en su reunion con Cristo en el cielo. La funcion de madre es la que aqui examinamos mas particularmente. Cosa natural es presumir que los que personalizaron el sol y le hicieron seguir todos los trámites de la vida humana; los que le atribuyeron milagrosas aventuras que cantaban en poemas ó contaban en mitos no dejarian de sacar su horóscopo, como se saca el de los otros niños en el instante mismo que nacen, siendo este uso general de los Caldeos y magos. Esta fiesta se celebró con título de *dies natalis*, ó fiesta del nacimiento. Pues la Vírgen celeste, que presidia al nacimiento del dios Dia personalizado, se reputó ser su madre, y cumplió

la profecía del astrólogo que habia dicho: *una vírgen concebirá y parirá*, quiere decir que parirá al *dios Sol*, como la vírgen de Sais. De aqui proceden las figuras pintadas en la esfera de los magos, cuya descripcion nos da Abulmazar, y de que hablan Kirker, Seldeno, el famoso Pico, Rogerio Bacon, Alberto Magno, Blaeu, Stoffler, y otra multitud de autores. Copiaremos aqui el pasage de Abulmazar. «En el primer decan ó los diez primeros grados del signo de la Vírgen, conforme á las mas antiguas tradiciones de los Persas, Caldeos, Egipcios, Hermes y Esculapio, se vé una doncella jóven, llamada en idioma persiano *Seelenidos de Darzama*, nombre que se vierte en árabe por el de *Adrenedefa*, y quiere decir vírgen casta, pura, inmaculada. Esta es de bella estatura, el rostro hermoso, los cabellos largos, el ademan modesto. En las manos lleva dos espigas; está sentada en un trono, cria y da el pecho á un niño que llaman algunos Jesus, y los Griegos Cristo." La esfera pérsica, que publicó Escaligero al fin de sus notas sobre Manilio, describe casi lo mismo la Vírgen

celeste, pero no nombra el niño á quien da el pecho, y tiene á su lado un hombre que no puede ser otro que Bootes, llamado el que alimenta al hijo de la vírgen Isis ó Oro.

En la Biblioteca Real de Paris hay un manuscrito arábigo, que contiene los doce signos dibujados é iluminados, donde se vé un niño de pecho al lado de la Vírgen celeste, figurada casi como nuestras vírgenes y la Isis egipcia con su hijo. Es muy verosímil que pusieran los astrólogos antiguos en el cielo en figura de un niño tierno al nuevo Sol, en la constelacion que presidia á su renacimiento y el del año en el solsticio de hibierno, y que sea ese el orígen de las ficciones sobre el dios Dia, concebido en las castas entrañas de una vírgen, pues efectivamente aquella constelacion era la Vírgen. Mas natural es esta consecuencia que la opinion de los que se empeñan en que hubo una muger que fue madre sin dejar de ser vírgen, y que el fruto de su vientre es el eterno Ser que mueve y rige la naturaleza entera. Los Griegos decian que su dios en forma de carnero ó cordero, el célebre Amon ó Jupiter, fue criado por *Temis*, que

es otro de los nombres de la Vírgen de las constelaciones, que tambien se llama *Ceres*, y como tal tiene el epiteto de *Santa Vírgen*, madre del mancebo Baco ó el Sol, cuya imágen en figura de un niño esponian todos los años por el solsticio hibernal en los santuarios, segun dice Macrobio. El testimonio de este le corrobora el autor de la crónica de Alejandría en estos términos: «Hasta hoy han consagrado los Egipcios el parto de una virgen y el nacimiento de su hijo, que esponen en un pesebre á la adoracion de la gente. Habiendo preguntado el rey Tolomeo la razon de esta costumbre, le fue respondido que era un misterio que enseñó á sus mayores un profeta respetable." Profeta llamaban ellos á uno de los principales ministros de la iniciacion.

Aseguran, no sé con que pruebas, que tambien tributaban adoracion los antiguos Druidas á una vírgen, con la inscripcion *Virgini parituræ*, y que habia una efigie suya en el territorio de Chartres. A lo menos es cierto que en los monumentos de Mitras ó el Sol, cuyo culto estaba antiguamente establecido en la Gran Bretaña, se

figura una muger que da de mamar á un niño, la cual no puede ser otra que la madre del dios Dia. El autor ingles que ha escrito una disertacion sobre este monumento, especifica todas cuantas circunstancias pueden probar las relaciones que habia entre las festividades del nacimiento de Cristo y las del de Mitras. Mas devoto este escritor que filósofo, las mira como fiestas imaginadas en virtud de conocimientos proféticos sobre el futuro nacimiento de Cristo, notando con razon que estaba difundido el culto mitriaco en todo el imperio romano, con particularidad en las Galias y la Gran Bretaña. Tambien cita el testimonio de San Gerónimo, que se queja de que celebraran los paganos la fiesta del Sol naciente ó Adonis, el propio que Mitras, el mismo dia del nacimiento de Cristo en Belen; fiestas todas que en nuestro dictámen son un culto mismo con nombres distintos, como lo hacemos ver en la fábula de Adonis, muerto y resucitado como Cristo.

Habiendo puesto en claro el fundamento astronómico en que estriba el mito de la encarnacion del sol con nombre de Cristo

en las entrañas de una vírgen, vamos á averiguar el orígen del que cuenta su muerte, y luego su resurreccion, en forma de cordero pascual en el equinoccio de primavera.

Como enseñaban las ficciones sacerdotales que el sol, único libertador de los males que engendra el hibierno, nacia en el solsticio, tenia que permanecer todavía tres meses en los signos inferiores, region sujeta al mal y las tinieblas, y vivir bajo el dominio de su caudillo antes de salvar el célebre paso del equinoccio vernal, que afianza su victoria contra la noche y renueva la faz de la tierra. Por tanto, todo ese tiempo va á vivir espuesto á todas las dolencias de la vida mortal, hasta que recupere los derechos de la Divinidad en su triunfo. El ingenio alegórico de los mistagogos va á componer su vida, fraguando aventuras análogas con el carácter que le atribuyen, y que es propio del fin que se propone la iniciacion. Asi queriendo Esopo pintar al hombre injusto y fuerte que oprime al flaco, ha sacado á la escena animales dándoles caracteres opuestos, y fingiendo una accion que

acertase con el blanco de su apólogo moral. Del mismo modo inventaron los Egipcios el mito de Osiris ó el Sol benéfico, que anda el universo difundiendo los innumerables bienes cuya fuente es, y le han opuesto á Tifon, príncipe de las tinieblas, que se opone á todas sus operaciones y le quita la vida. En una idea tan sencilla han fundado la fábula de Osiris y Tifon, aquel legítimo monarca, y este tirano del Egipto. Ademas de las reliquias de las antiguas ficciones sacerdotales que nos han conservado Diodoro y Plutarco, nos queda una vida de Osiris y Tifon, compuesta por el obispo Sinesio, porque entonces fabricaban mitos los obispos. En la tal vida son meramente imaginarios los sucesos, y el carácter y los retratos de los dos principios de la teología egipcia, puesto que conformes á la idea del papel que debia hacer cada uno de ellos, para indicar en una fábula la opuesta accion de los principios contrapuestos y enemigos en la naturaleza. Tambien tenian los Persas su historia de Ormuzd y Ahrimanes, que contenia el cuento de sus batallas, y la victoria del principio bueno contra el malo.

Los Griegos tenian las vidas de Hércules y Baco, ó la historia de sus ilustres proezas y los beneficios que habian esparcido en la tierra entera, cuentos que eran poemas ingeniosos y doctos. Al contrario, la historia de Cristo es un mito fastidioso, donde está estampado el carácter de uniformidad y tristeza de las fábulas indias, que solo tratan de devotos, penitentes y bramas, que viven absortos en la contemplacion. Su dios Vichenú, encarnado en Crisnú, se parece en muchas cosas á Cristo. Ciertos juegos del niño Crisnú son muy semejantes á los que atribuye á Cristo el evangelio de la infancia; y cuando es hombre, resucita de entre los muertos como Cristo.

Tambien tenian los magos el mito del fundador de su religion, cuyo nacimiento fue anunciado con prodigios. Se vió espuesto á peligros desde su infancia, y obligado á huir á Persia, como Cristo á Egipto, persiguiéndole un rey enemigo que le queria matar. Un ángel le arrebató al cielo, de donde trajo el libro de su ley. El diablo le tentó como á Cristo, prometiéndole magníficas cosas si queria sujetarse á él. Le ca-

lumniarom y persiguieron los sacerdotes, como á Cristo los Fariseos; y les respondió haciendo milagros que acreditaban su divina mision y los dogmas contenidos en su libro. Por este paralelo se echa fácilmente de ver que los autores del mito de Cristo, que dicen que vinieron á su cuna los magos guiados por la famosa estrella que decian haber pronosticado Zoroastro, no habrán dejado de introducir en dicho mito muchas particularidades pertenecientes al fundador de la religion de los Persas, de que es rama el cristianismo, y con la que tiene mucha analogía, como tendremos ocasion para observarlo cuando tratemos de la religion mitriaca ó del Sol Mitras, principal Divinidad de los Persas.

No tenian los autores de este mito la instruccion y el ingenio suficientes para componer poemas como los cantos sobre Hércules, Teseo, Jason, Baco, &c. demas de que se habia perdido el hilo de los conocimientos astronómicos, y se ceñian á fraguar mitos con las reliquias de las ficciones antiguas que ya nadie entendia. Añádase á esto que era meramente moral el objeto de los que

presidian á la iniciacion en los misterios de Cristo, que no tanto querian pintar el héroe vencedor de los gigantes y los males de toda especie esparcidos en la naturaleza, como un hombre manso, sufrido, benéfico, que habia bajado á la tierra á predicar con su ejemplo las virtudes que querian enseñar á que practicasen los iniciados en estos misterios, que eran los de la eterna luz; por tanto hicieron que obrase en consecuencia, y que recomendase y predicase las austeras costumbres de los Esenios, muy parecidas á las de los Bramas y devotos de la India. Tuvo discípulos como el Somonacodon de los Sianeses, dios que tambien nació de una vírgen por obra del Sol; el número de sus apóstoles acordó la gran division duodecimal que se halla en todas las religiones cuyo héroe es el Sol; pero su mito fue mas milagroso que recreativo, y se echan de ver en él la credulidad y la ignorancia judaica. Habiendo supuesto el autor de esta fábula sacra que habia nacido en Judea, le sujetó á él y su madre á las ceremonias religiosas de aquel pueblo. Fue circuncidado al octavo dia, como todos los Ju-

díos; y su madre, como las demas Judías, se vió obligada á presentarse en el templo para purificarse. Bien se vé que todo eso es necesaria consecuencia de la primera idea, la que asienta que nació, predicó y murió para resucitar luego, pues no hay resurreccion donde no hubo muerte. Habiéndole hecho hombre, tuvo que pasar la edad de adolescencia y juventud, y se instruyó muy pronto, tanto que de doce años pasmaba á todos los doctores. La moral que querian inculcar, la pusieron en lecciones en sus razonamientos, ó en ejemplos en sus obras, fingiendo milagros que la corroboraban, y engañando á fánaticos que dijesen que los habian visto; porque ¿quien no hace milagros en todo pais donde están dispuestos los ánimos á creerlos? En un siglo tan ilustrado como el nuestro, y en medio de una ciudad inmensa donde habia mas de un crítico, pero donde hay muchos mas tontos y embusteros, los han visto ó creido verlos en el sepulcro del bienaventurado Paris. Todos los caudillos de religiones se cuenta que han hecho milagros. Fo los hizo en la China, y mas de cuarenta mil discípulos suyos certi-

ficaron que los habian visto. Odin los hizo en Escandinavia, resucitó muertos, bajó á los infiernos, y dió á los niños recien-nacidos una especie de bautismo. Los portentos son el móvil mas eficaz de todas las religiones: nada se cree tan firmemente como lo que no es creible. El obispo Sinesio dice, y lo entendia, que la plebe necesitaba milagros, fueran los que quisieran, y que no era posible hacer carrera con ella de otro modo. Segun estos principios compusieron la vida de Cristo: los que la fraguaron, ligaron los sucesos fingidos de ella no solo con lugares conocidos, como hicieron todos los antiguos poetas en las fábulas de Hércules, Baco, Osiris, &c. mas tambien con una era y sugetos conocidos, el siglo de Augusto, de Tiberio, de Poncio Pilatos, &c. lo cual acredita no la existencia real de Cristo, sino que es posterior á esta época la fábula sacerdotal; de lo cual no dudamos. Otras muchas se han compuesto, pues hay hasta cincuenta evangelios ó vidas de Cristo, y se han contado de él tantas cosas, que apenas se podrian contener en volúmenes inmensos, segun se esplica uno de los auto-

res de dichos mitos. La imaginacion de los mistagogos se ha esplayado á todas sus anchuras; pero todos se han convenido en dos puntos fundamentales, la encarnacion que hemos esplicado, y la muerte y resurreccion que vamos á probar que son privativas del sol, y una repeticion de la trágica aventura representada en todos los misterios, y descrita en todos los cantos y mitos de los adoradores del sol, con una multitud de nombres distintos.

Traigamos aqui á la memoria lo que probamos arriba, conviene á saber, que tiene Cristo todos los caracteres del dios Sol, en su nacimiento ó encarnacion en las entrañas de una vírgen, y que se verifica dicho nacimiento puntualmente en el mismo instante que celebraban los antiguos el del sol ó Mitras, sucediendo cuando sube una constelacion que en la esfera de los magos lleva un niño llamado Jesus. Trátase ahora de hacer ver que igualmente tiene todos los caracteres del dios Sol en su resurreccion, ora se atienda á la época en que suponen que sucede este acontecimiento, ora á la forma en que se muestra Cristo despues de su triunfo.

Cuando concluimos nuestra esplicacion de la pretensa caida del hombre, y la fábula en que introduce la Serpiente el mal en el mundo, dijimos que era este mal de tal naturaleza, que le redimia el sol de primavera, y solo él le podia redimir. La redencion por Cristo, si es Cristo el dios Sol, se debe por tanto verificar en esta época.

Pues cabalmente en el equinoccio de primavera triunfa Cristo y redime los males del género humano, en el mito sacerdotal de los cristianos, intitulado vida de Cristo. Con esta época anual están conexas las fiestas cuyo objeto es celebrar aquel importante suceso, porque la pascua de los cristianos, asi como la de los Judíos, está señalada para el plenilunio del equinoccio vernal, esto es para la época del año en que salva el sol el famoso paso que separa el dominio del dios de la luz del imperio del príncipe de las tinieblas, y en que torna á nuestros climas el astro que vivifica y alumbra toda la naturaleza. Llámanla los Judíos y los cristianos la fiesta del pasage; porque entonces pasa á nosotros el dios Sol ó el

dueño de la naturaleza, distribuyéndonos sus beneficios de que todo el hibierno nos habia privado la serpiente de las tinieblas y del otoño. Este es el hermoso Apolo, lleno de todo el vigor de la juventud, que triunfa de la serpiente Piton. Esta es la fiesta del Señor, que este respetable título daban al sol; porque Adonis y Adonai significaban este astro, árbitro del mundo, en el mito oriental de Adonis, dios Sol, que como Cristo salia vencedor del sepulcro despues que habian llorado su muerte; y en la consagracion de los siete dias de la semana á los siete planetas, el dia del sol se llama *dia del señor*, el cual precede al lunes ó el dia de la luna, y se sigue al sábado ó dia de Saturno, los dos planetas que ocupan los estremos de la escala musical, cuyo centro es el sol, que forma la cuarta. De suerte que bajo todos aspectos cuadra al sol el epiteto de señor.

La fiesta del pasage del señor estaba fijada á los principios para el dia 25 de Marzo, esto es tres meses justos despues de la de su nacimiento, que tambien es la del nacimiento del sol. Recobrando entonces aquel

astro su fuerza criadora y toda su actividad fecunda, parecia que renovaba la naturaleza, que restablecia un nuevo órden de cosas, que criaba, digámoslo asi, un nuevo mundo sobre las ruinas del antiguo, y que por medio del cordero equinoccial trasladaba á los hombres al imperio de la luz y el bien que les restituia su presencia.

En el pasage siguiente de Cedreno se encuentran reunidas todas estas ideas místicas. «El dia primero del primer mes, dice aquel historiador, es el primero del mes Nisan, que corresponde al 25 de Marzo de los Romanos, y al mes *Famenot* de los Egipcios. En aquel dia hizo Gabriel su salutacion á María para que concibiera al Salvador.» Noto aqui que el mismo mes de Famenot fucundaba Osiris á la luna en la teología egipcia. «Aquel mismo dia, añade Cedreno, despues de haber concluido su carrera nuestro dios Salvador resucitó de entre los muertos; á lo cual llamaron nuestros padres la pascua *ó el pasage* del señor. En el mismo dia fijan tambien nuestros teólogos antiguos su vuelta ó segunda venida, debiendo empezar el nuevo siglo desde esta

época, porque en este mismo dia empezó tambien el universo. Todo esto es conforme al último capítulo del Apocalipsis, que hace salir del trono del cordero equinoccial el nuevo tiempo que ha de arreglar los destinos del mundo de luz y los amigos de Ormuzd.

El mismo Cedreno dice que murió Cristo á 23 de Marzo, y resucitó á 25. De aqui procede, dice, la costumbre de la iglesia, de celebrar la pascua á 25 de Marzo, el 8 antes de las calendas de Abril, ó tres meses despues del 8 de las calendas de Enero, época del nacimiento del dios Sol. El 8 de las calendas de Enero y Abril eran los mismos dias en que señalaban los Romanos el arribo del sol al solsticio de hibierno y al equinoccio vernal. El 8 de las calendas de Enero era dia festivo en la religion de los adoradores del sol, como dijimos atras, y tambien lo era el 8 de las calendas de Abril ó el 25 de Marzo, que se celebraban los grandes misterios que acordaban el triunfo que alcanzaba el sol todos los años de las largas noches de hibierno, en esta época.

Este astro se personalizaba en los mitos sagrados: le lloraban algunos dias, como si estuviera muerto, y cantaban su resurreccion el 25 de Marzo ó el 8 antes de las calendas de Abril. Macrobio es quien nos lo asegura; el propio Macrobio que nos dijo que en el solsticio de hibierno ó el 8 antes de las calendas de Enero, pintaban al mismo dios Sol en figura de un niño recien-nacido, y en la primavera en forma de un mancebo robusto y vigoroso. Añade que las fiestas de la pasion, muerte y resurreccion del dios del Dia, fijadas para el equinoccio vernal, se encontraban en todas las sectas de la religion del sol. Los Egipcios celebraban la muerte y resurreccion de Osiris; los Fenicios la muerte y resurreccion de Adonis; los Frigios representaban las funestas aventuras de Atis, &c. luego en todas las religiones padece el sol los mismos males que Cristo, triunfa como él del sepulcro, y en las mismas épocas de la revolucion anual. A los que se empeñan en mirar á Cristo como un ser diferente del sol, toca deducir las razones de tan rara coincidencia. Nosotros que no creemos en esos juegos del acaso, sustenta-

remos que la pasion y resurreccion de Cristo, que se celebran por Pascua, son parte de los misterios de la antigua religion solar ó culto de la naturaleza universal.

En la religion de Mitras ó el dios Sol, adorado con este nombre por los magos, es donde se hallan mas puntos de semejanza con la muerte y resurreccion de Cristo, y con los misterios de los cristianos. Mitras, que asi como Cristo nacia el dia 25 de Diciembre, moria como este, y tenia su sepulcro, adonde iban sus iniciados á verter lágrimas. Los sacerdotes llevaban de noche su efigie á un sepulcro que le tenian dispuesto, y estaba tendido en un colchon, como el Adonis fenicio. Esta pompa, como la del viernes santo, iba acompañada de cantos fúnebres y sollozos de sus sacerdotes, que se entregaban un rato á las apariencias de un dolor fingido, luego encendian el hachon sagrado ó su cirio pascual, untaban con leche ó aromas la efigie, y uno de ellos proferia con mucha gravedad las siguientes palabras: «Tranquilizaos, cofradía sacra de iniciados, vuestro dios ha resucitado; su pasion y sus tormentos son vuestra salvacion." ¿Pues por

que, sigue diciendo el autor cristiano á quien debemos estas noticias, por que exhortais á esos desgraciados á que se alegren? ¿por que los engañais con falsas promesas? La muerte de vuestro dios es cosa sabida, y su resurreccion no está probada. No hay oráculo que la demuestre: no se ha manifestado á los humanos despues de su muerte; ¿pues por que creeis en su divinidad? ¡Un ídolo es el que enterrais, un ídolo el que llorais, y un ídolo el que sacais del sepulcro, y luego os regocijais, desventurados! Vosotros sois los que librais á vuestro dios, &c. Pregúntoos, continúa Firmico, ¿quien vió á vuestro dios con cuernos de toro, de cuya muerte os lamentais? Pues yo preguntaré á Firmico y á sus crédulos cristianos: Vosotros que os afligis por la muerte del cordero inmolado para lavar con su sangre los pecados del mundo, ¿quien vió á vuestro dios en forma de cordero, cuyo triunfo y resurreccion celebrais? ¿No sabeis que veinte siglos antes de la era cristiana, que es la época en que principió la religion de los Persas y el culto mitriaco ó del toro de Mitras, salvaba el sol el paso equinocciál en el sig-

no de Tauro, y que por un efecto de la precesion de los equinoccios le salvaba en vuestro tiempo en el signo del cordero; que solo han variado las formas celestes y el nombre, y que el culto es absolutamente uno mismo? En efecto, parece que rebatiendo en este pasage Firmico las antiguas religiones, se ha esmerado en reunir todos los puntos de semejanza que tenian sus misterios con los de los cristianos, particularmente los de la iniciacion mitriaca, que coteja parte por parte con la de Cristo, y que es tan parecida á esta porque el cristianismo es una secta de la religion de Mitras. Verdad es que esplica la analogía de ambas religiones, diciendo, con Tertuliano y S. Justino, que mucho tiempo antes que hubiese cristianos, se habia divertido el diablo en que sus adoradores copiaran los misterios y ceremonias futuras de los de Cristo. Buena razon para ciertos cristianos, como vemos aun en el dia, pero muy mezquina para sugetos de sana razon. Nosotros, que no damos crédito al diablo, y á quien no comunica él sus secretos, pensamos que la religion de Cristo, fundada como todas las demas en el culto del sol, con-

servó los mismos dogmas, los mismos ritos y los mismos misterios, con cortas diferencias accidentales; que todo fue promiscuo, porque lo era la divinidad; que los accesorios podian ser diferentes, pero que era una misma la basa. Confiesan los mas antiguos apologistas de la religion cristiana que habia en la religion mitriaca sus sacramentos, su bautismo, su penitencia, su eucaristía y su consagracion con palabras místicas; que se sujetaban los catecúmenos de aquella religion á pruebas preparatorias, todavía mas rigorosas que las de los cristianos; que estampaban en la frente los iniciados ó fieles un signo sagrado; que admitian el dogma de la resurreccion; que les presentaban la corona que ciñe las sienes de los mártires; que no se podia casar mas de una vez su sumo pontífice; que tenian sus vírgenes y su voto de castidad; en una palabra, que practicaban todo cuanto practicaron despues los cristianos. Verdad es que Tertuliano acude aqui tambien al diablo para la esplicacion de tan completa analogía; mas como sin el auxilio del diablo no es difícil conocer que cuando son tan parecidas dos religiones, la mas an-

tigua es la madre y la mas moderna la hija, siendo infinitamente mas antiguo el culto de Mitras que el de Cristo, y muy anteriores sus ceremonias á las de los cristianos, colegiremos que estos son sin disputa ó discípulos, ó ximios de la religion de los magos.

Añadiré con el docto Hyde, que acerca de los ángeles tenian los Persas una teórica mucho mas completa que la de los Judíos y cristianos; que admitian la division de ángeles en ángeles de luz y de tinieblas; que sabian el cuento de sus batallas, y los nombres de ángeles que nos dice nuestra religion; que bautizaban á sus hijos y les ponian nombre en el bautismo; que creian en la gloria y el infierno, no menos que los Griegos, los Romanos y otros muchos pueblos; que tenian la gerarquía y toda la constitucion eclesiástica de los cristianos, que segun Hyde seguian sin interrupcion entre ellos tres mil años hacia. Mas no diré yo, como él, que esta analogía debe mirarse como obra de la Providencia, que quiso que ejecutasen de antemano y por espíritu profético los Persas lo que habian de hacer un dia los cristianos. Si á Hyde, natural de

una isla donde casi siempre se amalgama con la supersticion la filosofía, formando con ella una monstruósa alianza, no le contuvo el temor de tener que lidiar con las preocupaciones de su pais y su siglo, y por eso encubrió la opinion que se debió formar él en virtud de tan palpable semejanza, diremos que no siempre la ciencia es la sana razon, ni vale tanto como ella. Confesaré como Hyde, que en casi todos sus puntos se parecen ambas religiones; pero colegiré que son una misma, ó á lo menos que son dos sectas de la antigua religion de los Orientales, adoradores del sol, y que en lo esencial nacen de la propia raiz sus instituciones y sus principales dogmas. Tambien es el Sol el dios de esta religion, ora le llamen Cristo, ora le nombren Mitras, ora Osiris, Baco, Adonis, Atis, &c. Tratemos ya de examinar las formas que caracterizan al dios Sol de los cristianos en su triunfo.

Estas se sacan naturalmente del signo celeste, por el cual pasaba el astro del Dia cuando restituia los dias largos y el calor á nuestro hemisferio. Este signo, en la época que se conoció el cristianismo en Occi-

dente, y mas de quince siglos antes, era el Aries, que llaman los Persas en su cosmogonía el *cordero*; como ya hemos visto. Ese era el signo de la exaltacion del sol, segun los antiguos astrólogos, y en él habia fijado su mas solemne festividad el sabeismo antiguo. El regreso del sol al cordero celeste era el que todos los años regeneraba la naturaleza. Esa era la figura que tomaba en su triunfo el astro magestuoso, el dios benéfico, salvador de los hombres: ese, en estilo místico, *el cordero que quita los pecados del mundo.*

Asi como se habia revestido Ahrimanes ó el caudillo de las tinieblas de las formas de la constelacion que por el otoño traia las noches largas y los hibiernos, asi tambien por la primavera tomaba el dios de la luz, su vencedor, las del signo celeste en que se verificaba su triunfo. Esa es la natural consecuencia que se infiere de los principios que adoptamos para esplicar el mito de la introduccion del mal por la serpiente. Por otra parte sabemos que era costumbre de los adoradores del sol figurar aquel astro con la forma y atributos de los signos celestes á

que se unia cada mes; proviniendo de eso las varias transformaciones de Júpiter en Grecia, y de Vichenú en la India. Por ese motivo pintaban un mancebo que conducia un carnero, ó que le llevaba en hombros, ó que tenia armada la frente con cuernos de carnero; y en esta figura representaban á Júpiter Amon. Tambien tomó Cristo nombre y figura de cordero, y fue aquel animal la espresion simbólica con que le designaban. No decian el sol del cordero, sino solo el cordero, como muchas veces en vez del sol de Leon ó Hércules se dice Leon, siendo espresiones diferentes de una misma idea, y un uso diverso del mismo animal celeste en las pinturas del sol de primavera.

En todas partes encontramos en los libros sagrados de los cristianos la denominacion de cordero por antonomasia, aplicada á Cristo ó al dios de la luz, pero mas particularmente en su libro de iniciacion, intitulado *Apocalipsis*. Los fieles ó iniciados se llaman en él discípulos del cordero: este está degollado en medio de cuatro animales, que tambien están en las constelaciones, y están colocados en los cuatro puntos cardi-

nales de la esfera. Ante el cordero se arrodillan los genios de las veinte y cuatro horas, designados con el emblema de ancianos. El cordero degollado, dicen, es el que merece recibir toda potestad, divinidad, sabiduría, fuerza, honra, gloria y bendicion; el cordero es el que abre el libro de la fatalidad, simbolizado con un libro cerrado con siete sellos. Todas las naciones del universo se vienen á colocar ante el trono y ante *el cordero*, vestidas de blanco, con palmas en la mano, y cantando en alta voz: Gloria á nuestro dios que está sentado en este trono. Ya nos acordamos de que el signo de la exaltacion del dios Sol es el cordero ó carnero celeste, y que parece que en su triunfo va montando en él este astro vencedor. El cordero va rodeado del acompañamiento duodecimal, cuyo caudillo en los signos celestes es él. Se pone en pie sobre la montaña; le cercan las doce tribus, destinadas á seguirle adonde quiera que fuere.

Los vencedores del dragon entonan el cántico del cordero. Cosa superflua fuera multiplicar aqui los pasages en que está repetido este misterioso nombre. Asi que

son los misterios de Cristo meramente los del dios Sol en su triunfo equinoccial, que se reviste de las formas del primer signo ó el cordero celeste, por eso era la figura del cordero el carácter ó el sello con que marcaban antiguamente á los iniciados de esta secta; siendo la *tessera* y atributo simbólico por el cual se reconocian entre sí los cofrades de esta masonería. Los cristianos de aquel tiempo colgaban al cuello de sus hijos la imágen simbólica del *cordero*: todos saben lo que son los famosos *Agnus Dei*.

La representacion mas antigua del dios de los cristianos era una figura de cordero puesto unas veces en un vaso donde corria su sangre, y otras acostado al pie de una cruz: costumbre que duró hasta el año 680, hasta el pontificado de Agaton y el imperio de Constantino Pogonato. El sesto sínodo de Constantinopla, cánon 82, mandó sustituir al símbolo antiguo, que era el cordero, la efigie de un hombre clavado á una cruz; y lo confirmó el Papa Adriano Iº Todavía se vé aquel símbolo en el tabernáculo ó el armario donde encierran nuestros sacerdotes el viril de oro ó plata con la imágen circular

de su dios Sol, y tambien en el ara de sus altares. Muchas veces se figura el cordero reclinado ya sobre una cruz, ya en el libro de la fatalidad, cerrado con siete sellos. El número siete es el de las siete esferas cuya alma es el sol, y cuyo movimiento ó revolucion se empieza á contar desde el punto de *Aries* ó del cordero equinoccial.

Este cordero es el que dicen los cristianos que fue inmolado desde el principio del mundo: *Agnus occisus ab origine mundi*; y el que da asunto para una antítesis al autor del rezo de pascua: *victimæ paschali*, &c. *Agnus redemit oves*, &c. Todos los cánticos de esta alegre festividad, que corresponden á las *hilaria* de los antiguos adoradores del sol, que se celebraban en la misma época, nos figuran la victoria alcanzada por el cordero contra el príncipe de las tinieblas. Para pintar el triunfo de la luz, encienden el cirio llamado cirio pascual; se visten los sacerdotes de blanco, color propio de Ormuzd ó el dios de la luz; se consagra el nuevo fuego y el agua lustral; y todo se renueva en los templos como en la naturaleza. Lo mismo hacian los antiguos Romanos el mes de Mar-

zo, sustituyendo nuevos laureles en las casas de sus flamines y en los sitios destinados para las asambleas. Los Persas, en su festividad de Neuruz ó la entrada del sol en el cordero de primavera, cantan la renovacion de todas las cosas y el nuevo dia del nuevo mes, del nuevo año, del nuevo tiempo que ha de renovar todo cuanto nace del tiempo. Pocos dias antes celebraban la fiesta de la cruz, á la cual sigue á pocos dias la de la victoria.

En esta misma época su antiguo Perseo, genio colocado en el punto equinoccial, decian que habia traido del cielo y consagrado en sus pireos el fuego eterno que mantenian los magos, el mismo que conservaban las Vestales en Roma, y del cual sacaban todos los años por primavera el que encendian en los templos. En Egipto practicaban la misma ceremonia, como puede verse en un monumento antiguo de la religion de los Egipcios, donde se representa una hoguera formada con tres montones de leña de diez palos cada uno, que es el número de los decanes y de las divisiones de los signos de diez en diez grados; de suerte que hay

treinta palos, número de los grados de cada signo. Encima de cada monton está acostado un cordero ó carnero, y sobre él una inmensa imágen del sol, cuyos rayos llegan hasta el suelo. Los sacerdotes tocan con la estremidad del dedo los rayos, y sacan de ellos el fuego sacro que ha de encender la hoguera del cordero y abrasar el universo. Esta pintura nos acuerda la fiesta equinoccial de primavera, que celebraban los Egipcios bajo *Aries* ó el cordero, en conmemoracion de que el fuego del cielo habia abrasado el mundo; en la cual fiesta se señalaba todo con color encarnado ó de fuego, como en la pascua de los Judíos ó su festividad del cordero. La resurreccion del eterno fuego sagrado, que hierve en el sol, y viene todos los años por la primavera á restituir la vida á la naturaleza en nuestro hemisferio, es la verdadera resurreccion del sol Cristo; y para representar su idea, se encierra todos los años el obispo de Jerusalen en un sótano que llaman el sepulcro de Cristo, con unos lios de cerillas que enciende con yesca y eslabon, efectuándose al mismo tiempo una esplosion de luz como

las que figuran los relámpagos en nuestros teatros, para que crea la gente que ha llovido del cielo el fuego sagrado en la tierra. Luego sale el obispo del sótano diciendo á gritos: El fuego del cielo ha bajado y ha encendido la vela santa. La plebe crédula acude de tropel á comprar aquellas sagradas velas, porque en todas partes se rie de la plebe el sacerdocio.

A Cristo le han dado el nombre de cordero, y le presentaban antiguamente con este emblema, porque no es otro Cristo que el sol, y se verifica todos los años el triunfo del sol en el signo celeste del cordero, ó en el que entonces era el primero de los doce, en que sucedia el equinoccio vernal. Los Troyanos habian consagrado para sacrificarle al sol *el cordero blanco*, y era célebre su pais por los misterios de Atis, en que hacia mucho papel el cordero equinoccial.

Asi como suponen los cristianos que fue clavado su dios Cristo en el leño de la cruz, los Frigios que adoraban al sol con nombre de Atis, le figuraban en su pasion como un mancebo atado á un árbol que cortaban con mucha solemnidad. Al pie del árbol habia

un cordero ó el carnero equinoccial de primavera. Los misterios de Atis duraban tres dias que eran dias de luto, á los cuales se seguia inmediatamente la fiesta de las *hilaria*, dias de jubilacion, en que celebraban, como ya hemos dicho, la feliz época en que recobraba el sol Atis su dominio en las largas noches. Caia esta fiesta á 25 de Marzo ó el 8 antes de las calendas de Abril, que es decir el dia mismo que celebraban en los primeros siglos cristianos la pascua ó el triunfo de Cristo, cantando *alleluia*, verdadero canto de júbilo de las *hilaria*, y el *hæc dies*, &c. « Este es el dia que hizo el Señor: sea para nosotros dia de gozo y alegría." Tambien se canta el famoso himno *O filii et filiæ*, &c. No hay mas diferencia en ambas fiestas que la del nombre del heroe de la tragedia, que en una y en otra es puntualmente el propio Dios. Asi es que se compuso en Frigia el famoso libro de la iniciacion á los misterios del cordero, intitulado *Apocalipsis*. Examina el emperador Juliano por qué motivo escogieron el equinoccio vernal para época de esta festividad, y dice que es porque entonces atraviesa el sol la línea que le

separaba de nuestros climas, y viene á prolongar los dias en nuestro hemisferio; lo cual sucede, añade, cuando pasa el rey sol por el *Aries* ó el cordero. Cuando él se acerca, celebramos en los misterios la presencia del *Dios salvador y redentor*.

Si hace el carnero ó el cordero un papel tan importante en el cristianismo, es porque desempeña el que antiguamente hacia el Toro en los misterios de Baco y Mitras. Osiris y Baco, figurados ambos en forma del antiguo toro equinoccial, morian y resucitaban como Cristo: y en los santuarios Egipcios y Griegos se representaban los misterios de su pasion, como los de Atis y Cristo en los de los Frigios y los Cristianos.

Muchas veces hablan los padres de la Iglesia y los escritores de la secta cristiana de las fiestas que se celebraban en honra de Osiris, muerto y resucitado, cotejándolas con las aventuras de su dios. Atanasio, Augustino, Teofilo, Atenagoras, Minucio, Felix, Lactancio, Firmico, y cuantos antiguos autores han hablado de Osiris ó el dios Sol, venerado con este nombre en Egipto, todos nos pintan unánimes el luto universal de los

Egipcios, en la fiesta en que todos los años hacian conmemoracion de su muerte, como la hacemos nosotros el viernes santo de la del sol Cristo; y nos describen las ceremonias que en su sepulcro se hacian, los llantos que por espacio de algunos dias se derramaban, y luego las alegres fiestas que á aquella tristeza se seguian, al punto que anunciaban su resurreccion. Habia descendido á los infiernos, de donde volvia para unirse con Oro, dios de la primavera, y triunfar del caudillo de las tinieblas, su contrario Tifon, que le habia dado la muerte. Los misterios en que sacaban á la escena su pasion, se llamaban misterios nocturnos; y tenian aquellas ceremonias el mismo objeto que las del culto de Atis, segun Macrobio, refiriéndose al sol vencedor de las tinieblas figuradas por la serpiente de cuya forma se revestia Tifon en otoño, cuando pasa aquel astro por el Escorpion.

Lo mismo podemos decir de Baco, que por confesion unánime de los antiguos era el propio que el Osiris egipcio y el dios Sol, cuya efigie en figura de niño presentaban en el solsticio hibernal á la adoracion de la

gente. Baco era muerto, descendia á los infiernos y resucitaba, y todos los años se celebraban los misterios de su pasion con fiestas que llamaban *titanicas*, y *fiestas de la noche completa*. Suponen que hicieron pedazos los gigantes á este dios, pero que juntó su madre ó Ceres sus miembros, y volvió á aparecer mancebo y robusto. Para figurar su pasion, matabar un toro, y comian su carne cruda porque Baco ó el dios Sol, pintado en forma de toro, habia sido hecho pedazos por los Titanes. En aquellos misterios no daban la representacion del cordero degollado, sino la del toro despedazado. En Mingrelia, el príncipe hace pedazos con sus propias manos un cordero asado, y le reparte á toda su corte en la fiesta de pascua.

Julio Firmico, que refiere el mito cretense acerca de la vida y muerte de Baco, y que se empeña en sustentar que este era un hombre, como creian que lo era Cristo, confiesa no obstante que esplicaban los paganos aquellas ficciones por los fenómenos de la naturaleza, mirando estos cuentos como fábulas solares. Verdad es que se resiste él á todas estas razones, como resistirán no po-

cos nuestras esplicaciones, ó por ignorancia, ó por manía de calumniar lo que no entienden, como lo tienen por costumbre todos los padres de la Iglesia en sus críticas del paganismo. Firmico toma la defensa del sol, que se le figura agraviado con estas ficciones, y le atribuye un razonamiento en que se queja el dios del dia de que le deshonren con impertinentes fábulas, ora arrojándole al Nilo con nombre de Osiris y Oro, ora castrándole con los de Atis y Adonis, ora cociéndole ó asándole, como á Baco. Tambien podia añadir, ora crucificándole con nombre de Cristo. A lo menos de lo que dice Firmico, se colige que conservaban los paganos la tradicion de que todas aquellas increibles y trágicas aventuras no eran mas que ficciones místicas acerca del sol; y aqui lo corroboramos con nuestra esplicacion del mito de Cristo, muerto y resucitado por el equinoccio vernal.

Baco era llamado *salvador*, como Cristo, y como Júpiter ó el dios con cuernos de carnero, que tenia su efigie en Atenas, en el templo de la Vírgen, Minerva Polias.

Por lo demas la idea de un dios venido

al mundo para la salvacion de los hombres, ni es nueva, ni peculiar de los cristianos. Los antiguos creian que en varias épocas habia enviado el sumo Dios á sus hijos ó nietos para labrar la felicidad de los humanos. Entre estos colocaban á Hércules y á Baco, esto es al dios Sol, celebrado con estos dos nombres.

Asi como Cristo, hizo Baco milagros, sanó enfermos y pronosticó lo porvenir. Desde niño estuvo á riesgo de perder la vida, como Cristo á quien quiso matar Herodes. El milagro de las tres tinajas que se llenaban de vino en su templo, es idéntico con el de las bodas de Caná. El 6 de Enero se celebra la conmemoracion de aquel milagro del héroe de la religion cristiana; y en las nonas del propio mes se verificaba el milagro semejante de Baco en su templo de la isla de Andros. Todos los años corria una fuente que manaba un licor con gusto de vino. Parece que reunió el autor del mito de Cristo varias ficciones milagrosas esparcidas entre los que adoraban el sol con distintos nombres. Baco era llamado, como Cristo, dios hijo de Dios, que se unia con la materia ó con el

cuerpo. Baco estableció, como Cristo, iniciaciones ó misterios, donde salia á la escena la famosa serpiente que hizo luego tanto papel en la fábula del cordero, y tambien salian las manzanas de las Hesperidas. En las iniciaciones de Baco se obligaban á ser virtuosos: los iniciados aguardaban su última venida, esperando que recobraria un dia el gobierno del universo, y restituiria su primitiva felicidad á los hombres. Muchas veces sufrieron persecuciones como los adoradores de Cristo y los de Serapis, ó los del Sol acatado con estos dos nombres. A los que se reunian para celebrar estos misterios, les achacaron muchos delitos, como se los achacan á los primitivos cristianos, y generalmente á todos cuantos celebraban misterios nuevos y secretos. En algunos mitos, le señalaban por madre á Ceres ó la Vírgen celeste; en otros mas antiguos, le habia concebido la hija de Ceres ó Proserpina de sus amores con el sumo dios transformado en serpiente. Esta serpiente es la famosa de Esculapio, que sanaba todas las dolencias, como la que crió Moises en el desierto, y que se compara con Cristo. De ella nacia un Ba-

co con cuernos de toro, porque efectivamente siempre que se unia el sol con la serpiente de otoño, ascendia el toro vernal que daba su forma á Baco, y que lleva encima á sus nodrizas las Hiadas. En los siguientes siglos hubo de tomar la forma de cordero, y entonces fue su madre Ceres ó la Vírgen celeste, la cual presidia á su nacimiento; porque ya hemos visto que le representaban en figura de un niño recien-nacido en el solsticio de hibierno, indicando la especie de infancia del dios Sol ó Dia, adorado con nombre de Baco en Grecia, Tracia, el Asia menor, la India y la Arabia; con el de Osiris en Egipto, de Mitras en Persia, y de Adonis en Fenicia; porque Adonis, segun los autores antiguos, es el propio que Osiris y Baco, puesto que con nombre de Adonis es distinto su mito del de Osiris y Baco, y menos pomposo: no siendo su historia la de un conquistador ó un rey, sino la de un mancebo de peregrina hermosura, como pintaban al sol en la época de primavera. Se prenda en su amor la diosa que preside á la generacion de los seres, y se le roba la muerte, hiriéndole en la propia fuente de la fecundi-

dad un enorme jabalí, en la estacion de la montería. Muere el desventurado amante de Venus, baja á los infiernos, y le lloran en la tierra. La diosa de los infiernos, madre de Baco, á quien tambien este visita en el infierno, le retiene consigo por espacio de seis meses, al cabo de los cuales torna á la vida y á su amada, que le goza otros seis meses, para perderle y volverle á cobrar de nuevo. Todos los años se repetia la misma tristeza y la misma alegría. Todos cuantos autores hablan de este mito sacro, dicen unánimes que Adonis es el sol; que su muerte es el alejarse de nuestros climas; su morada en los infiernos, los seis meses que permanece en el hemisferio inferior, mansion de las largas noches; su resurreccion, cuando torna al hemisferio superior, donde permanece otros seis meses, en los cuales está riente la tierra y ornada con todos los arreos con que la visten la vegetacion y la diosa que preside á la generacion de los seres.

Asi entiende Macrobio esta fábula, y solo resta completar su esplicacion con las posiciones astronómicas que hemos señalado

en nuestra obra grande, artículo de Adonis y Venus. Aquel docto autor ha visto claramente que no tenia otro objeto esta ficcion, como las de Osiris y Atis con que la compara, que el sol y su curso progresivo en el zodiaco, cotejado con el estado de la tierra en las dos mas notables épocas del movimiento de aquel astro, el que le acerca á nuestros climas, y el que le desvía de ellos. Fue este fenómeno anual asunto de cánticos lúgubres y cánticos alegres que se sucedian, y de ritos religiosos, en que lloraban la muerte del dios Sol, Adonis, y luego cantaban su vuelta á la vida ó su resurreccion. Le ponian un lecho soberbio al lado de la diosa de la generacion y la primavera, de la madre de los Amores y las Gracias, preparándole en ofrenda canastos de flores, esencias, tortas y frutas, esto es las primicias de cuantos bienes engendra el sol; rogándole con cánticos que volviese á la tierra como se lo rogaban los mortales. Pero antes de cantar su resurreccion, se celebraban fiestas lúgubres para honrar su pasion y muerte. Sus iniciados iban á llorar á su sepulcro, participando del dolor de Venus,

y luego de su alegría. La fiesta de la resurreccion de Adonis se celebraba, segun Corsini, el 25 de Marzo ó el 8 antes de las calendas de Abril.

En Alejandría se celebraba con mucha solemnidad el entierro de Adonis, cuya efigie llevaban con pompa á un sepulcro donde le tributaban honras fúnebres, y tambien le celebraban en Atenas. En las vidas de Alcibiades y Nicias, dice Plutarco que en el tiempo que hacian conmemoracion de la muerte de Adonis, se hizo al mar la armada ateniense para la desgraciada espedicion de Sicilia; que por las calles no se vian mas que imágenes de Adonis muerto, que llevaban á enterrar, en medio de una numerosa comitiva de mugeres que lloraban, se daban golpes de pecho, y en todo imitaban la triste pompa de los entierros. Túvose esto por malísimo agüero, y asi lo verificó el suceso. Las mugeres Argivas (porque en todas partes son las mugeres el apoyo de las supersticiones) iban, á ejemplo de Marta y María, á llorar la muerte de Adonis, y se hacia aquella ceremonia en una capilla del dios *salvador*, ó del dios

cordero ó carnero, Júpiter, invocado con nombre de *Salvador*.

Tambien hacen mencion Procopio y San Cirilo de las fiestas lúgubres que se celebraban en memoria de la muerte de Adonis, y de las alegres que á ella se seguian con motivo de su resurreccion. Lloraban al amante de Venus, enseñaban la grande herida que le habian hecho, como enseñaban la llaga hecha á Cristo con la lanzada. Con estas ficciones, y con la pompa que figuraba todos los años la desgraciada aventura de Adonis, procuraban persuadir á la gente que era un suceso real; porque se acostumbra fácilmente cualquiera á creer que son sucesos verdaderos las aventuras fingidas, cuando parece que certifican su existencia una multitud de narraciones y monumentos. Empero no obstante aquellos sacros ritos, no obstante el prestigio de las ceremonias con que procuraban hacer creer que habia sido Adonis un hombre existente, como lo quieren hacer creer nuestros doctores cristianos del Sol Cristo, los paganos (permítaseme que use esta voz) algo versados en su religion, no se dejaban alucinar como nosotros, y constan-

temente consideraban á Adonis como el sol personalizado, esplicando por la física y los fenómenos anuales de la revolucion de este astro la maravillosa aventura del amante de Venus, muerto y resucitado. Los cantos de Teocrito y Orfeo sobre Adonis indicaban con bastante claridad que en aquella ficcion se trataba del dios que producia el año y las estaciones. Ambos poetas le convidan á que venga con el año nuevo á esparcir el júbilo en la naturaleza, y procrear los bienes que brotan de las entrañas de la tierra. A las Horas y las Estaciones estaba encomendado el traerle el duodécimo mes. Orfeo dice que Adonis es el dios de mil nombres, el padre que alimenta la naturaleza, el dios cuya luz se enciende y se apaga con la revolucion de las Horas, y que unas veces desciende al Tártaro, y otras sube al Olimpo, dispensándonos el calor que comunica actividad á la vegetacion. Las mismas desdichas sufria el sol con nombre de Oro, hijo de la diosa Isis. Perseguido por el negro Tifon, que tomaba forma de serpiente, antes de triunfar de él fue hecho pedazos como Baco; pero despues le restituyó á la vida la diosa su

madre dotándole con la inmortalidad. En los autores cristianos y en los padres de la iglesia hallamos los principales sucesos de esta novela sagrada, con las circunstancias del sentimiento de Isis por la muerte de su hijo, y de las fiestas que con este motivo establece, que primero eran lúgubres, y se convertian luego en alegres y en cánticos de júbilo cuando le volvia á ver. Pues por confesion de todos los antiguos, Oro es el propio que Apolo, y Apolo es el dios Sol: de lo cual se infiere que las festividades lúgubres á que se seguian otras alegres en memoria de Oro muerto y resucitado, celebraban tambien el sol. Por consecuencia era punto fundamental de la religion del sol, que muriera este y resucitara, representando estos dos sucesos con ceremonias religiosas, y en mitos sacros: de aqui vienen los mauseolos erigidos en todos los paises á la divinidad del Sol, con distintos nombres. Hércules tenia el suyo en Cádiz, donde enseñaban sus huesos; el de Júpiter estaba en Grecia, y tambien el de Baco; Osiris tenia una multitud de sepulcros en Egipto. El de Apolo le enseñaban en Delfos, donde fue depo-

sitado cuando le dió la muerte la serpiente Piton. Tres mugeres fueron á verter lágrimas á su sepulcro, como las tres que iban á llorar al de Cristo. Luego triunfaba Apolo de su enemigo ó la tremenda sierpe, y todos los años por primavera se celebraba su victoria con juegos muy solemnes. En el equinoccio de primavera los Hiperboreos, cuya principal divinidad era Apolo, tenian la fiesta de la vuelta del sol al signo del cordero, prolongándola hasta el orto de las Pleyadas. Tambien daban á Apolo título de *salvador*, y asi le llamaban los de Ambracia. En honra suya se celebraban en Atenas y Esparta fiestas alegres en el plenilunio de primavera, esto es en el plenilunio en que colocan los Judíos y los Cristianos la fiesta del cordero ó la Pascua.

Al principio de la primavera era cuando los Tchuvachos, pueblos septentrionales, sacrificaban al sol. La festividad mas solemne de los Tátaros es el *yun*, ó la de la primavera. La de los Calmucos corresponde á la primera luna de Abril, que llaman primer dia equinoccial, y la fiesta *el dia blanco*. En todas las islas de la Grecia se celebra-

ban fiestas en honra del amable dios de la primavera, vencedor del hibierno y la serpiente Piton, fiestas que llamaban del parabien, en regocijo, dice Eustatio, de la salvacion.

Inútil fuera hacinar mas ejemplos de semejantes fiestas de jubilacion celebradas en todo nuestro hemisferio, en conmemoracion del famoso paso del sol á nuestras regiones, y en regocijo de los beneficios que esparce su presencia.

Bastantemente queda probado que casi en todas partes precedian á estas fiestas de júbilo algunos dias de luto, durante los cuales lloraban la muerte del Sol personalizado, antes de cantar su vuelta á nosotros, ó alegóricamente su resurreccion y su triunfo del príncipe de las tinieblas y el genio del hibierno. Estas fiestas las llamaban los Frigios fiestas del despertar del sol, que fingian que dormia los seis meses de otoño y de hibierno. Los Paflagones le suponian en prision el hibierno, y en la primavera cantaban el feliz momento en que se libraba de su cautiverio. Los mas decian que resucitaba, despues que habian sacado á la escena

los trágicos sucesos de su pretensa muerte: ficciones místicas, que todas ellas, como ya hemos visto, no llevaban mas objeto que representar la alternativa de las victorias alcanzadas por el dia contra la noche y por la noche contra el dia, y la actividad y descanso sucesivos de la tierra sujeta á la accion del sol: fenómenos anuales que se describian en estilo alegórico con las formas trágicas de muerte, crucifixion, destrozo, á que se seguia constantemente la resurreccion. La fábula de Cristo que nace como el sol en el solsticio de hibierno, y triunfa en el equinoccio vernal en forma del cordero equinoccial, tiene todos los caracteres de los antiguos mitos solares con que la hemos cotejado. Como todas las festividades de las religiones solares, las de la religion de Cristo están íntimamente conexas con las principales épocas del movimiento anual del astro del dia: de lo cual colegiremos que si fue Cristo un hombre, fue hombre muy parecido al Sol personalizado; que tienen sus misterios todas las propiedades de los misterios de los adoradores del sol; ó esplicándonos sin ambages, que el único sugeto de la fábula

y los misterios de la religion cristiana es la luz eterna que se hace sensible á los hombres por el sol y su culto.

No somos nosotros ni los únicos ni los primeros que hemos pensado asi del cristianismo. Su apologista Tertuliano confiesa que asi que se empezó á propagar esta religion en el Occidente, los sugetos algo ilustrados que la quisieron examinar, dijeron que era una secta de la religion mitriaca, y el dios de los cristianos el Sol, como el de los Persas. En el cristianismo se notaban muchas ceremonias que manifestaban aquel orígen: nunca hacian oracion los cristianos sin volverse al levante ó á la parte del mundo donde sale el sol. Todos sus templos ó sitios de sus asambleas religiosas miraban antiguamente al levante: su dia festivo de la semana correspondia al dia del sol, llamado domingo ó dia del *señor Sol*. Los antiguos Francos nombraban el domingo dia del *sol*; ritos todos conexos con la misma esencia de la religion.

Los Maniqueos, cuya religion era una amalgama del cristianismo y el magismo, siempre que oraban se derigian á la parte

del cielo donde se hallaba el sol. Ese mismo precepto dió Zoroastro á sus discípulos; y los Maniqueos que no habian perdido enteramente el hilo de las opiniones religiosas de los antiguos Persas, acerca de los dos principios y el sol Mitras, de que es copia Cristo, decian que este era el sol, ó que residia en el sol, como los antiguos habian colocado en él á Hércules y Apolo. Este hecho le certifican Teodoreto, San Cirilo, y San Leon. Por una consecuencia de esta opinion, los demas cristianos que se tenian por mejores creyentes, sin duda porque eran mas ignorantes, no los admitian á su comunion, si no abjuraban la heregía ó el dogma de su religion, que consistia en sustentar que eran uno mismo Cristo y el Sol. En oriente hay todavía dos sectas cristianas que se dice que adoran el sol. Los Gnosticos y Basilidianos, los sectarios mas doctos que ha habido en el cristianismo, y casi los mas antiguos, conservaban muchos ritos oriundos del culto solar: á su Cristo le nombraban Iao, que es el nombre que en Macrobio da el oráculo de Claros al sol; tenian sus trecientos sesenta y cinco Eones ó genios, número igual al de

los trecientos sesenta y cinco dias engendrados por el sol, y su ógdoada figurativa de las esferas. Finalmente tanta era la semejanza del cristianismo con el culto del sol, que califica el emperador Adriano á los cristianos de adoradores de Serapis, esto es del sol, porque el propio era Serapis que Osiris, y las medallas antiguas con la efigie de Serapis tienen esta inscripcion: *Sol Serapis.* Asi que no somos nosotros los primeros ni los únicos que hemos colocado á los cristianos en la categoría de adoradores del sol; y si tienen por paradójico nuestro aserto, á lo menos no le tendrán por nuevo.

Habiendo esplicado las fábulas que forman la parte milagrosa del cristianismo y sus dogmas, vamos á entablar el exámen de su parte metafísica, y su mas abstracta teología, la que se conoce con nombre de misterio de la Santísima Trinidad. Seguiremos el mismo método que hasta aqui hemos observado, poniendo en claro que nada tienen los cristianos que sea privativo de ellos, siendo unos ignorantes plagiarios que vamos á desnudar: nada tienen que revindicar, como no sea los delitos de sus sacerdotes.

Para esplicar la fábula de la muerte y resurreccion de Cristo, hemos reunido los mitos de las varias religiones nacidas en Oriente y propagadas en Occidente, casi en los mismos siglos que el cristianismo, probando que son promiscuas todas las alegorías cósmicas de su religion, de los Mitriacos, los Isiacos, los misterios de Atis, Baco, Adonis, &c. Ahora demostraremos que estriba su teología en los propios fundamentos que la de los Griegos, Egipcios, Indios, &c. conteniendo las mismas ideas abstractas que se encuentran en los filósofos que escribian en aquellos tiempos, tomando con especialidad muchos dogmas de los Platónicos; finalmente, que la religion cristiana, asi en su parte teológica como en su fábula sagrada y las aventuras trágicas de su dios, nada presenta que no se encuentre en todas las demas religiones muchos siglos antes del establecimiento del cristianismo. Tambien aqui sacaremos de sus propios doctores y escritores las autoridades que basten á convencerlos de plagio.

El dogma de la unidad de Dios, primer dogma teológico de los cristianos, no es privativo de su secta; que le admitieron casi

todos los filósofos antiguos. Hasta la religion popular de los paganos, en medio de su aparente politeismo, reconocia una cabeza principal á quien obedecian todos los demas, con nombres de dioses, genios, ángeles, izedos, &c. como están sujetos nuestros ángeles y santos al sumo Dios. Este para los Griegos y los Romanos era el poderoso Jove, Jove padre de los dioses y de los hombres, que llenaba toda su sustancia el universo, y era el monarca supremo de la naturaleza. El nombre de dios, atribuido á las demas Divinidades, antes era una asociacion de honor que de poder; y cada uno tenia su jurisdiccion peculiar bajo el mando del primer dios, soberano y árbitro absoluto de todos los demas. La propia Escritura llama dioses á los seres subordinados al primer dios, sin perjuicio de la unidad de la cabeza ó la causa primera. Lo mismo hacian con Júpiter los Griegos, que á cada paso repiten el epiteto de uno ó único, que atribuyen á aquel. Júpiter, dicen, es uno. Tambien admite el oráculo de Apolo un dios increado, nacido de sí mismo, que reside en el seno del fuego éter; dios puesto al frente de toda la ge-

rarquía celeste. En los misterios de la religion de los Griegos, cantaban un himno que anunciaba formalmente esta unidad. Hablando el sumo sacerdote con el iniciado, le decia: «Adora al señor del universo, que es *uno*, y está en todas partes.»

Verdad que confiesan Eusebio, Augustino, Lactancio, Justino, Atenagoras, y otros muchos autores de apologías del cristianismo es, que el dogma de la unidad de Dios le admitieron los filósofos antiguos, siendo el fundamento de la religion de Orfeo y de todos los misterios de los Griegos.

Bien sé que dirán á esto los cristianos que los antiguos filósofos que vivieron muchos siglos antes del establecimiento del cristianismo, supieron estos dogmas por la revelacion que de ellos tuvieron los primeros hombres. Pero ademas de que esa revelacion es un disparate, respondo que no es necesario valerse de una máquina sobrenatural, cuando sabemos la serie de abstracciones filosóficas en virtud de las cuales reconocieron los antiguos la unidad del primer principio, y cuando ellos propios nos deducen los motivos que los determinaron á ad-

mitir la monade ó la primitiva unidad; motivos sencillos, hijos de las operaciones de nuestra inteligencia y de la forma con que se nos presenta la accion universal del gran todo.

De la correspondencia de todas las partes del mundo entre sí, y de su tendencia á un comun centro de movimiento y vida, que al parecer conserva su armonía y produce su consonancia, han colegido los hombres, que miraban el gran todo como un dios inmenso, que debian admitir la unidad, no entendiendo que hubiese cosa ninguna fuera del conjunto de todos los seres ó del gran todo. Lo propio hicieron los que consideraron el universo como un grande efecto: la union de todas las partes del edificio y el conjunto regular de todo el sistema del mundo los precisaron tambien á admitir una causa única de un efecto único; de manera que quedó asentada como principio la unidad de Dios en el ánimo de los que colocaban á dios ó la primera causa fuera del mundo, y en el de los que confundian este con aquel, sin distinguir el artífice del artefacto, como Plinio y todos los

filósofos mas antiguos. «Todas las cosas dice Marco Aurelio, están conexas entre si con una sagrada cadena, sin que haya ninguna inconexa con las otras, porque todos los seres están combinados para formar un conjunto del cual pende la hermosura del universo. Un solo mundo hay que lo encierra todo, un solo Dios que está en todas partes, una sola materia eterna, una sola ley, que es la *razon* comun de todos los seres."

En estas sucintas razones de aquel emperador filósofo, vemos reconocido el dogma de la unidad de Dios como consecuencia de la del mundo, esto es la opinion filosófica y el motivo de su orígen. Los mismos padres de la iglesia han inferido la unidad de Dios de la del mundo, esto es la unidad de causa de la de efecto; porque para ellos es distinto el efecto de la causa, quiero decir que admiten una causa abstracta, en vez de ser real que es el mundo. Uno de ellos, Atanasio, se esplica asi: «Como hay una sola naturaleza y un solo órden en todas las cosas, debemos colegir que hay un solo Dios, artífice y ordenador, y de la unidad de la obra inferir la del operario."

Aqui vemos que coligen los cristianos de la unidad del mundo la de Dios, como antes de ellos habian hecho todos los filósofos paganos. En todo esto se conoce el natural progreso de la inteligencia humana, sin que sea necesario que intervenga la Divinidad, suponiendo neciamente una revelacion.

Los Platónicos admitian todos la unidad del arquetipo ó dechado por el cual crió Dios el mundo, como tambien la unidad del demiurgos ó dios artífice, en consecuencia de los mismos principios filosóficos, esto es de la unidad de la obra, como puede verse en Proclo y los otros Platónicos.

Los que recurrian como Pitagoras á la teórica de los números para la esplicacion de las verdades teológicas, daban tambien á la monade nombre de causa ó principio. Con el número *uno* ó con la unidad indicaban la primera causa, y la unidad de Dios la inferian de las abstracciones matemáticas. En todas partes se reproduce la unidad en los números, y todo procede de la unidad. Lo mismo sucedia con la monade divina. Debajo de esta unidad se ponian varias triades, que espresaban las facultades que dimana-

ban de aquella y las inteligencias inferiores.

Observando otros la forma de las administraciones humanas, especialmente la de los gobiernos del Oriente, donde en todas partes ha sido la monarquía la única administracion conocida, creyeron que era lo mismo en el gobierno del universo, donde parecian reunidas todas las fuerzas parciales bajo la direccion y autoridad de una sola cabeza, para producir la perfecta consonancia que resultaba del sistema del mundo. El despotismo por su parte acreditó esta opinion, que hacia de la monarquía la imágen del gobierno de los dioses; porque el despotismo aspira á concentrar la potestad en la unidad, confundiendo la legislacion con la ejecucion.

De suerte que la contemplacion del órden social, las matemáticas y los argumentos de la filosofía, por distintos caminos, puesto que muy humanos todos ellos, indujeron á los antiguos á que prefiriesen la unidad á la multiplicidad en la suprema y primera causa, ó el principio de los principios, como le llama Simplicio. «El primer principio, dice aquel filósofo, como centro de

todos los demas, los contiene todos dentro de sí mismo por una sola union: es antes que todo; es la causa de las causas, el principio de los principios, el dios de los dioses. Llámense pues principios y nada mas los principios particulares; y llámese principio de principios el principio general ó la causa de los seres, colocada sobre todas las cosas."

Asi el universo fue tenido por principio de principios y por unidad suprema de donde se deriva todo ó la causa universal, que contiene en sí todas las demas causas que son partes suyas. Los que criaron un mundo abstracto ó ideal, y un Dios tambien abstracto ó separado del mundo, y por quien fue criado el mundo conforme á un modelo eterno, discurrieron lo mismo acerca del Dios causa del universo; porque constantemente ha dado el mundo material el tipo del intelectual, fraguándose el hombre, por lo que vé, sus opiniones acerca de lo que no vé. El dogma de la unidad de Dios, aun entre los cristianos, procede de raciocinios meramente humanos, hechos muchos siglos antes que hubiese cristianos, como se puede ver en Pitagoras, Platon y los discípulos de

ambos. Lo mismo diremos de su triade ó trinidad, esto es de la subdivision de la primera causa en inteligencia ó sabiduría divina, y en espíritu ó vida universal del mundo.

Aqui conviene traer á la memoria lo que en el capítulo cuarto dijimos acerca del alma ó la vida del mundo y de su inteligencia; porque de aquel dogma filosófico ha procedido la trinidad de los cristianos. Comparóse el hombre con el universo, y el universo con el hombre; y asi como llamaron al hombre el microcosmo ó el mundo chico, al mundo le hicieron un inmenso gigante que contenia en grande y como en su fuente todo cuanto tenia el hombre en pequeño y por dimanacion. Notóse que en el hombre habia un principio de movimiento y vida, que era promiscuo de los demas animales, y que se manifestaba este principio por el aliento, en latin *spiritus*, espíritu. Demas de este primer principio, habia otro, en fuerza del cual el hombre que discurre y combina ideas, llega á la sabiduría; este es la inteligencia que se halla en él en grado muy superior al de los demas animales. Esta facultad del al-

ma humana se llama en griego *logos*, que vierten los latinos por las voces *ratio* y *verbum*; porque la voz griega significa dos cosas distintas, que en latin y en castellano se manifiestan con dos voces diferentes, *razon* y *verbo ó palabra*. La segunda es la imágen de la primera, porque la palabra es el espejo del pensamiento: el pensamiento palpable para los demas, que de algun modo se reviste de cuerpo en el aire modificado por los órganos de la palabra. Estos dos principios no constituyen en el hombre dos seres distintos de él, puesto que sea dable considerarlos como dos seres diferentes personalizándolos; pero en todo caso son el hombre *viviente* y *pensador*, en cuya unidad se confunden como en su fuente todas sus facultades. Pues lo mismo sucedió con el universo, dios inmenso y único, que lo abarcaba todo en sí. En su primera y radical unidad, llamada padre, porque de ella dimanaban ambas facultades, se confundió su vida ó su *spiritus*, y su inteligencia ó *logos*, inmenso y eterno como él. No era posible concebir el Universo-Dios, sin entender que vivia con la vida universal, y que era inteli-

gente con una inteligencia tambien universal. No era la vida la inteligencia, pero las dos constituian la vida ó el *spiritus*, y la inteligencia ó sabiduría divina, que pertenecian esencialmente á la divinidad del mundo, y hacian parte de su única sustancia, pues nada existia que no fuese una parte suya. Estas distinciones pertenecen todas á la filosofía platónica ó pitagórica, sin que supongan revelacion ninguna. No hay espresion mas comun en los filósofos antiguos, que decir: « El universo es un gran ser animado, que contiene en sí todos los principios de inteligencia y vida esparcidos en los seres especiales. Este gran ser, sumamente animado y sumamente inteligente, es el mismo Dios, esto es Dios, verbo ó razon, espíritu ó vida universal."

El alma universal, calificada con nombre de *spiritus*, y cotejada con el espíritu de vida que anima la naturaleza entera, se repartia con especialidad en las siete esferas celestes, cuya accion combinada creian que arreglaba los destinos del hombre, y que difundia los gérmenes de vida por todo cuanto nace en la tierra. Este soplo único, que pro-

duce la armonía de las esferas, le figuraban los antiguos con una flauta de siete cañutos, que ponian en manos de Pan ó de la imágen destinada á representar la naturaleza universal; de donde se deriva tambien la opinion de que se contenia el alma del mundo en el número siete; idea que de los Platónicos pasó á los cristianos, y que espresaban estos con el *sacrum septenarium*, ó los siete dones del Espíritu santo. El soplo del Espíritu santo, segun San Justino, se dividia, como el de Pan, en siete espíritus. A la uncion de los prosélitos acompañaba una invocacion al Espíritu santo, á quien llamaban madre de las siete casas; lo cual queria decir, segun Beausobre, madre de los siete cielos, porque la palabra *spiritus* (ruhaj) en hebreo es femenina.

Los Musulmanes y los Cristianos orientales atribuyen á la tercera persona de la trinidad, como su propiedad esencial, *la vida*, siendo esta segun los primeros uno de los atributos de la Divinidad que llaman los cristianos *persona*. Los Siros le nombran *mehaiag*, vivificante, y el *credo* de los cristianos le da ese epiteto *vivificantem*. Por con-

siguiente, en su teología es el principio de vida que anima la naturaleza ó el alma universal, principio del movimiento del mundo y de todos los seres que tienen vida. Esa es la fuerza vivificante y divina, dimanada de Dios, que segun Varron rige el universo por el movimiento y la razon; porque el *spiritus* es el que difunde la vida y el movimiento en el mundo, y la razon ó la sabiduría la que le da direccion y regulariza sus efectos. El *spiritus* era Dios, segun el sistema de los filósofos antiguos que han tratado del alma universal ó el *spiritus mundi*. Segun Virgilio, es la fuerza nutriva del mundo: *spiritus intùs alit*. La Divinidad que dimanaba de la primera monade, se dilataba hasta el alma del mundo, segun Platon y Porfirio, ó hasta el tercer dios, valiéndome de sus espresiones. De suerte que el *spiritus* era Dios, ó mas bien una facultad de la Divinidad universal.

Ademas del principio de vida y movimiento, admitian estos mismos filósofos un principio de inteligencia y sabiduria, con nombre de *nous* y *logos*, ó razon y verbo de Dios, el cual residia principalmente en la

sustancia luminosa. La voz *luz* se aplica en castellano tanto á la luz del entendimiento como á la luz física; porque la inteligencia es con respecto al alma lo que la luz con respecto á los ojos. Asi no es estraño que digan los cristianos de Cristo, que es la luz que alumbra á todo hombre que viene al mundo, y que le llamen hijo del padre de toda luz; lo cual es cierto, tanto en sentido metafísico como en sentido físico, siendo Cristo la parte luminosa de la esencia divina, que se hace sensible al hombre en el sol, donde se incorpora ó se encarna. En esta última forma puede aumentar y disminuir, y ha podido ser asunto de las ficciones sagradas que se han imaginado acerca del nacimiento y la muerte del dios Sol, Cristo.

Los estoicos colocaban la inteligencia de Jove, ó la inteligencia sumamente sabia que rige el mundo, en la sustancia luminosa del fuego éter, que reputaban fuente de la humana inteligencia. Esta opinion acerca de la naturaleza de la inteligencia la materializa algo; pero los hombres han discurrido de la materia que vian y sentian, antes de soñar del ser inmaterial que han criado por abs-

traccion. La mayor ó menor sutileza de la materia no estorba que sea materia; y el alma para los antiguos era una dimanacion de la materia sutil, que creian dotada de la facultad de pensar, asi como decimos nosotros un soplo de vida, el fuego del ingenio y las luces del entendimiento; y lo que hoy se mira como una metáfora, era antiguamente una espresion propia y natural, que designaba el principio de la vida y la inteligencia.

Esta parte de la Divinidad la calificó Pitagoras de *luciente* ó luminosa, no solo llamando Dios la sustancia activa y sutil que circula en todas las partes del mundo, mas tambien distinguiéndola con el epiteto de luminosa, para indicar la inteligencia, como habia indicado el principio de vida por la fuerza activa y vivificante que mueve y anima el mundo. Por esta última parte, se hermanaba el hombre con los animales; por la primera, con los dioses naturales ó los astros formados de la sustancia etérea: y por eso se suponian los mismos astros inteligentes y dotados de razon.

Segun San Agustin, se comprende la

creacion de las sustancias celestes en la de la sustancia de la luz, participando aquellas de la eterna luz que constituye la sabiduría de Dios, y que llamamos nosotros su único hijo: opinion que es muy parecida á la de Varron y los estoicos acerca de los astros que reputaban inteligentes, y que vivian en el seno de la luz del éter, que es la sustancia de la Divinidad.

Enseñaba Zoroastro que cuando organizó Dios la materia del universo, envió su *voluntad* en forma de una *luz* muy resplandeciente, que se apareció en figura de un hombre.

Los Valentinianos, en su generacion alegórica de los varios atributos de la Divinidad, dicen que de la divina inteligencia engendró el verbo ó la razon y la vida. Esta es evidentemente el alma del universo, cuyas dos propiedades son la vida y la razon, dice Beausobre.

En la sustancia de la luz colocaban los Fenicios la parte inteligente del universo, y la de nuestras almas, que es un efluvio de ella.

La teología egipcia, cuyos principios es-

tán recopilados en el Pimander, sea quien fuere el autor de esta obra, asentaba que residia en la sustancia luminosa el *logos* ó el verbo, esto es la inteligencia y universal sabiduría de la Divinidad. En vez de dos personas agregadas al primer ser, le da dos sexos, la *luz* y la *vida*. El alma del hombre nació de la vida, y de la luz el espíritu puro. Tambien Jamblico considera la luz como la parte inteligente ó intelectiva del alma universal.

Varias veces hablan los oráculos de los Caldeos y los dogmas de Zoroastro, conservados por Pleton y Pselo, del fuego inteligente, venero de nuestra inteligencia.

Los Maguseos creian que sentia y percibia la materia, pero que carecia de inteligencia, perfeccion *privativa de la luz*.

Todavía veneran hoy los Gauros en la luz el atributo mas perfecto de la Divinidad. «El fuego, dicen, engendra la luz, y *la luz es Dios*." Este fuego es el éter, donde ponia la teología antigua la sustancia de la Divinidad y el alma universal del mundo, de donde dimanan la luz y la vida, ó valiéndome de la espresion de los cristianos,

el *logos* ó verbo que alumbra á todo hombre que viene al mundo, y el *spiritus* ó Espíritu santo que todo lo vivifica.

Manes califica á Dios de «luz eterna, inteligente, purísima, sin mezcla de tinieblas ningunas, y dice que Cristo es hijo de la eterna luz.» Tambien Platon llamaba el sol unigénito de Dios; y los Maniqueos como ya hemos notado, ponian á Cristo en aquel astro. La misma opinion seguian los Valentinianos. «No pudiendo concebir los hombres, dice Beausobre, cosa mas bella, mas pura ni mas incorruptible que la luz, fácilmente se imaginaron que la naturaleza mas escelente era una luz perfectísima. Esta idea la vemos admitida de cuantas naciones se reputan doctas, y la misma sagrada Escritura nada dice en contrario. En todas las apariciones de la Divinidad, siempre la vemos cercada de fuego y luz. El Eterno habla con Moises desde una zarza ardiente. Cuando habla el padre de todas luces con su hijo, estaba el Tabor rodeado de luz. Sabida es la disputa de los monges del monte Atos sobre la naturaleza de esta luz, increada y eterna, que era la misma Divinidad.»

Constantemente dicen los padres de la iglesia mas instruidos y los autores ortodoxos: «que *es Dios una luz*, y luz muy sublime; que todas cuantas claridades vemos, por mas resplandecientes que sean, son solamente un pequeño efluvio, un flaco rayo de aquella luz; que el Hijo es una luz sin principio; que Dios es luz inaccesible, que siempre alumbra y nunca se eclipsa; que todas las virtudes que están cerca de la Divinidad, son luces de segundo órden, rayos de la luz primera." Este es generalmente el estilo de los padres, antes y despues del concilio de Nicea. «El Verbo, dicen, es la luz que vino al mundo, y que brota del seno de aquella luz que existe por sí misma: es Dios nacido de Dios; es una luz dimanada de una luz. Tambien es luminosa el alma, porque es un soplo de la eterna luz, &c."

Del mismo modo enseña la teología de Orfeo que la luz, el mas antiguo y mas sublime de todos los seres, es Dios, el Dios inaccesible, que lo contiene todo en su sustancia, y que llaman *consejo*, *luz* y *vida*. El evangelista Juan ha copiado estas ideas teológicas, cuando dice que «la vida era la

luz, y la luz era *la vida*, y que la luz era el verbo ó el consejo y la sabiduría de Dios."

No era esta luz una luz abstracta y metafísica, como nota con acierto Beausobre, sí una verdadera luz que contemplan en el cielo los espíritus inmortales: á lo menos asi lo creyeron muchos padres, como lo prueba el mismo Beausobre.

Por las autoridades que hemos citado, no puede quedar duda de que era dogma admitido en las mas antiguas teologías, que era Dios una sustancia luminosa, y que la luz constituia propiamente la parte inteligente del alma universal del mundo ó el Universo-Dios: de donde se sigue que el sol, que es su principal foco, hubo de ser tenido por la misma inteligencia del mundo, ó á lo menos por su residencia especial; y de aqui vienen los epitetos de *mens mundi* ó inteligencia del mundo, de ojo de Jove, que le dan los teólogos antiguos, y el de produccion primera del padre, y su hijo primogénito.

Todas estas ideas se trasladaron á la teología de los adoradores del sol con nombre de Cristo, á quien llaman hijo del padre ó

del primer dios, su emanacion primera, dios consustancial ó formado de la propia sustancia luminosa. De suerte que el dios Sol tambien es el *logos*, el verbo ó la inteligencia del sumo Ser ó el sumo dios-universo, esto es que tiene todos cuantos caracteres atribuyen los cristianos al redentor, que en su religion bien esplicada no es otro que el Sol.

Bien sé que los Cristianos, sobre manera ignorantes en los orígenes de su religion, repelen todo el materialismo de esta teórica, habiendo espiritualizado, como los Platónicos, todas las ideas de la teología antigua; mas no por eso deja de ser cierto que el sistema de los espiritualistas está todo él vaciado en el de los materialistas; que es posterior á este, y que le ha tomado todas sus divisiones para crear su dios fantástico y su mundo meramente intelectual. Antes de figurarse una luz invisible, contemplaron los mortales la luz visible; y antes de crear por la abstraccion un sol intelectual, adoraron el sol que tenian delante de los ojos: antes de colocar la Divinidad en la misma unidad del gran Ser que lo contenia todo en sí, admitieron un mundo, único. Dios. Pero luc-

go discurrieron sobre el mundo facticio del mismo modo que habian discurrido los antiguos acerca del mundo real, y tuvo tambien el dios intelectual su principio de inteligencia y su principio de vida igualmente intelectual, del cual principio dimanaron la vida y la inteligencia que en el mundo visible se manifiestan. Hubo *un* sol intelectual, cuya imágen era el sol visible; una luz incorpórea, cuya emanacion corpórea era la luz de este mundo; finalmente, un verbo incorpóreo, y un verbo con cuerpo y sensible para el hombre, siendo este cuerpo la sustancia corpórea del sol, mas arriba de la cual colocaban la luz increada, intelectual, ó el *logos* intelectual. De este acrisolamiento de la filosofía platónica ha sacado el autor del evangelio de Juan la única espresion teológica que hay en los evangelios: «El verbo se hizo carne; vivió con nosotros, y vimos su gloria, la gloria del unigénito del Padre."

El último verbo ó la luz incorporada en el disco del sol, á quien solo es dado ver á su padre, dice Marciano Capela en el himno que á aquel astro dirige, estaba sujeto al

tiempo y encadenado á su revolucion periódica: él era el que padecia alteraciones en su luz, el que parecia que nacia, crecia, disminuia y acababa, rindiéndose alternativamente á los esfuerzos del príncipe de las tinieblas y triunfando de él, mientras que el sol intelectual, refulgente siempre en el seno de su padre ó la unidad primera, no conocia variacion ni diminucion, y lucia con eterno resplandor, inseparable de su principio.

Todas esas distinciones de sol intelectual y sol corpóreo se encuentran en el soberbio razonamiento que dirige el emperador Juliano al sol, el cual contiene los principios teológicos de aquellos siglos. Por ellos se esplican las dos naturalezas de Cristo y su encarnacion, que dió motivo á la fábula de cristo hecho hombre, nacido de las entrañas de una vírgen, muerto y resucitado.

En su comentario sobre *la República de Platon*, considera Proclo el sol bajo dos aspectos, como Dios no engendrado, y como Dios engendrado. Bajo el aspecto de principio luminoso que todo lo alumbra, es sagrado; mas no lo es, en cuanto es cuerpo. Bajo el aspecto de ser increado, reina

en todos los cuerpos visibles; bajo el de ser criado, es parte de los seres regidos y gobernados. En esta sutileza platónica vemos la distincion de las dos naturalezas del sol, y por consiguiente de Cristo, que probamos antes no ser otro que el sol. Cuando compusieron los cristianos su código teológico, era esa la índole de la filosofía en las aulas mas célebres; y los autores de dicha teología, los padres, adoptaron el idioma de la filosofía de su siglo. Por eso nos dice San Justino, uno de los mas fervorosos defensores de los dogmas de los cristianos, que en el sol se han de distinguir dos naturalezas; la de la luz, y la del cuerpo del sol con que está aquella incorporada. Asi son, añade dicho padre, las dos naturalezas de Cristo; verbo ó *logos*, cuando le concebimos unido con su padre; y hombre ó verbo encarnado, cuando vive con los hombres. Nosotros no decimos como Justino: *asi son las dos naturalezas de Cristo*, sino *esas mismas son las dos naturalezas de Cristo*, ó del sol adorado con este nombre.

La luz que supone incorpórea é invisible el sistema de los espiritualistas, que es el

del cristianismo, es aquel *logos* puro de la Divinidad, que reside en el mundo intelectual en el seno del primer dios; pero la luz que se manifiesta al hombre, reuniéndose en el refulgente disco del divino cuerpo llamado sol, es la luz increada que toma cuerpo y viene á vivir con nosotros. Ese es el *logos* incorporado ó encarnado, que bajó al mundo visible, á ser el redentor de las desdichas del mundo. Si se hubiera quedado en el seno del ser invisible, su luz y su calor, que podian solos remediar el desórden introducido en la tierra por la serpiente, de nada nos hubieran servido, y su ausencia hacia irremediables nuestras dolencias. Pero uniéndose el principio luz con el sol, y por su órgano comunicándose al universo visible, vino á ahuyentar con su luz las tinieblas y las largas noches de hibierno, y á disipar con su calor el frio que habia encadenado la fuerza fecunda que comunica la primavera cada año á los elementos. Ese es el redentor que aguarda toda la tierra, y que consuma por la pascua la grande obra de la regeneracion de los seres en figura ó en el signo del cordero.

Ya vemos que nada hay que sea propio de los cristianos en su teología, y que todo cuanto dice relacion con las sutilezas de la metafísica, lo han tomado de los antiguos filósofos, especialmente de los Platónicos. Dogma era de Pitagoras y Platon la opinion de ellos acerca del *spiritus* ó alma del mundo, y de la inteligencia universal, conocida con nombre de verbo ó sabiduría de Dios. En Macrobio hay un trozo de teología antigua ó platonismo, que contiene una verdadera trinidad, cuya copia es la de los cristianos. Dícese en él que el mundo le formó el alma universal, alma que corresponde á nuestro *spiritus* ó espíritu. Cuando invocan los cristianos á su Espíritu santo, le llaman criador: *Veni, creator Spiritus, &c.*

De este espíritu ó alma, añade Macrobio, *procede* la inteligencia que llama él *mens*. Arriba probamos que esta era la inteligencia universal que han hecho los Cristianos el *logos* ó verbo, la sabiduría de Dios; y esta inteligencia es hija, segun Macrobio, del primer dios ó el dios supremo. ¿No es eso el padre, el hijo ó la sabiduría, y el espíritu que todo lo cria y verifica? Hasta la

palabra *proceder*, es promiscua de ambas teologias en la filiacion de los tres primeros seres.

Pasa adelante Macrobio, y reduce los tres principios á la unidad primitiva, que es el sumo Dios. Sentados los fundamentos de su teórica acerca de esta trinidad, añade: «Ya se vé como se mantiene indivisible y entera la unidad ó la monade original de la causa primera hasta el alma ó *spiritus* que anima el mundo." Estos dogmas de la teología de los Paganos, trasladados á la de los Cristianos, han engendrado no solo el dogma de los tres principios, mas tambien el de su reunion en una unidad primera, de la cual unidad dimanaban ellos. En los tiempos primitivos residian en la unidad del mundo, *inteligente* y *viviente*, ó del mundo animado por el soplo del alma universal y regido por su inteligencia, que se confundian ambas en la unidad del gran Dios llamado mundo, ó en la idea del universo, Dios único, manantial de la inteligencia y la vida de todos los seres.

Todo lo material que habia en esta antigua teología, lo espiritualizaron los Platóni-

cos modernos y los Cristianos, que se fraguaron una trinidad de meras abstracciones personalizadas, ó esplicándose como ellos, convertidas en personas de quienes era comun la Divinidad primera y única de la universal y primera causa.

Por tanto el dogma de la trinidad ó de la division de la unidad del primer principio en principio de inteligencia y principio de vida universal, contenidos en el ser único que reune todas las causas parciales, es una mera ficcion teológica, y una de aquellas abstracciones en virtud de las cuales considera separadamente el pensamiento humano lo que en sí es indivisible é inseparable por su esencia, personalizando uno á uno los atributos de un ser necesariamente *único*.

Del mismo modo personalizando los Indios el sumo poder de Dios, le han dado tres hijos: uno, la potestad de criar; otro, la de conservar; y el tercero, la de destruir. Ese es el orígen de la famosa trinidad de los Indios; que no son los Cristianos los únicos que tienen trinidades. Tambien tenian los Indios la suya muchos siglos antes del cristianismo, no menos que las encarnaciones

de la segunda persona de dicha trinidad, conocida con nombre de Vichenú, la cual en una de sus muchas encarnaciones se nombra *Crisnú*. Los Indios tienen al sol por depositario de todas tres potestades, y le dan doce formas y doce nombres, uno cada mes, como damos nosotros á Cristo doce apóstoles. En el mes de Marzo ó en el signo del cordero, toma el título de *Crisnú*; y las tres potestades, segun su teología, representan la unidad.

Igualmente tienen los Chinos una especie de trinidad misteriosa. El primer ser engendra el segundo, y ambos el tercero. Segun nosotros, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Los tres hicieron todas las cosas. El gran ternario ó la grande unidad, dicen los Chinos, comprende tres; uno es tres, y tres son uno. El jesuita Kirker, en una disertacion sobre la unidad y la trinidad del primer principio, deriva todas estas sutilezas metafísicas del tiempo de Pitagoras y aun de los Mercurios egipcios; y el mismo Augustino afirma que casi todos los pueblos del mundo se formaban de la Divinidad ideas muy parecidas á las de los Cristia-

nos, y que acerca de la unidad del dios Luz y Bien enseñaban en gran parte las mismas doctrinas que ellos los Pitagóricos y los Platónicos, con otros muchos filósofos atlantes, libios, egipcios, indios, persas, caldeos, escitas, galos, y españoles. Hubiera podido añadir que todos esos filósofos eran muy anteriores á los Cristianos, y colegir, como nosotros, que estos tomaron de aquellos sus dogmas teológicos, á lo menos en los puntos en que coinciden.

De cuanto hemos dicho en este capítulo, se infiere que el cristianismo, cuya cuna es moderna á lo menos en Occidente, lo ha tomado todo de las religiones antiguas; que la fábula del paraiso terrenal y la introduccion del mal por una serpiente, en la cual se funda el dogma de la encarnacion de Cristo y su título de redentor, está sacada de los libros de Zoroastro, siendo una mera alegoría acerca del bien y el mal físico, que en igual cantidad se mezclan en las operaciones de la naturaleza en cada revolucion solar; que el redentor del mal y el vencedor de las tinieblas es el sol pascual ó el cordero equinoccial; que el mito de Cristo muerto y resu-

citado, se parece en todo (menos en el ingenio) á todos los mitos y poemas antiguos acerca del astro del dia personalizado, y que los misterios de su muerte y resurreccion son los de la muerte y resurreccion de Osiris, Baco, Adonis, y con especialidad Mitras ó el Sol, adorado con una multitud de nombres distintos en los varios pueblos; que los dogmas de su teología, particularmente el de los tres principios, pertenecen á muchas teologías mas antiguas que la de los Cristianos, encontrándose en los filósofos platónicos, en Plotino, Macrobio y otros autores que no eran cristianos, instruidos en los principios que profesó Platon muchos siglos antes del cristianismo, y que enseñaron luego sus discípulos en el tiempo que empezaron á escribir los primeros Cristianos; en una palabra que estos no tienen nada que puedan calificar de obra suya, cuanto menos de la Divinidad.

Demostrado habemos (me atrevo á decirlo) que la encarnacion de Cristo es la del sol, que su muerte y resurreccion se refieren tambien al sol, y finalmente que los Cristianos son verdaderamente unos adora-

dores del sol, como los Peruanos que degollaron; paso á tratar la importante cuestion de si ha existido ó no Cristo. Si se reduce la cuestion á saber si es un ser real ó ideal el Cristo, objeto del culto de los Cristianos, es claro que es un ser real, pues hemos probado que era el sol. Sin duda no hay cosa mas real que el astro que alumbra á todo hombre que viene al mundo, el cual ha existido, existe y existirá luengos siglos. Si preguntan si hubo un embaidor ó un filósofo que haya dicho que él era Cristo, restableciendo con este nombre los antiguos misterios de Mitras, Adonis, &c. poco importa para el resultado de nuestras investigaciones, que haya ó no existido. No creemos empero en su existencia, y pensamos que asi como se engañaban los adoradores de Hércules, creyendo que habia habido un Hércules que dió cima á los doce trabajos, pues el sol era el héroe de su poema, asi tambien se han engañado los adoradores del Sol-Cristo, atribuyendo existencia humana al sol personalizado en su mito. Efectivamente, ¿que pruebas tenemos de la existencia de ese hombre? La creencia general de los Cristianos desde el orígen de

la secta, ó á lo menos desde que empezaron á escribir sus secuaces. Ora es evidente que estos no admiten otro Cristo que el que nació del vientre de una vírgen, murió, descendió á los infiernos, y resucitó; el que llaman ellos el cordero que quita los pecados del mundo, el héroe de su mito; y ya hemos probado que ese es el sol, y no un filósofo ni un embustero. Ni están mejor dispuestos los Cristianos á confesar que el que adoran por dios era un filósofo, que á reconocer que su Cristo es el sol, tan supina es su ignorancia.

¿Encontraremos testimonios, de la existencia de un Cristo, filósofo ó embustero, en los escritos de los autores paganos? Ninguno de ellos, á lo menos de aquellos cuyas obras nos quedan, ha tratado *exprofesso* la cuestion, ni nos ha dejado su historia. Unos cien años despues de la época que asigna el mito evangélico á su vida, se encuentran apenas algunos historiadores que dicen de él alguna palabra, y eso no hablando de él, sino de los que se titulaban Cristianos. Si mienta Tacito su nombre, es para dar la etimología del nombre *Cristiano*, que decian que venia de un tal Cristo, ajusticiado sien-

do gobernador de la Judea Pilatos; esto es que repite Tácito lo que contaba el mito y ya hemos visto que este era una fábula solar.

Si hubiera tratado Tacito de los Bramas, tambien habria dicho que se nombraban asi por un tal Brama que habia vivido en la India, porque este tambien tenia su mito; y no por eso hubiera existido un hombre llamado Brama, pues este es el nombre de uno de los tres atributos de la Divinidad personalizada. Teniendo que hablar Tacito, en su historia, de Neron y la secta cristiana, señaló á esta la etimología admitida, sin indagar si realmente habia existido Cristo, ó si este nombre era el del héroe de un mito sacro; porque semejante exámen no tenia incumbencia ninguna con su obra.

Asi hablando Suetonio de los Judios, supone que movieron muchos alborotos en Roma en tiempo de Claudio, incitados por un tal Cristo, hombre revoltoso, que dió causa á que los echara de Roma aquel emperador. ¿A cual de estos dos historiadores daremos crédito, á Tacito ó Suetonio, que tan discordes están acerca del sitio y la época en que vivió el pretenso Cristo? Los Cristianos

darán la preferencia á Tacito, que parece mas conforme con el mito solar; pero nosotros decimos que ambos historiadores han tratado de Cristo por hablillas vagas, sin hacer de él aprecio ninguno, y que en este punto no puede ser su testimonio suficiente documento para afirmar la existencia de Cristo hombre, ó legislador, ó embustero. Si hubiera sido tan indubitable su existencia, no habrian escrito otros autores contemporáneos de Tertuliano, que habian examinado mas detenidamente la cuestion del orígen del cristianismo, que el culto del sol era el de los Cristianos, no un culto dirigido á un hombre que hubiese existido en otro tiempo. Confesemos sinceramente que los que miran á Cristo como un legislador ó un embustero, se han persuadido á ello porque no tienen la fé suficiente para adorarle por dios, y no han cotejado su fábula con las fábulas solares lo bastante para conocer que era toda ella una mera ficcion sacerdotal. Asi los que no pueden admitir como sucesos verdaderos las proezas de Hércules, ni tener á este por dios, se ciñen á considerarle como un gran príncipe cuya historia han ornado con portentos. Bien

sé que este método de esplicarlo todo es muy sencillo, y cuesta poquísimo estudio; mas no por eso nos da resultados ciertos, ni deja por eso Hércules de ser el sol, personalizado y cantado en un poema. Tambien sé que el siglo en que suponen que vivió Cristo está mucho mas inmediato á nosotros que el de Hércules; pero cuando se ha propagado un error, y declaran los doctores que es delito la sana crítica; cuando fabrican libros, falsifican y queman otros, no hay medio para volver atras sobre todo cuando ha mediado mucho tiempo.

Si hay siglos de ilustracion para los filósofos, esto es para una cortísima porcion de hombres, todos son siglos de tinieblas para el número mas crecido, sobre todo en asuntos de religion. Colijamos cual era la credulidad de la gente entonces por el descaro de los autores de los evangelios. Si les damos crédito, no han oido decir, que han presenciado lo que cuentan. ¿Y que es? cosas absurdas, milagros disparatados, y sucesos que vé que son imposibles todo aquel que tiene la menor tintura de las leyes físicas de la naturaleza. Dicen que los que los escribieron eran sugetos sencillos. Bien sé que son com-

posiciones tontísimas; pero unos hombres tan simples, que todo se lo creian ó que dicen que vieron lo que no era posible que viesen, no son fiadores abonados para la historia. Demas de que no eran hombres tan faltos de luces y educacion como se cree los autores de los evangelios, que bien patentes están las huellas de sus embustes. Uno de ellos, despues de escribir poco mas ó menos lo que los otros tres, dice que ha hecho el héroe de su novela otra multitud de milagros, que fueron tantos que su cuento llenaría un libro mayor que el universo. Algo fuerte es la ponderacion; ¿pero como no tenemos noticia de ninguno de todos esos milagros, y por que los cuatro evangelios contienen con poca diferencia los mismos hechos? ¿No ha sido esto treta de los que nos dejaron estos escritos? ¿no han querido que hubiese en ellos una concordancia capaz de hacer verosímiles los cuentos de hombres que suponen que no se pusieron acordes? ¡Con que hay millares de sucesos memorables en la vida de Cristo, y están acordes todos los autores de su vida en hablar solamente de los mismos hechos! Ninguno de los discípulos de Cristo hace

mencion de los tales acontecimientos, y guardan alto silencio acerca de ellos la tradicion y los escritores sagrados. El ponderativo autor de la novela llamada evangelio de San Juan ha creido que todos sus lectores serian buenos creyentes, esto es unos bobos. Demas de que admitir en prueba de la existencia de Cristo el testimonio de los evangelistas, equivale á allanarse á creerlo todo, porque si dicen la verdad cuando afirman que vivió Cristo con ellos, ¿que motivo tendremos para no creer que vivió como ellos cuentan, y que hizo, cuando vivia, todas las cosas milagrosas que nos aseguran? Efectivamente, asi lo creen los fieles cristianos; y si son tontos, á lo menos son consiguientes. Bien sé que no fuera imposible que se hubiesen engañado ó nos hubiesen engañado en las circunstancias de la vida de Cristo, sin que por eso dejara de ser cierta su existencia. Pero, vuelvo á repetirlo, ¿que crédito merecen, ni aun acerca de la existencia de su héroe, unos escritores que engañan ó se engañan en todo lo demas, especialmente sabiendo que hay un mito sacro, cuyo héroe es el sol con nombre de Cristo? ¿No es cosa natural creer que le

hayan atribuido los adoradores del Sol-Cristo una existencia histórica á este, como se la atribuian á sus diferentes héroes los propios adoradores del sol, con los nombres de Adonis, Baco, Hércules y Osiris, puesto que sabian los principales ministros de estas religiones bien instruidos, que nunca habia habido los héroes Baco, Osiris, Hércules y Adonis, siendo todos ellos el dios Sol personalizado? Añádese á esto que no es dable encontrar hombres mas crédulos y mas ignorantes que los primitivos cristianos, á quienes se les podia hacer tragar una fábula oriental acerca de Mitras ó el Sol, sin que supiesen que el que adoraban era el sol los mismos doctores, que la habian tomado de otros sacerdotes mas antiguos. La historia de su Cristo es una fábula antigua, remozada por sugetos sin instruccion, que solo se han ocupado en adaptar á ella los elementos de la moral, con nombre de doctrina de Cristo, hijo de Dios, á quien sacaban á la escena, y cuyos misterios se celebraban muchos siglos atras en la oscuridad de los santuarios, con los nombres de Mitras ó Adonis. En boca de este último habrian podido poner di-

cha doctrina, si se lo hubieran permitido sus aventuras amorosas. Tomaron pues un nombre místico del sol, menos conocido, y supusieron los autores del mito que todos los acontecimientos de él se habian verificado en su siglo, sin temor de la crítica en una secta en que es obligacion sagrada la credulidad.

No puede llegar á mas el descaro de la impostura, que hasta donde llegó en los primeros escritores cristianos, ó ilusos ó engañadores. Una carta citan de San Dionisio areopagita, afirmando que estaban en Heliopolis ó la ciudad del Sol él y el sofista Apolofanes, cuando el pretenso eclipse de sol que sucedió en el plenilunio, esto es contra todas las leyes de la naturaleza, á la muerte del Sol ó de Cristo, y que por tanto fue milagroso. Asegura que vieron ámbos claramente la luna que se vino á poner debajo del sol, donde estuvo tres horas, y se volvió luego al oriente al punto de oposicion, donde no se debia encontrar hasta catorce dias despues. Cuando se hallan falsarios tan sin vergüenza, que fabrican semejantes piezas y que esperan acreditarlas, es prueba de que hay infinitos tontos dispuestos á creerlo

todo, y que todo se puede aventurar. En Flegon leemos una caterva de cuentos milagrosos que certifican la torpeza de la credulidad de aquellos siglos. No menos fecunda en todo género de prodigios es la historia de Dion Casio; todo lo cual indica con que facilidad creian entonces en los milagros. Los pretensos prodigios que hizo Simon mago, y el crédito que parece que se grangeó con un tejido de patrañas, convencen que la plebe estaba dispuesta á creerlo todo, y en la plebe fue donde nació y se propagó el cristianismo. El que leyere atentamente el martirologio de los tres primeros siglos y la historia de los milagros del cristianismo, se sonrojará del género humano, que afrentan á porfía la impostura de los unos y la credulidad de los otros: y en tan deleznables fundamentos quieren apoyar la existencia de un dios ó un hombre divino, de quien no ha hecho mencion ningun hombre sensato, ningun escritor que no fuera de su secta, en el tiempo mismo que debia estar atónito el universo con sus milagros. Es forzoso ir á buscar cerca de cien años despues en Tacito la etimología de la voz *cristiano*, para pro-

bar la existencia de Cristo, ó intercalar por un fraude pío un pasage en Josefo. Si hubiera conocido este último á Cristo, no hubiera dejado de hablar latamente de su historia, especialmente tratándose de uno que tanto papel habia hecho en su pais. Quien se vé precisado á echar mano de medios tan mezquinos, da bien á entender el apuro en que se encuentra para convencer á los que quieren creer con sólidos fundamentos. Si efectivamente hubiera existido en Judea un varon notable, ya sea como gran legislador ó filósofo, ó ya como insigne embustero, ¿se hubiera ceñido el propio Tacito á no decir de Cristo nada mas que el que habia muerto en Judea? ¿A cuantas reflexiones no hubiera dado márgen la muerte de un varon tan estraordinario á un escritor filósofo como Tacito? Es evidente que este no hace ningun aprecio del suceso que refiere, y que para él no era mas que un nombre de donde se sacaba la etimología del de cristianos, sectarios que se empezaban á ver en Roma, y tan aborrecidos como vilipendiados en su cuna. Asi dijo sencillamente lo que por testimonio de los crédulos cristianos habia oido,

y nada mas; y por tanto los fiadores que aquí tenemos son los cristianos, no Tacito ni Suetonio. No se me esconde que alegarán la fe universal de los adoradores de Cristo, que de siglo en siglo han dado testimonio de su existencia y sus milagros, como de los de muchos mártires y santos, en cuyos milagros nadie cree ya; pero tratándose de Hércules, observé antes que en asuntos de religion no probaba otra cosa la creencia de muchas generaciones que la credulidad de los que daban asenso á un hecho, y que no obstante cuanto dijeron y creyeron los Griegos, no dejaba Hércules de ser el sol. Un error capital cunde con mas facilidad que una verdad fundamental, porque es mas fácil creer que discurrir, y los hombres prefieren los portentos de las novelas á la sencillez de la historia. Asentada esta regla de crítica, opondremos á los cristianos la firme creencia que ha profesado y todavía profesa cada pueblo en los milagros y oráculos de su religion que acreditan su verdad, y dudo que admitiesen ellos esa prueba. Pues lo mismo haremos nosotros cuando aleguen su creencia ellos. Ya se que responderán que

ellos solos dicen la verdad; pero lo mismo presumen los otros. ¿Quien ha de ser el juez? La sana razon, y no la fe ni la opinion establecida, aunque sea general. Dicen que seria echar abajo la historia por sus cimientos, no creer la existencia de Cristo ni la verdad de las relaciones de sus apóstoles y autores sagrados. Tambien decia el hermano de Ciceron, que era echar por tierra los fundamentos de la historia, negar la veracidad de los oráculos de Delfos. Pregunto á los cristianos si piensan que derriban por los cimientos la historia, cuando rebaten aquellos pretensos oráculos, y si hubiera creido el orador romano que los derribaba él con negar la verdad de las profecías de los cristianos, suponiendo que hubiesen llegado á su noticia. Cada uno defiende su fantástica creencia, y no la historia.

No hay cosa que con tanta universalidad y mas tiempo se haya creido como la astrología, puesto que tiene un fundamento tan frágil y son tan falaces sus resultados. Su sello está estampado en casi todos los monumentos de la antigüedad: nada ha faltado á sus pronósticos, como no sea la verdad, y el mun-

do ha creido ó cree todavía en ellos. Ciceron mismo prueba la verdad de la adivinacion con una multitud de sucesos en que funda su aserto, y particularmente con la creencia universal; añadiendo que se practicaba este arte en la antigüedad mas remota; que no habia pueblo que no tuviese sus oráculos, sus adivinos, sus agüeros y sus profetas, y que no creyese en los sueños, las suertes, &c. Verdad es; ¿pero que se saca de eso? Que es la credulidad dolencia muy antigua del hombre, epidemia inveterada, que ha cundido en todo el linage humano, y que se divide en dos clases el mundo; bribones que guian, y tontos que se dejan guiar. Lo mismo se probaria la existencia de los duendes por la antigüedad y universalidad de esta opinion, y los milagros de San Vicente Ferrer y de Esculapio por las pinturas colgadas en las paredes de los templos. La razon humana es muy limitada, y la credulidad una sima sin suelo, que se traga todo cuanto le tiran, sin desechar nada. No creo yo en la certeza de la ciencia augural, por mas que me digan que para probar Accio Navio la infalibilidad de la tal cien-

cia, rogó á Tarquino que imaginase lo que queria que hiciese, y habiendo este pensado en cortar un pedernal con una navaja, lo ejecutó al instante el agorero. La memoria de este prodigio la perpetuó una estatua erigida en la plaza pública, certificando á todos los Romanos que era infalible el arte de los agoreros. Lo mismo prueban la existencia de Cristo sus pañales y los pedazos de su cruz, que la de Hércules la huella de la planta de aquel héroe, ó que demuestran las columnas levantadas en el llano de San Dionisio que pasó por alli este santo con la cabeza en las manos. San Dionisio ó *Dionisios* será para mí el antiguo Baco griego y el Osiris egipcio, cuya cabeza viajaba todos los años desde las riberas del Nilo hasta Biblos, como la de Orfeo por la corriente del Hebro; y aqui es el caso de ver hasta donde se deja arrastrar la plebe del embuste y la ignorancia, cuando se hace el sacerdocio árbitro de su razon.

Los Griegos veneraban á Baco con nombre de *Dionisios* ó Dionisio, mirándole como la cabeza y primer autor de sus misterios; tambien le nombraban Eleuterio: el

cual nombre era un epiteto que le daban, y que han vertido los latinos por el de *Liber*, celebrando en honra suya dos festividades pricipales, una por primavera, y otra por el tiempo de la vendimia. La última era una fiesta rústica que se celebraba en el campo, y que contraponian á la de primavera, llamada de la ciudad ó *urbana*. Agregaron á ellas un dia en obsequio de Demetrio, rey de Macedonia, que tenia su corte en Pela, junto al golfo de Tesalónica. El nombre oriental de este mismo dios era Baco. Asi el calendario pagano anunciaba las fiestas de Baco con el siguiente título: *Festum Dionysii*, *Eleutherii*, *Rustici*; y nuestros simples antepasados convirtieron estos tres nombres en tres santos: San Dionisio con San Eleuterio y San Rustico, sus compañeros. El dia antes leyeron *Fiesta de Demetrio*, y pusieron, la víspera de San Dionisio, la fiesta de San Demetrio, que hicieron mártir de Tesalónica: añadiendo que le mandó matar Maximiano desesperado por la muerte de Lieo; y Lieo es uno de los nombres de Baco, como tambien Demetrio. La antevíspera era la fiesta de San Baco, que fue otro mártir

de Oriente. Los que quisieren tomarse el trabajo de leer el calendario latino ó el añalejo que es el gion de nuestros sacerdotes para el rezo de las fiestas, verán el 7 de Octubre *Festum sancti Bacchi*; el 8, *Festum sancti Demetrii*; y el 9, *Festum sactorum Dionysii, Eleuterii et Rustici*: de modo que se han convertido en santos los epitetos ó apellidos diversos del mismo dios, Baco, *Dionisios* ó Dionisio, *Liber* ó *Eleutheros*, los cuales epitetos fueron compañeros suyos. En nuestra esplicacion del poema de Nonno, vimos que se casó Baco con el Céfiro ó el viento plácido, con nombre de la ninfa *Aura*. Pues dos dias antes de la fiesta de Dionisio ó Baco, se celebra la de Aura Plácida ó el Céfiro, con la advocacion de *Santa Aura* y *Santa Plácida*.

La fórmula de faustos deseos, *perpetua felicitas*, engendró otras dos santas, *Perpetua* y *Felicitas*, ó felicidad duradera, que se celebran juntas; pedir y dar, *ó rogare* y *donare*, fueron san Rogato y san Donato, tan inseparables como santa Felicitas y santa Perpetua. Celebráronse juntas santa Flora y santa Lucía, ó la flor y la luz. A san-

ta Bibiana se le hizo su fiesta cuando abrian los Griegos los toneles, ó cuando la ceremonia de las pitoegias; san Apolinar pocos dias despues de aquel en que celebraban los Romanos los juegos apolinares. Hasta los idus del mes han sido una santa con nombre de santa Ida. El verdadero rostro ó efigie de Cristo, *vera eicon ó iconica*, se convirtió en santa Veronica.

La hermosa estrella de la corona, *Margarita*, sobre la serpiente de Oñuco, fue santa Margarita, á cuyas plantas está enroscada una serpiente ó dragon; y su festividad se celebra pocos dias despues del acaso de aquella estrella.

Tambien se celebró la fiesta de San Hipolito que arrastraron sus caballos, como al amante de Fedra, hijo de Teseo. Dicen que Cimon trasladó las reliquias ó los huesos de este de la isla de Esciros á Atenas, y se hicieron sacrificios á aquellas pretensas reliquias, como si hubiera vuelto el mismo Teseo á la ciudad. Esta solemnidad se repetia todos los años á 8 de Noviembre, y nuestro calendario pone ese mismo dia la fiesta de las Sagradas Reliquias.

Ya vemos que sin hallar estorbo ninguno han llenado mucha parte del calendario cristiano el calendario pagano y los seres físicos ó morales que este personalizaba.

No pasaré mas adelante en mis reflexiones, porque no es el objeto de mi obra especificar todas las equivocaciones de la ignorancia y las patrañas de la impostura, mas sí señalar el verdadero orígen de la religion cristiana, hacer ver su filiacion, mostrar el vínculo que la estrecha con todas las demas, y probar que tambien está contenida en el coto de la religion universal ó el culto tributado á la naturaleza y al sol su principal agente. Esto lo habré conseguido, si he convencido á un corto número de mis lectores (porque la multitud se la dejo á los sacerdotes), y si les parece cosa probada que Cristo es el sol; que los misterios de la religion cristiana se refieren á la luz, como los de los Persas ó de Mitras, los de Adonis, Osiris, &c. y que solo se diferencia esta religion de las demas religiones antiguas, en que los nombres, las formas y las alegorías son distintas, siendo su esencia la mis-

ma; por fin, que un fiel Cristiano es un adorador del astro, fuente de toda luz. Si despues de eso se empeñan en creer que existió un Cristo, que no es el del mito ni el de los misterios, poco nos importa. No vemos que necesidad hay de ese otro Cristo, pues nada tendria que ver con el héroe de la religion cristiana, esto es con aquel cuya naturaleza nos importa determinar. Nosotros pensamos que nunca ha existido ese segundo Cristo, y presumimos que mas de cuatro lectores juiciosos serán de nuestro dictámen, y se convencerán de que asi hubo un hombre llamado Cristo, como el Hércules de los doce trabajos.

Tampoco se nos esconde que habrá otros muchos que admitiendo nuestras esplicaciones de lo esencial de los misterios del cristianismo, sigan teniendo á Cristo por un legislador ó un embustero, porque antes de leer nuestra obra tenian formada esa idea, y con dificultad se abandonan las opiniones arraigadas en el ánimo. Como no puede ir mas adelante su filosofía, no gastaremos mas tiempo en nuevos argumentos, haciendo ver la carencia de pruebas verdaderamente his-

tóricas, que hagan probable la existencia del hombre Cristo.

Finalmente, hay un sin número de hombres tan mal organizados, que todo se lo creen, menos lo que dicta el sentido comun y la sana razon, y que aborrecen la filosofía como los hidrófobos el agua: estos no leerán nuestra obra, y nada nos importa, porque no la hemos escrito para ellos. Su inteligencia, lo repetimos, es manjar de los clérigos, como de los gusanos los cadáveres. Nosotros escribimos solo para los amantes de la humanidad y la razon: lo demas pertenece á otro mundo; y asi dice su dios que su reino no es de este mundo, esto es del mundo donde se discurre, y que son bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Dejémosles sus fantásticas ideas, y no envidiemos al sacerdocio semejantes conquistas. Sigamos nuestro camino sin pararnos á contar el número de votos que puede tener el que arrostra con denuedo la credulidad; y habiendo puesto patentes los misterios del sagrario en que se encierra el sacerdote, no esperemos que escite él á que nos lean aquellos aquienes tie-

ne engañados. Bástenos con que una feliz revolucion, que hubiera debido redundar toda entera en beneficio de la razon que la hizo, imposibilite al clero que haga daño, ó fuerce á los escritores á las ignominiosas retracciones de Buffon.

CAPITULO X.

Del culto y las opiniones religiosas, consideradas en sus relaciones con las obligaciones del hombre y sus necesidades.

No basta haber hecho ver cuales han sido los verdaderos objetos del culto de todos los pueblos, y haber analizado sus fábulas sacras, consignadas en poemas y en mitos, probando que el asunto de todos los cánticos á la Divinidad y el fundamento del sistema religioso de todas las naciones, han sido la naturaleza y sus agentes visibles, con las inteligencias invisibles que se creia que residian en cada parte del mundo y dirigian sus movimientos. El culto en sí mismo ha de ser ahora materia de serio exámen. Tamaños son los males que han hecho las religio-

nes á la tierra, que nos dan sobrado motivo para indagar si se han de mantener ó proscribir estas instituciones. Es tan universal y tan palpable el influjo que en la política y en la moral, en la dicha y la desdicha de los particulares y de las sociedades en general tienen, que no se debe dejar sobrado ligeramente á los sacerdotes el derecho de gobernar á los hombres, modificando como se les antojare sus inclinaciones, sus gustos y su régimen de vida, y sobre todo entorpeciendo su razon. En todo se mete la religion: coge al hombre asi que sale del vientre de su madre, dirige su educacion, ratifica las mas importantes obligaciones que puede contraer en su vida; cerca el lecho del moribundo, le acompaña al sepulcro, y le sigue mas allá de los confines de la muerte con las ilusiones del miedo y la esperanza.

Bien conozco que la proposicion sola de examinar si conviene ó no una religion, asustará los ánimos de muchos, y que han echado las religiones en la tierra tan hondas y anchas raices, que fuera una especie de locura querer arrancar hoy el antiguo árbol de las supersticiones, á cuya sombra creen

casi todos los hombres que necesitan descansar. No es mi ánimo probar tamaña aventura, porque son las religiones como aquellas dolencias cuyo gérmen se hereda de padres á hijos por espacio de una dilatada serie de siglos, y contra las cuales ofrece pocos específicos la medicina; dolencia eso mas incurable, que hasta los remedios que pudieran sanarla son temibles. Acreedor seria á la gratitud del linage humano el que estirpase para siempre el virus venéreo, y no perdonaria este al que le quisiera librar del virus de las religiones que han causado infinitamente mas estragos á la humanidad, formando una hedionda lepra que inficiona y llaga la razon. Puesto que haya pocas esperanzas fundadas de sanar de este general desvario á nuestra especie, todavía debe examinar el filósofo la naturaleza y los caracteres de esta epidemia; y si no puede figurarse que ha de preservar de ella la multitud, se tendrá por dichoso si consigue curar un corto número de sabios.

Terrible tiro asestaria á las religiones el que en una obra reuniese todas las atrocidades y supersticiones con que las han valla-

do los sacerdotes en todos los pueblos y en todos los siglos. La mas horrorosa pintura que se pudiera presentar al hombre de sus desventuras y desatinos, fuera la historia filosófica de los cultos y ceremonias religiosas, y del dominio sacerdotal en las varias naciones. No quiero sonrojarle con este oprobio; solo haré aqui un ligero bosquejo de la materia, y si revelo la ignominia de sus torpes flaquezas, será cuando me obligue la naturaleza de la cuestion que ventilo, á ponerle delante el fiel espejo de su estúpida credulidad. Me ceñiré á examinar las basas fundamentales de todo culto, sin especificar menudamente las absurdas prácticas y y ridículas ó culpables ceremonias mandadas muchas veces por las religiones.

Tres objetos tienen estas; la Divinidad, el hombre y el órden social: la Divinidad, á quien tributan homenage; el hombre, á quien socorren; y la sociedad, que suponen que necesita este vínculo. Examinemos hasta que punto son sólidas estas tres basas de todo culto, y si necesitan esas instituciones Dios, el hombre y la sociedad.

La naturaleza ó la fuerza no conocida

que la mueve, llaménla como quisieren, me parece tan grande que no puede exigir que se abaje el hombre para que crezca su magestad, y tan rica que no necesita las dádivas de los humanos. Ora incline con respeto su frente en la tierra, ó levante la cabeza y los ojos al cielo; ora cruce y alce las manos ó hinque ambas rodillas; ora cante ó medite silencioso, ¿que importa eso á la Divinidad? Sea hombre de bien: ese es el único tributo que de él aguarda Dios. ¿Que necesidad tiene de la sangre de las ovejas y los toros? ¿Que puede hacer el hombre por quien todo lo hizo? ¿Que ha de dar al que lo da todo? Asi reconoce el hombre, dicen, su dependencia. ¿Pues para que necesita este signo esterno para advertir que depende en todo de la naturaleza? Ora lo confiese ó no, ¿está menos sujeto á la imperiosa fuerza que todo lo domina? ¿Puede huirse este esclavo de su amo? ¿No es cosa evidente que el hombre que ha figurado sus dioses en forma humana, y que muchas veces les ha atribuido sus inclinaciones y sus vicios, ha creido que tambien adolecian de la vanidad que hace que se goce el tirano en el avillanamiento de sus súbditos,

forzándolos á que se postren humildemente á sus plantas? Temblando se acerca un particular á los déspotas del Oriente y á sus ministros, y no es admitido en su palacio quien no les lleva regalos: asimismo han creido que nadie se podia acercar á las aras y los templos de los dioses sin llevarles ofrendas. Trató el hombre con la Divinidad, como se trata con un poderoso que nos precisa á reconocer su superioridad en nosotros y exige nuestro acatamiento, porque quiere sofocar en los pechos de sus semejantes la idea de igualdad que le atormenta: ¿mas quien puede suponer en la Divinidad semejantes afectos ó semejantes necesidades? ¿Teme acaso competidores? Demas de que si el culto, considerado como acatamiento y mero acto de gratitud, fuera solamente superfluo, acaso debiera subsistir entre los hombres, siempre que se atuviesen únicamente á la espresion de la maravilla y profundo respeto que les causan la escena del universo y el pasmoso espectáculo de los efectos que produce una causa tan desconocida como prodigiosa, que llamamos Dios. Mas no se ha ceñido á eso el hombre; ni cuando se

quisiese ceñir á eso, se lo consentiria el sacerdote. Ese es el que envenena el aroma que se ofrece á los dioses; ese el que enseña al hombre á honrarlos con delitos. Si muchas veces se ha contentado el salvage con dirigir el humo de su pipa al astro que adora; si ha sahumado el Arabe el altar del sol con los deliciosos aromas cosecha de sus arenales; si en sus selvas degollaba hombres el Druida por agradar á los dioses; si sacrificaba el Cartaginés niños de pecho á Saturno, y quemaba el Cananeo humanas víctimas en la hueca estátua de su dios Moloc, ¿necesitan los hombres ó los dioses de semejantes cultos? Cuando son indispensables las obligaciones que prescribe la religion, si es esta absurda ó atroz, se convierten en obligaciones las supersticiones mas redículas y los mas horrendos delitos. Los Mejicanos tenian ídolos que amasaban con la sangre de niños de pecho, viudas y vírgenes que habian sacrificado, presentando sus corazones al dios Vitziliputzli; y en su templo se veian muchísimos troncos de crecidos árboles, á los cuales estaban arrimadas unas estacas donde estaban ensartadas las calaveras de las desventuradas víc-

timas de la supersticion, que en sus fiestas solemnes eran sacrificadas á montones.

En aquellas inhumanas fiestas habia seis sacrificadores, encargados del horrible ministerio de sacrificar á los dioses millares de cautivos. Tendian la víctima en una piedra aguda: un sacerdote le tenia el pescuezo, echándole un collar de palo; otros cuatro le tenian los pies y las manos, y el sesto le apretaba con el brazo izquierdo el estómago, y con un cuchillo muy ancho y muy tajante que tenia en la mano derecha, le abria el pecho y le sacaba el corazon, presentandósele al sol, y ofreciéndole el primer vapor que de él se exhalaba. En Méjico habia sacrificio que costaba la vida á veinte mil prisioneros.

Otra fiesta se celebraba en que desollaban los sacerdotes á muchos cautivos, y vestian con el pellejo á otros tantos ministros subalternos, que iban por todos los barrios de la ciudad cantando y bailando. Era obligacion hacerles una dádiva, y aquella horrorosa ceremonia era un manantial de riquezas para los sacerdotes.

En el Perú, sacrificaban con mucha solemnidad los Antis á sus dioses á cuantos

creian acreedores á esta funesta honra. Desnudaban la víctima, la ataban fuertemente á un poste, y le arrancaban á tajadas la carne con pedernales aguzados; luego le cortaban lonjas de carne de las pantorrillas, los muslos, las nalgas, &c. y se los comian con ansia hombres y mugeres, despues de teñirse la cara con la sangre que corria de las heridas del paciente. Las mugeres se untaban con ella el pezon de las tetas, y daban luego el pecho á sus hijos; y esta horrible carnicería la llamaban los Antis un sacrificio.

No especificaré los innumerables asesinatos religiosos cometidos por los varios pueblos, con pretesto de tributar acatamiento á la Divinidad y honrarla con un culto. Basta con que se hayan cometido una vez sola semejantes horrores, y con que se puedan repetir en la serie de los siglos, para echar de ver todas las horribles consecuencias del establecimiento de un culto cuyos abusos no es dable atajar; porque creen los hombres que todo se santifica cuando se trata de la honra de Dios.

Bien sé que no son tan atroces los sacrificios de nuestras religiones modernas; ¿pe-

ro que me importa á mí que degüellen á los hombres, en obsequio de Dios y por espíritu de religion, en las aras de los Druidas ó en los campos de la Vendea, que los quemen en la estátua de Moloc, ó en las hogueras de la inquisicion? Uno mismo es en todos casos el delito, y las religiones que á él nos incitan, son instituciones igualmente funestas para las sociedades. Agravio de Dios fuera suponer que se complacia en semejante obsequio suyo. ¿Y si desecha el culto que tanta sangre cuesta á la humanidad, es creible que le sea grato el que abaja nuestra razon, el que hace á Dios bajar á un pedazo de oblea, cuando se le antoja al embustero que le invoca? Exige aquel que dió la razon al hombre como la mas preciosa dádiva con que le pudo dotar, que la envilezca con una estúpida credulidad y una ciega confianza en las absurdas patrañas que atribuyéndoselas á la Divinidad se fraguan? Si hubiera querido Dios otro culto que el que con la virtud se le tributa, hubiera estampado en nuestro corazon sus preceptos; y cierto no hubiera sido absurdo ni atroz, como lo son casi todos los cultos.

Mas no fué, no, la Divinidad quien pres-

cribió al hombre un culto: que le imaginó el hombre por su propio interes, y todos los cultos son hijos del miedo y el deseo, mas que de la gratitud y el respeto. Si nada prometieran los dioses, ó en voz suya los sacerdotes, estarian abandonados los templos. El caracter comun de todas las religiones es poner en correspondencia al hombre con los seres invisibles llamados dioses, ángeles, genios, &c. esto es con seres que crió el mismo hombre para esplicar los fenómenos de la naturaleza. El fin de esta correspondencia es que esos seres tomen interes en la suerte de los humanos, y los socorran en sus necesidades. Los agentes de la correspondencia son sugetos astutos y arteros, que llaman mágicos, sacerdotes, y otros embusteros que se venden por íntimos validos y órganos de la suprema voluntad de los seres invisibles. Ese es el fundamento de todo culto y toda religion que pone en conexion al hombre con los dioses, y la tierra con el cielo; quiero decir que todo culto organizado, y servido por sacerdotes, se funda en un órden ideal de seres invisibles, encargados de dar socorros fantásticos por medio de unos bribones. A eso se reduce

el culto de todos los pueblos en general; y pregunto yo ¿que necesidad tienen las sociedades de acreditar semejantes errores y amparar el embuste? ¿Que grangean con eso los particulares y el estado?

Examinemos los fundamentos en que han querido asentar la preocupacion tan universalmente difundida, que supone otra correspondencia del cielo con la tierra que la de la accion de las causas físicas independientes del hombre, poniendo los dioses á disposicion de sacerdotes y devotos. Todo el sistema del culto se funda en la opinion de una providencia que por sí ó por sus agentes subalternos se mete en toda la administracion del mundo y las cosas humanas, y que podemos nosotros dirigir como mas bien creemos que nos conviene, advirtiéndola de nuestras necesidades, implorándola en nuestros peligros, y dándole parte de nuestros deseos. Se tuvo el hombre á sí propio por punto central adonde iban á parar todos los planes de la naturaleza, en fuerza de un error análogo al que le habia persuadido que era la tierra el centro del universo. Esta última preocupacion se ha disipado con el sistema

de Copernico; pero todavía subsiste la primera, y es la basa del culto religioso. Creyó el hombre y cree todavía que todo cuanto no contribuye á su felicidad ó se opone á ella, es un yerro de la naturaleza, ó un descuido de la Providencia, que enmienda esta cuando se lo ruegan con cánticos y preces, ó cuando le ofrecen dádivas y sacrificios. Si se hubiera colocado el hombre en el sitio que le señaló la naturaleza, y no hubiera desconocido una verdad que acaso aja su arrogancia, y es que pertenece á la clase de los animales, cuyas necesidades se satisfacen en virtud de invariables y generales leyes, sin sacarles otra ventaja que la inteligencia que crea las artes con que remedia el hombre sus urgencias, y remueven ó sanan los males que puede temer ó que padece, nunca hubiera buscado en invisibles seres un arrimo que debia encontrar en sí propio, en el ejercicio de sus facultades intelectuales y el auxilio de sus semejantes. Su propia flaqueza y la ignorancia de sus verdaderos recursos le han entregado á manos de la impostura que le ha prometido socorros, sin ofrecer otra cosa en su abono que la mas tor-

pe credulidad. Por eso los mas religiosos son los viejos, los enfermos, los niños y las mugeres, porque es menor en ellos la razon á proporcion de que es mas flaco su cuerpo. El hombre, cuando está necesitado, se agarra ansioso de cuantas apariencias de esperanza se le presentan; como el enfermo que prueba todos los remedios que le presenta un curandero; como el desventurado naufragante que coge la mas menuda tabla, busca apoyo en cuanto encuentra, asiéndose de la menuda rama y la frágil raiz que vé á la orilla. Gentes astutas han sabido aprovecharse de este afecto, hijo de nuestra flaqueza, para hacerse poderosas en las sociedades; y con título de ritos y ceremonias, han formado un código de embustes, que segun dichas gentes contiene medios eficaces y ciertos de alcanzar el socorro de los dioses, de quien se decian órganos y ministros. Ese fue el orígen de los mágicos y los sacerdotes medianeros del hombre con la Divinidad; de los agoreros y oráculos intérpretes de sus secretos, y generalmente de cuantos en nombre de los dioses han tomado por oficio engañar á los hombres viviendo á su costa, la

cual es una de las mas lucrativas invenciones del sacerdocio en todos los pueblos; y todavía pasarán muchos siglos antes que abandone aquel un ramo de comercio en que todo el gasto le hace la credulidad, y todos los beneficios los saca la impostura. Subiendo á la antigüedad mas remota, recorriendo los mas apartados ángulos de la tierra, constantemente vemos al hombre aguardando de sus propias preces ó de las de sus mágicos y sacerdotes, de sus sacrificios y ofrendas, ó de sus ritos misteriosos, socorros que nunca recibe y que siempre implora: tanto pueden con él la ilusion y la mentira. Los mas silvestres pueblos que no tienen el suficiente caudal para pagar sacerdotes y sufragar al lujo religioso, mantienen mágicos que con la fuerza de sus encantos dicen que sanan los enfermos, hacen que llueva, ó que sople el viento que se les pide, y fuerzan la naturaleza á trastornar sus leyes como á ellos les peta, habiéndose erigido medianeros del hombre con las invisibles potestades que gobiernan el mundo. En otros paises se han encargado de las propias funciones los sacerdotes, imaginando fórmulas de invocacion y oracion,

procesiones y ceremonias encaminadas al mismo fin, y que segun ellos hacen los mismos milagros; porque nuestros sacerdotes que por envidia escomulgan á los mágicos, prometen en nombre de su dios las mismas cosas que estos, y tienen formularios de oraciones contra el granizo, la sequedad, las lluvias, las epidemias, &c. y dicen misas para hacer que se encuentren las cosas perdidas. La credulidad de la plebe es la rica mina que todos quieren beneficiar. Eso mas fácil fue acreditar este error, que habiendo atribuido inteligencia y vida á todas las partes activas de la naturaleza, habiéndolas poblado de genios encargados de las menudas cosas de la administracion del mundo, fue cosa fácil persuadir á los hombres que eran dichos genios capaces de amar y aborrecer, y de las demas pasiones que se pueden enardecer ó sosegar segun conviene; en fin que era posible negociar con ellos, como se negocia con los sugetos que desempeñan altos cargos, y con los ministros y validos de un poderoso monarca. Ese fue el orígen del culto y las ceremonias cuyo fin era llamar los dioses en socorro de los hombres, desenojarlos y hacér-

selos propicios. «Despues que ha usado el labrador todos los medios que están en su mano, dice Plutarco, para remediar los inconvenientes de la sequedad, el frio y el calor, se encomienda á los dioses para implorar de ellos las cosas que no están en mano del hombre, como un abundante rocío, un calor moderado, un viento suave, &c.» Lo mismo hicieron para librarse de los huracanes y el granizo que asuelan los campos, para conjurar las tormentas que alborotan los mares, y hacer que cesen las grandes plagas que afligen á los hombres, el hambre las enfermedades, &c. Como existia en la naturaleza la causa de todos estos perniciosos efectos, se dirigieron á esta ó á los genios encargados de su administracion, para que los libraran de ellos; y como se decian depositarios de sus secretos los mágicos y los sacerdotes, recurrieron á ellos como á órganos y ministros visibles de la voluntad de los dioses, y fue el sacerdote todo cuanto era la naturaleza. Se colocó entre el hombre y los dioses, y no pocas veces se sustituyó á estos, abrumando al hombre con el peso de su monstruoso poder. Los gangas ó sacerdotes de An-

gola y Congo se venden por dioses de la tierra, cuyas producciones se reputan una dádiva de su sumo pontífice, y por eso le ofrecen los Negros sus primicias; persuadiendo á la plebe que si viniese á cesar el pontificado, se tornaria estéril la tierra, y se acabaria el mundo.

Desde el papa que hace que besen con respeto sus sandalias, desde el gran lama que hace que adoren sus escrementos, hasta el último monaquillo, todos los agentes de los embustes religiosos han aprisionado al hombre en la mas torpe dependencia de su potestad, infundiéndole las mas desatinadas esperanzas. No hay rincon de la tierra tan escondido que se haya podido zafar de las ilusiones y el prestigio de que llenan todos esos embaidores á cuantos dan oidos á sus falaces promesas. Yo trataré aqui indistintamente de sacerdotes, agoreros, oráculos y mágicos, porque todos avasallan á los hombres en nombre de los dioses y las potestades invisibles. Los moradores de la isla de Santo Domingo tenian los *Butios*, que se decian confidentes de los dioses, depositarios de sus secretos, y profetas de lo porve-

nir. En público consultaban con los *Zemes* ó ídolos de las Divinidades subalternas, encargadas de enviar la lluvia y dispensar á los humanos los bienes que les pedian. Un tubo largo que por un cabo paraba en la estátua, y por el otro en una espesa enramada, era el conducto de las respuestas que dictaban los Caciques al Zemes para que les pagaran un tributo, ó para contener á sus súbditos. Cogia el Butio las ofrendas que se presentaban al Zemes, y las guardaba para sí, sin salir por eso fiador de lo que en nombre del Zemes prometia. Pregunto ¿si hablan de esa religion, cuando dicen que es necesaria una religion para la plebe? Cuestion eso mas importante, que en esta parte se parecen todas las religiones, y que todos los pueblos tienen sus Butios con distintos nombres.

Los Caribes tienen los Boyes, que ponen en boca de sus ídolos lo que les acomoda, invocándolos para alcanzar la salud en sus dolencias, para que los ayuden á salir con sus proyectos y satisfacer sus venganzas; porque en todas partes se han afanado para hacer cómplices á los dioses de las maldades

ó las necedades humanas, empeñándolos con oraciones y ofrendas á que patrocinen á sus devotos. En Homero ruega á su dios el sacerdote Crises que le vengue; y al punto asuela una epidemia todo el ejército griego. El dios de los Judíos, condescendiendo con la voluntad de Josué, para el curso del sol, para que continúe mas tiempo una matanza que ha de alumbrar la luz del dia. Los Sieyentoes tienen la simpleza de creer que pueden hacer que caiga nieve del cielo para destruir á sus enemigos. Todos los pueblos de Europa hacian solemnes rogativas por el triunfo de sus armas en la guerra contra la libertad francesa, y los Franceses que no las hacian ganaban las batallas.

Los Canadienses tienen unos juglares, especie de embusteros que comunican con los espíritus, que les han enseñado el arte de sanar las dolencias. Cuando cae malo un salvage, prepara un banquete, y envia á buscar el juglar, que viene, examina al enfermo, y promete espeler de su cuerpo el espíritu que causa la enfermedad. ¿No tenemos nosotros exorcistas que sacan á los diablos del cuerpo de los endemoniados, y

no se están repitiendo todos los dias esos entremeses? Nadie me negará que la funcion de exorcista es uno de los cuatro órdenes llamados menores, que se confieren á nuestros juglares católicos; y eso no se tiene entre nosotros por supersticion, sí por una funcion muy sagrada. ¿Es esa acaso la religion que necesitamos?

Despues que ha hecho una reseña de sus remedios el juglar Canadiense, implora el dios de cielos y tierra, los espíritus del aire y los infiernos; luego empieza á bailar con todas sus fuerzas, y entonces aplica la medicina. Verdad es que esto participa de magia; ¿pero no es ramo de la magia toda religion que, por medio de los sacerdotes, hace bajar á la tierra los socorros del cielo? ¿Que mas es la religion con todos sus ritos y su pompa, que una vasta fantasmagoría? ¿Un sacerdote de Samotracia, un bonzo de la China, un mágico de Escandinavia, que vende el viento á los navegantes, un Calcas que se le promete á los Griegos, no son todos unos embusteros que en nombre de los dioses prometen lo que no pueden cumplir?

Los Virginianos tienen sus sacerdotes á

quien se encomiendan para alcanzar las lluvias necesarias, encontrar las cosas perdidas, y hacerse propicias las Divinidades que presiden á los vientos y á las estaciones. Los Floridanos tienen Jonases que piden al sol que bendiga los frutos de la tierra, y mantenga la fecundidad. El Jonas ve apariciones, y comunica íntimamente con la Divinidad: el Parausti le consulta cuando medita una espedicion militar, y el Jonas le declara la voluntad de los dioses. Asi tenian los Griegos su oráculo délfico; los Judíos sus profetas, y los Romanos sus arúspices y agoreros, intérpretes de la determinacion de los dioses.

El Emperador de la China Tchoam-Hong tenia junto á sí un bonzo que se preciaba de mandar en los vientos y las lluvias, porque los reyes se coligan siempre con los sacerdotes para engañar á los hombres á fin de avasallarlos. Los reyes de Francia, que eran tan viciosos, no dejaban de hacer milagros: y asi que los ungian con el aceite de la santa redoma, curaban los lamparones.

El rey de Loango tiene potestad para hacer que llueva. Lanza una flecha contra

el cielo en una ceremonia á que asiste todo el pueblo; y si llueve aquel dia, se abandona toda la nacion á los mas escesivos rebatos de júbilo. Nosotros hacemos procesiones y rogativas con el mismo fin, teniendo cuenta con esperar á que se mude el tiempo para facilitar un poco el milagro, y eso es el culto. Si me dicen que eso es supersticion, pregunto quién ha de tirar la línea de demarcacion que separe á esta de lo que llaman con propiedad religion; porque todo aquello lo ejecutan los sacerdotes en los templos, y en nombre de Dios.

Los sacrificios, dice la célebre emperatriz Uché, que se ofrecen al cielo, á la tierra y á los espíritus, no llevan otro fin que alcanzar prosperidades y evitar desgracias. ¿Si se quitase á los dioses esa potestad, y á los sacrificios la eficacia de que nos alcancen su patrocinio, que fuera del culto?

Kublai-Kan sacrifica á los dioses, pidiéndoles dilatada vida para sí, para su muger, para sus hijos, y sus reses; cosa importantísima en un pais donde consiste toda la riqueza en ganados.

Ha compuesto un emperador de la Chi-

na una obra acerca de la agricultura, en que gasta tres capítulos en instruir á sus pueblos de lo que deben hacer para evitar los temporales que arrancan ó anegan los sembrados.

Virgilio aconseja en sus Geórgicas que se sacrifique á Baco un cabron, y se celebren fiestas en honra de este dios, para alcanzar abundante vendimia. Tambien prescribe sacrificios en obsequio de Ceres, y manda que paseen los labradores tres veces la víctima en torno de los campos, para que proteja la diosa los sembrados. ¿No tienen el mismo fin los tres dias de rogativas que hacen nuestros católicos? ¿No pedimos tambien los frutos de la tierra en las cuatro témporas que se encuentran casi en todos los templos de la antigüedad? Los Chinos tienen los sacrificios de las cuatro estaciones, que antiguamente se hacian en cuatro montañas que miraban á los cuatro puntos cardinales del mundo. La primavera iban á sacrificar á la montaña oriental, rogando al cielo que amparase las semillas encomendadas á la tierra; el solsticio de verano, á la de mediodía, para conseguir un benigno calor; el otoño, á

la de poniente, para la destruccion de los insectos; y el hibierno, á la del norte, para dar gracias al cielo por los bienes que les habia dispensado, y suplicarle que les concediese nuevos dones el año siguiente; porque siempre es interesada la gratitud del hombre. Te lo agradezco mucho para que me vuelvas á dar.

El Tchen-Yu, caudillo de los Tártaros, juntaba su pueblo cerca de un bosque, donde hacian sacrificios al dios patrono de los campos y los granos, y daban vueltas en derredor del bosque. Despues de una larga seca, hizo un sacrificio Tcham-Zunc para que lloviese. Los Griegos y los Romanos invocaban á *Júpiter pluvio*.

Los Tártaros Manchúes hacen sacrificios al cielo asi que amaga una epidemia á sus caballos. En los sacrificios que hacia Kublai-Kan á los dioses, tiraba al suelo vasos llenos de leche de yegua, persuadido á que se la venian á beber los dioses, y que esta ofrenda los movia á proteger los ganados. Dirán acaso que tambien esas son supersticiones. ¿Pero que religion hay que no adolezca de supersticiones equivalentes, y que no

se conserve cabalmente en fuerza de ellas en los ánimos de la plebe? ¿No es supersticion la que persuade á millones de hombres que viene la Divinidad á una oblea, asi que se pronuncian ciertas palabras misteriosas? Lo que llama supersticion el filósofo, lo califica el sacerdote de acto religioso, haciéndolo el fundamento de su culto. ¿No es este el que mantiene las mas absurdas supersticiones, porque son lucrativas y contienen sujeta á él la plebe, haciendo necesario su ministerio en casi todos los instantes de nuestra vida? El vulgo no va á pedir al sacerdote virtudes y pureza de costumbres; lo que le pide son bendiciones, oraciones y socorros para todas sus necesidades, y él tiene remedios para todo. Para convencerse de esto, basta con leer el ritual romano, y veremos que no promete cosas mas estupendas que nuestro clero el mágico mas descarado, y que no hay formulario de oraciones mas variado para remedio de todos los males, que el que en este libro se contiene.

Una religion que no diese ni prometiese socorro ninguno á los hombres, no tendria secuaces. Danos nuestro pan de cada dia, y

líbranos de mal, dicen los cristianos á su dios; y en eso se cifran todos los cultos.

El Ilinés se va todos los dias á lavar al rio, y despues de rociarse la cabeza con agua y arena, ruega á su dios diciéndole: «Dios mio, dame hoy arroz y batatas; dame esclavos y riqueza; dame salud.» Tambien tiene sus fetiches que invoca en sus varias necesidades. Encima del altar del fetiche pone pucheros vacíos cuando pide lluvia, un sable ó un puñal para implorar la victoria contra sus enemigos, y un taladro para alcanzar vino de palmera. Si es sordo el ídolo, acude al adivino para que haga el *tokké*, con cuya ceremonia se consigue todo de los dioses.

Los Negros de Juida tienen otros fetiches. Imploran ciertos árboles corpulentos para alcanzar la salud cuando están enfermos, y les hacen ofrendas de pasta de mijo, maiz y arroz, porque todo culto es verdadera permuta del hombre con sus dioses, cuyo corretage compete al sacerdote. En las tempestades hacen los salvages dádivas al mar, mandan sacrificar un buey, y tiran al agua una sortija de oro lo mas lejos que pue-

den. Los Griegos sacrificaban un toro á Neptuno, dios de los mares, y una oveja á la Tormenta.

La serpiente fetiche la invocan en las lluvias escesivas y en las grandes secas, para coger ópimas cosechas, y que cesen las enfermedades de los ganados. En tiempo de peste enviaron los Romanos á buscar la serpiente de Epidauro, y le erigieron un templo en la isla del Tiber. El sumo pontífice que preside al culto de aquel gran fetiche, sin cesar exige ofrendas para su serpiente; y cuando escasean, amenaza la gente con la pérdida de sus cosechas. Entonces se privan los habitantes de lo necesario para desenojar el dios Serpiente. Religion utilísima es esta, ¿mas para quien? Para el sacerdote, no para la nacion.

Tienen los moradores de Loango una multitud de mokisos ó ídolos de Divinidades, que creen que se han repartido entre ellas el imperio del mundo. Unas son las conservadoras de los frutos, otras amparan los ganados; aquellas cuidan de la salud de los hombres, de la conservacion de sus heredades y caudal, y del feliz éxito de los negocios. A

todos aquellos ídolos tributan culto para que les dispensen los bienes que puede otorgar cada uno de ellos.

¿No tenemos nosotros nuestros santos, cada uno con su virtud ó propiedad especial, que implora la gente en sus varias necesidades? Las oraciones de la liturgia de los Persas se dirigen al ángel de cada mes y de cada dia del mes, al cual invocan para alcanzar los bienes de que es dispensador.

Los isleños de Socotora se dirigen á la luna para conseguir abundante cosecha, y lluvia en tiempo seco. Los Egipcios hacian oracion á Isis, y rogaban al Nilo que regase sus campos.

Los Formosanos tienen unos dioses que amparan á los guerreros, otros que cuidan de los sembrados, estos que envian la salud y las enfermedades, aquellos que son protectores de la caza, los edificios, &c. Tambien hay otros á quien se encomiendan los salvages para conseguir una pesca feliz, porque cada arte, cada necesidad y cada pasion tiene su dios. En el Japon espelen los Jambos á los espíritus malos, y prometen sanar de las enfermedades con un pedazo de papel donde es-

criben unos caracteres, y que ponen luego encima del altar que hay delante de su ídolo.

Los secuases de la religion de Fo veneraban un dedo de este pretenso dios, que ponian de manifiesto como una reliquia cada treinta años, publicando entonces que era el año de los mas pingües. ¿No creen tambien que tienen alguna virtud especial todas las reliquias consagradas en los templos de los católicos, y espuestas á la veneracion del pueblo? ¿No van en romería á suplicarles que curen de una dolencia, ó que dispensen algun otro beneficio? En los tiempos de calamidad pública y cuanto estaban gravemente enfermos los reyes, bajaban con mucha solemnidad la urna de Santa Genoveva en Paris; unos frailes muy repletos se mantenian de este embeleco, y distribuian panecitos á los enfermos para que con ellos sanasen. ¡Que gentío acudia á su templo, en una nacion tan ilustrada como la francesa! Allí iban en procesion á pedir la lluvia ó el buen tiempo, segun convenia. ¿No hemos visto todo el pueblo de Paris ir á dar gracias á la Santa de la toma de la Bastilla, á que no contribu-

yó ella en nada, y por donde empezó la revolucion que ha parado en destruir su culto, y en que quemaran sus huesos en medio de la plaza? No veo que se diferencien mucho los pueblos civilizados de los salvages en punto al culto. La diferencia consiste en lo ceremonial; pero al mismo objeto aspiran unos y otros, esto es á conseguir de la naturaleza y de los genios que creen que presiden á sus operaciones, que sean dóciles á los antojos del hombre. Ese es el blanco de todo culto. Quítense al pueblo la esperanza y el miedo, y se disipa en humo su religion.

Nunca son tan devotos los hombres como cuando están pobres, enfermos ó desdichados. La necesidad mas que la gratitud levantó altares á los dioses. «Por Pluto ó por el dios de las riquezas, reina Júpiter, dice Cremilo en Aristofanes; por aquel se le hacen sacrificios.» Asi, cuando ha enriquecido Pluto á mucha gente, se queja Mercurio de que ya no se tributan ofrendas á los dioses, ni se les hacen oraciones. En la misma comedia nota un sacerdote que en otro tiempo, cuando eran pobres los humanos, estaba lleno el templo de devotos y dádivas. Pero hoy, dice, á

nadie vemos en el templo, como no sea algunos pillos que vienen de paso á hacer en él sus necesidades: por tanto me voy á despedir de Júpiter, concluye diciendo el sacerdote. Ese es el secreto de los sacerdotes de todos los paises: son ministros del altar, mientras que los llenan de dádivas, y mientras cree la gente que necesita de su intervencion para alcanzar los socorros del cielo. Quítese á los hombres la credulidad en sus promesas, y no habrá ni mas altares, ni mas sacerdotes, ni por consiguiente mas culto tampoco. En este apoyo estriba el sistema religioso de todos los pueblos: de suerte que fundándose el culto en una opinion falsa y completamente absurda, conviene á saber, que con Preces y ofrendas interesamos en nuestra suerte la naturaleza ó los seres invisibles que á ella sustituimos, es superfluo el culto. Efectivamente, ¿que cosa puede darse mas falsa y mas absurda, que imaginar la Divinidad puesta como en acecho, escuchando cuantas necesidades se les ponen en la cabeza á los que le hacen oracion, que la mayor parte solo le ruegan cosas desatinadas y dictadas por interes personal, que siempre

se desprende del general, único objeto de la providencia universal?

¡Que absurdo admitir un dios infinitamente bueno, el cual solamente hace el bien en cuanto le apremian, le solicitan, y le deciden con ruegos y ofrendas! Mas consiguientes me parecen aquellos pueblos que no hácen oraciones al dios bueno, porque suponen que le estimula su naturaleza á hacer todo cuanto bien puede, sin necesidad de que se lo rueguen. ¡Que contradicion admitir un dios que todo lo ve y todo lo sabe, y quiere no obstante que le advierta el hombre de lo que necesita y se lo pida; un dios cuyos decretos los dicta la eterna sabiduría, y que á cada momento los modifica y los muda, segun conviene al que se lo ruega! Son todas estas suposiciones elementos constitutivos de todo sistema de culto, cuyo objeto es determinar á la Divinidad á que haga lo que desea un mortal, y á que mejore la suerte de un individuo por otros medios que por las leyes de la universal administracion del mundo, para la cual es evidente que no sigue Dios los consejos de los hombres. Dios ó la naturaleza ha cuidado de la

subsistencia de todos los animales en virtud de una administracion general, que fuera desatino esperar que la mudase en beneficio nuestro. Anda la máquina segun eternas y constantes leyes, y quiera ó no quiera el hombre, le arrastra su movimiento. El que le diga otra cosa es un embustero que le engaña. El hombre que solo un momento vive en la tierra tiene que sujetarse como los demas animales, á las imperiosas leyes del gran Ser, del Ser inmutable y eterno que llaman Dios. Ese es el secreto que se le debe revelar sin rebozo.

Demas de que la única opinion verdadera es esta, tambien tiene la ventaja de ser mas digna de la magestad divina, y de colocar á Dios y al hombre en el sitio que á ambos conviene, puesto que so color de honrar la Divinidad han fraguado una providencia para las cosas menudas, sin pararse en lo ridículo del papel que la fuerzan á representar, y que es el mismo que el de Minerva alzando del suelo el látigo de uno de los héroes de Homero. De suerte que es Dios confidente de los mas estravagantes deseos, y ministro de todos los antojos y pasiones de

los humanos; y no pocas veces se encuentra apurado para contentarlos á todos, porque le pide uno lo que por fuerza ha de perjudicar á otro.

Un terreno árido y seco necesita lluvias continuas que son nocivas al predio inmediato: ¿á cual de estos dos propietarios ha de favorecer el cielo? Vergüenza da de ser Dios, cuando contempla uno como se le han figurado los varios pueblos, y las acciones y pasiones que le han atribuido.

Conozco que no fuera yo menos ridículo si me esplayase mas en reflexiones sobre lo disparatado del sistema que pone la Divinidad al mandado, digámoslo asi, de un mortal, forjando otros tantos dioses cuantas son las pasiones y necesidades del hombre, hasta imaginarse el dios *Crepitus*. Ciertamente quien gobernara en tal caso el mundo no seria la Divinidad, sino el hombre, pues le obedeceria aquella. Basta con indicar esta idea para convencer á todo aquel que tenga sana razon; á los otros cosa ninguna los puede eximir del tiránico dominio del sacerdocio. Aqui hablo solamente con aquellos que como yo están persuadidos á que el cur-

so eterno y constante de las leyes de la naturaleza no le pueden mudar ni modificar las preces y ruegos de los mortales; á que todo lo arrastra la rápida corriente que nada puede parar, y á cuya fuerza se ve precisado á obedecer el hombre de grado ó por fuerza, sin esperanza de que la detenga Dios por favorecerle. Pregunto á estos ¿cual es en esta suposicion la eficacia de un culto que aspira á que sea dócil el cielo á la voluntad del hombre, y á que dispense socorros especiales la causa universal ó el mundo, que llamo yo Dios? Si es cierto lo que dice Ciceron, que únicamente se funda el culto en la opinion que se forma el hombre de que piensa la Divinidad en él, y está pronta á socorrerle en todas sus necesidades, ¿que será de este culto cuando acrediten las reflexiones mas obvias y la esperiencia, que nunca alteran el curso de la naturaleza las preces y las ofrendas de los mortales, y que las dádivas que á los templos se hacen solo á los sacerdotes aprovechan, y las oraciones dirigidas á los dioses, á los que están espléndidamente dotados y pagados para orar? Bien sé que me afano por desvanecer una

grande ilusion; ¿pero por que hemos de ofrecer siempre á los humanos sombras vanas? ¿Tan pesada carga es la de la verdad? ¿Es mas temible su luz que las densas tinieblas de la mentira? No nos engañemos acerca de nuestra verdadera posicion con respeto á la naturaleza: ella es la soberana, y nosotros esclavos de sus leyes. Si estamos enfermos, no hemos de buscar socorros en los templos, al pie de las aras, ó en los rezos compuestos por los sacerdotes, sino en los preceptos de la medicina. Si esta no puede nada, menos todavía podrá la religion. Demas de que la confianza que uno tiene en la eficacia de las oraciones y ofrendas es en desdoro de la razon, tambien tiene el inconveniente de que nos hace menos activos en la investigacion de los remedios que puede suministrar el arte, inspirándonos una fatal negligencia; y no pocas veces los socorros que del cielo aguardamos nos privan de los que nos ofrece la tierra.

Tal marinero se ahogó en la mar, que hubiera evitado el naufragio si en vez de rezar hubiese maniobrado, y si con su industria y trabajo hubiera procurado librarse,

en vez de encomendarse á Dios, á la Vírgen, ó al bendito Santelmo. ¡Cuantos milagros hay colgados en las paredes de los templos, que antes se debieron á la fortuna y á un acaso feliz, que al santo á quien se encomendaron, y que en vez de certificar su poder acreditan la estúpida credulidad de los que le imploraron. En la fuerza del hombre, en su prudencia y en sus facultades todas ha vinculado la naturaleza los medios de conservacion y prosperidad que le ha dispensado. Fuera de esta esfera es todo ilusion; por tanto el culto cuyo objeto esencial es hacer que nos vengan socorros del cielo, sujetar este á nuestros deseos, y hacer que penda el destino del hombre de la accion de genios invisibles que pueden cohecharse con ruegos y dádivas, es una monstruosidad fantástica que conviene desvanecer por cuantos medios ofrece la sana razon, para desmoronar el edificio de la mentira. Esa es la obligacion del filósofo, del amante de la humanidad, y especialmente de una legislacion cuerda; porque se estraga la sociedad cuando pierde el hombre la preeminencia que le hace superior á los animales, y

que se cifra en el cultivo de la razon. Digámosle, si rezela que se pierda su cosecha, que sufra menoscabo su caudal ó su salud, que no quiso la Divinidad hacerle rico ó feliz en recompensa del sacrificio de su razon, sino del buen uso de ella; que no menguarán el calor y la luz del sol, ni dejará el cielo de llover por la primavera fecundantes aguas, ni el verano de sazonar sus mieses, y el otoño sus frutos, aunque no dirija oraciones al Eterno, ni pague á los que se venden por órganos y ministros suyos. La revolucion francesa ha puesto patente esta verdad aun entre la plebe. Espelamos de la sociedad á los que quisieren acreditar la opinion contraria para esclavizarla de nuevo. Un culto solo puede convenir al hombre y ser acepto á la Divinidad; y es el que se tributa á Dios por la beneficencia y el cultivo de la virtud, porque no necesita ese culto medianeros entre el hombre y el Ser supremo, siendo en él su propio sacerdote cada uno, y estando dentro de nuestro corazon el ara en que á cada instante ofrecemos sacrificios al gran Ser que contiene en su inmensidad todos los seres. El cuidará del re-

medio de nuestras necesidades. Si cree el hombre que debe erigir otros altares, conságrelos á lo menos la gratitud, no el interes, y sepa que no necesita Dios ni incienso ni grasa de toros. Contemple el hombre maravillado la naturaleza, mas no espere que ha de alterar en beneficio suyo sus leyes, puesto que asi se lo prometan los que le persuaden á que con votos y oraciones conseguirá el logro de los bienes que deseare, y el remedio de los males que temiere. Ese enorme delito contra las sociedades cometieron los que primero sembraron tan falsa doctrina, y la acreditaron con instituciones religiosas y políticas, tanto que hoy es dificil y peligroso desengañar á los hombres. A cada instante repiten que la plebe necesita tener religion, y llaman religion la que tiene sacerdotes, ministros, templos, altares, formularios de rezo; la que halaga al hombre con falaces esperanzas, persuadiéndole que la escucha la Divinidad y está pronta á socorrerle, con tal que él se lo ruegue. Esta religion, dicen, es la que consuela al hombre en sus desgracias y sustenta su esperanza; y es una inhumanidad privarle del consuelo que para

todos sus males le ofrece el sacerdote, entregándole solo, y sin mas arrimo que él propio y sus semejantes, en manos de la naturaleza que le ha formado y le domina. ¿Y que importa que rece ó que duerma? La naturaleza seguirá sus invariables leyes, y el sacerdote será el único que pierda, si no le llaman. Si el labrador quiere coger abundantes cosechas, apele á su arado y á su estiercol: en eso cifraba su magia para fertilizar su campo aquel rústico que acusaban de hechicería. Toda opinion contraria estriba en un fundamento fallido, y nunca tiene ningun mortal derecho para engañar á su semejante; sin lo cual necesitaria la Divinidad, para estar cierta del acatamiento de los hombres, de valerse de un sistema de impostura: idea que repugna, porque es un agravio á Dios. De suerte que con este respecto es la religion no solo una institucion superflua, mas tambien absurda. Sé muy bien que me dirán que si no necesita la Divinidad del culto de los mortales para dispensarles cuanta felicidad es dable, le necesitan las sociedades, y que se inventaron las religiones no por la Divinidad con quien son ineficaces los ruegos, y

que lo ordenó y lo hizo todo sin consultarnos, sino por los hombres; que no se pueden sustentar la moral y la legislacion sin apoyarse en la basa de la religion; y que no pueden los filósofos y los legisladores guiar bien á los hombres, si no hacen liga con los sacerdotes. No se pretende fertilizar los campos implorando el cielo; lo que se quiere es mantener y perfeccionar las sociedades por medio de la intervencion de los dioses. Respondo primeramente, que es muy factible separar la primera idea de la segunda; que puede y debe establecerse una filiacion entre las leyes sociales y las naturales, entre la justicia humana y la que llaman divina, sin que haya necesidad de un Jove que haga que llueva cuando se lo ruegan; de un Esculapio que dé la salud á los que duerman en su templo; de un dios Pan que cuide de la conservacion de los ganados; de una vírgen de Nieva, que preserve del rayo; y esto es lo que para la plebe constituye no el abuso, sino la esencia misma de la religion; esta su parte mas importante, porque no vemos religion donde no hay culto, ni hallamos culto que no estreche la tierra con el cielo por

el vínculo de preces y socorros. En esto se cifran todas las religiones: esta es la religion que en todas partes se reproduce, y que defiendo yo que cuando menos es inútil para el hombre; esta con la que han grangeado los sacerdotes de todos los paises inmensas riquezas y enorme poderío; esta la que tiene lleno el globo de templos y altares, la madre de todas las supersticiones que son baldon del linage humano. Esta es la que no puede hoy dia impugnar el filósofo sin acreditarse de sugeto sin probidad ni moral, y esponerse á la proscripcion. Pero lejos de separar las dos ideas, quiero decir la religion que dispensa socorros de la que enmienda las costumbres, han tolerado y fortificado la primera con todas sus supersticiones, por el temor de destruir la opinion de la existencia de un dios vengador y remunerador, que está atento á todas las acciones de los hombres, queriendo que no solamente se ocupase Dios en todas nuestras necesidades, sino que tambien acechase todos nuestros pasos, y cuidase de castigar ó premiar todos los actos de nuestra voluntad, segun fueran opuestos ó conformes con el plan de legislacion imagi-

nado por cada legislador: de lo cual se ha seguido que no pocas veces ha tenido Dios que castigar acciones que parecian dictadas por la sana razon y consecuencia clara de las leyes de naturaleza, ó que vedar en una parte lo que mandaba en otra; porque cada legislador ha hecho á Dios custodio de sus dogmas, y vengador-nato del quebrantamiento de sus leyes, por mas que fuesen inhumanas y desatinadas. Hasta Robespierre tuvo su Ser supremo, cuyos altares eran los cadalsos, y los verdugos sus sacerdotes: tambien declamó contra la filosofía en sus postreros discursos, y conoció que necesitaba el apoyo de una religion; y para cimentar su abominable tiranía, declaró que era inmortal el alma, y decretó la existencia de Dios.

Moises, Zoroastro, Numa, Minos, &c. todos han publicado leyes en nombre de la Divinidad; y puesto que en nada se parecian unas á otras, fue Dios autor de todas ellas, y era su patrono y vengador. Asi se ha convertido de verdad la religion en un eficaz instrumento político de que se ha valido cada legislador para sus planes. Por eso dijeron muchos filósofos citados por Ciceron,

que todos los dogmas religiosos los habian imaginado los sabios antiguos para gobernar á aquellos que no bastaba á contener la razon, que es decir en otros términos, aquellos que creian que no se podian encaminar bien sin este medio facticio; en una palabra, que entonces pensaban, como hoy piensan, que la plebe necesita tener religion. Ya es mucho que nos confiesen eso, pues reconocen que el orígen de la religion, ó á lo menos el uso que de ella se ha hecho, se debe reputar una mera institucion política. Réstanos ahora examinar si tiene alguien derecho para valerse de la ilusion á fin de fundar el imperio de la justicia y la verdad; que es lo que se ha grangeado con esta práctica, y de que medios han echado mano para conseguir el fin; y nos será cosa fácil probar que tanto ha aprovechado la religion para la mejora de la legislacion y las costumbres, como para alcanzar la lluvia y el tiempo sereno; y por tanto que para nada es buena.

Ya he dicho y creo (aunque tengan por paradójico mi aserto los que piensan que la moral del estadista no puede ser en todo ca-

so la del filósofo), he creido y todavía creo que no tiene nunca derecho un hombre para engañar á su semejante, por mucho que le convenga, y menos para fundar un sistema general de impostura que se perpetue por espacio de muchas generaciones. De suerte que para mí Numa es un despreciable saltimbanqui, cuando finge secretas conferencias con la ninfa Egeria, y para familiarizar á los Romanos con la esclavitud nombra pontífices, agoreros, y otros mil sacerdotes que mantuvieron la plebe romana en la dependencia de los patricios que por espacio de muchos siglos fueron los únicos ministros del culto divino. Lo mismo digo del legislador de los Judíos, y de sus conversaciones con Iehovah. Su pueblo es objeto de la befa de las demas naciones por su estúpida credulidad, porque desde su orígen quiso su legislador que pendiese de la voluntad de la Divinidad, á quien hacia decir lo que se le antojaba, toda su organizacion social; porque fundó su moral en prestigios y purificaciones legales, y acostumbró á creérselo todo; de manera que crédulo y Judío fueron voces sinónimas. Es la verdad un peculio á

que tienen todos los humanos igual derecho en virtud de las leyes de naturaleza; y robársele á su semejante, es una atrocidad que solamente puede provenir de la perversidad de corazon de aquel que engaña. Si es cierta esta máxima cuando se trata de sugetos particulares, con mucha mas fuerza se aplica á los caudillos de los pueblos, encargados de poner los cimientos de la moral.

Asentar, como principio de la organizacion social, que se necesita una religion, ó lo que viene á ser lo mismo, que so color de religion es necesario alucinar al pueblo con las ficciones sagradas y los milagros que todas ellas cuentan, para guiarle con mas facilidad, es autorizar la mentira cuando es útil; y pregunto yo á los fautores de esa doctrina donde se piensan parar; pregúntoles tambien si hay una moral aparte para los caudillos de las sociedades, sacada de otra fuente que la de los ciudadanos meros particulares, y si no temen que haya quien los imite en los contratos entre los individuos, cuando adolece de vicio tan feo el contrato público. Con esas máximas todo se justifica. Por eso se han acostumbrado los reyes á te-

ner su moral privativa, que no es la de sus vasallos, y los sacerdotes á seguir en su conducta otras reglas que las que prescriben á los seglares. Si es verdadera y obligatoria la religion, no debe ser reputada como instrumento meramente político; que es una sagrada obligacion prescrita á todos los humanos. O es necesaria para todos, ó no lo es para la plebe. Si es, como aqui suponen, una institucion política modificada conforme á las necesidades de las sociedades, no se debe presentar bajo distinto aspecto al pueblo, y como todas las demas leyes debe ser hija de su razon, ó de la de sus representantes si los tuviere. Pero entonces se desvanece la ilusion, y ya no hay religion, porque toda religion nos estrecha con un órden de cosas superior al hombre. En tal caso solo quedan las leyes ó la moral, que no se deben fundar en milagros para que se cumplan sus preceptos, y que han de cifrar toda su fuerza en su utilidad y su sabiduría, en la energía de la potestad que apremia á su cumplimiento, y en la buena educacion que acostumbra á los ciudadanos á obedecerlas.

Antes que hubiera libros y sacerdotes, habia puesto la naturaleza en el hombre la semilla de las virtudes que le hacen sociable; antes de imaginar el infierno, habia hombres de bien, y tambien los habrá cuando nadie crea que hay diablos. De la flaqueza del hombre ha derivado la naturaleza la conciencia íntima de que necesita apoyarse en su semejante, y respetar los vínculos del contrato que le une con los demas. Hacer que intervenga el cielo en la grande obra de la civilizacion, es engañar á los hombres, y el que los engaña debe temer el enojo de aquel en cuyo nombre los engaña. Sin duda parecerá paradoja sustentar que es posible gobernar las sociedades sin sacerdotes ni religion, como lo hubiera parecido en los siglos pasados querer ganar batallas sin el auxilio de Santiago Mata-moros. Mas aun cuando otorgásemos á los caudillos de las sociedades el torpe privilegio de envenenar la razon de tantos millones de hombres con las patrañas religiosas, todavía fuera falso que hubiese contribuido este medio á la felicidad de las sociedades, lejos de ser un vínculo necesario de ellas. Nos bastaria con presentar un re-

súmen de los delitos cometidos en todos los siglos y en todos los pueblos socolor de religion, para convencer á los mas fervorosos fautores de este invento político, que escede infinito la suma de males que ha abortado, á los pocos bienes que ha podido producir, si algunos ha producido; porque es tal la índole y la esencia del bien, que solamente de las puras fuentes de la verdad y la filosofía puede nacer. Sin mentar aqui los inhumanos sacrificios que prescribian la religion de los Druidas, la de los Cartagineses, y la de los que adoraban á Moloc, ni las guerras de religion de los antiguos Egipcios por un ibis, un gato ó un perro; de los Sianeses por el elefante blanco; sin especificar todas las atrocidades de las cortes que se decian cristianas de los sucesores de Constantino; sin mover las cenizas de las hogueras de la inquisicion; sin evocar las dolientes sombras de tantos millares de Franceses asesinados en la jornada de San Bartolomé, y en tiempo de las dragonadas reales, ¡cuantas horrorosas escenas, cuantos asesinatos con pretesto de religion nos ha prestado la revolucion francesa! Decidlo vosotras, humeantes ruinas de

la Vendea, donde celebraban los sacerdotes el sacrificio de su dios de paz encima de montones de cadáveres sangrientos, incitaban á la matanza y la carnicería con el Cristo en la mano, y se embriagaban con la sangre de aquellos esforzados Franceses que morian en defensa de la patria y sus santas leyes. Si ha quedado casi yermo vuestro hermoso pais, si el caminante solo huesos, cenizas y ruinas encuentra, ¿á quien podeis culpar de tamañas calamidades, sino á los sacerdotes que nunca separan su causa de la de la religion, y que por conservar sus riquezas y poderío trastornarian el universo? ¿Despues de tan horrendos delitos, es posible no reputar las religiones por las mas crueles plagas, pues cuando menos son el pretesto de que se vale el sacerdote para cometer y mandar degüellos? Diránme que esos son abusos de la religion. ¿Y que me importa que sea todo abuso en una institucion política, ó que sean los abusos consecuencias necesarias de su existencia? Dicen que los sacerdotes son los que hacen esos males. Asi es; pero la religion es imprescindible de los sacerdotes, y por consiguiente de cuantos daños hacen los minis-

tros del culto á las sociedades que imbuyen en el fanatismo.

Por tanto es mentira que sea mas útil engañar á los hombres que instruirlos; que sea un bien la religion, y un mal la filosofía, que no es otra cosa que la razon ilustrada. No cabe duda en que es cosa funesta para los que engañan y se mantienen del fruto de la mentira, que se ilustre la plebe, pero no asi para esta; si asi no fuese, serian dádivas perniciosas para el hombre la razon y la verdad que siempre han considerado los sabios como los bienes mas preciosos. ¡Cuantos males ha causado al género humano la antigua máxima adoptada por los caudillos de las sociedades, y que aun está vigente, que necesita la plebe una religion, que quiere decir que es de temer que la plebe se desengañe; que hay verdades que no conviene manifestarle, y que la han de privar de la razon para impedir que robe algunas piezas de plata! ¿Se han olvidado los que asi se esplican, de que la plebe la forman hombres iguales todos á los ojos de naturaleza, y que solo por el uso de su razon y el desarrollo de sus facultades intelectuales deberian los hombres grangear-

se superioridad unos en otros? No es la instruccion del pueblo la que debemos temer, que solo á los tiranos asusta; mas sí su ignorancia, que es la que le hace esclavo de todos los vicios y del primer opresor que le quiere avasallar. Mucho mas adelanta la moral ilustrándose con todas las luces de la razon, que envolviéndose en la densa oscuridad de la fé. En el corazon del hombre grabó la naturaleza el código de sus obligaciones. Descienda á este sagrario, y escuche atento la voz de la Divinidad, que allí es donde dicta sus oráculos. Su mas sacrosanto altar es el corazon del hombre de bien, y no lo es aquel que engaña á sus semejantes.

Si la religion perfeccionara las costumbres, los pueblos mas religiosos y los devotos serian los hombres mas de bien, y los que mas moralidad tuviesen; y sucede todo lo contrario, porque todo lo que es aborto de la ilusion y el prestigio no puede menos de alterar el puro afecto de la virtud, en vez de fortificarle: que no tiene derecho la impostura para ornar con su falso oropel los sacrosantos dogmas de la moral natural, la única que se deriva de la purísima fuente

de la razon eterna que rige el mundo, y la única que se debe escuchar y seguir. Todo cuanto añadieren á ella solo puede estragarla y corromperla. Cualquiera asociacion de máximas agenas de ella, sacadas de un órden sobrenatural, no puede menos de aflojar sus vínculos, por lo mismo que no son las que aprueba la naturaleza y la razon. Poco me fio yo de la probidad de aquel que es hombre de bien porque le engañan persuadiéndole á que hay infierno. Al paso que se instruye el pueblo (y tarde ó temprano se instruye), pierde esas virtudes facticias; y una vez deshecho el encanto, es muy difícil traerle al cumplimiento de sus obligaciones, si no le han hecho ver que la naturaleza ha grabado los principios de ellas en el corazon, y si las han fundado en la existencia de un mundo ideal en que ya no cree. Entonces se rezela de la impostura que vé que le tenia alucinado, y no escucha la filosofía de quien le han dicho que no se fie. Persuadido á que son ilusorios los fundamentos de la virtud, porque realmente lo eran aquellos en que le decian que estribaba, deja de tener moral asi que desecha la religion, porque le habian

hecho creer que aquella dependia de esta, y se torna irreligioso asi que no da crédito á las estravagantes paparruchas que con nombre de religion le cuentan; porque parecen caracteres distintivos de todas las religiones desatinos y milagros, como si no pudiera ser honrado el que no es tonto.

¡Que diluvio de males inunda las sociedades, que ven romperse á deshora los antiguos y gastados vínculos con que habian querido enlazar todo el sistema social, cuando sucede una revolucion semejante en las opiniones del pueblo! Si en este terrible lance no hay mucha moralidad en la accion del nuevo gobierno; si no van guiadas todas sus operaciones por la buena fé y la mas severa justicia, si no se fortalece con las instituciones públicas el nuevo edificio, es de temer que un pueblo envejecido bajo la férula de sacerdotes y reyes trueque la libertad en licencia, en universal incredulidad su credulidad pasada; y que la misma revolucion que le habia de regenerar le desmoralice, ilustrándose sin mejorar de costumbres. Nuevo delito es ese de sus reyes y sacerdotes que habian conspirado contra su razon para tenerle mas

avasallado, y no culpa de la filosofía, que le viene á restituir la luz de la antorcha que tanto se habian afanado por apagar los sacerdotes y los tiranos, pues si desde luego hubieran sido el fundamento de sus virtudes la razon y la filosofía, cuanto mas se hubiera ilustrado su razon, mas vigor hubieran cobrado sus virtudes, porque dentro de sí mismo habria encontrado el principio y la regla de sus obligaciones. La verdad de los principios es indestructible y eterna; las ilusiones de la mentira no son ni sólidas ni duraderas. Bien sé que generalmente dicen que no todos los hombres son igualmente capaces de ilustrarse; que una nacion de filósofos es un sueño: y asi es verdad si por ilustracion queremos decir profundizar los principios de las ciencias, poseer los varios ramos de conocimientos humanos, ó discurrir como Ciceron sobre la naturaleza de las obligaciones. Pero aquí ilustrado quiere decir el que no se deja engañar ni alucinar con ideas falsas con título de religion, y el que encuentra la razon de obrar bien, y las nociones de justicia y de injusticia que son independientes de las religiones, anteriores á ellas, y subsisten

cuando aquellas se destruyen; el que encuentra, digo, estas nociones en la conciencia de un corazon recto, cual le dió la naturaleza á los mas de los hombres, y con mas frecuencia al habitante de las rústicas chozas, que al que vive en las cortes y los palacios de los reyes.

Esas son las ideas morales que se hallan en muchas religiones, porque no pertenecen privativamente á ninguna, y porque en tanto son buenas las religiones en cuanto las contienen en su original pureza; en fin porque pertenecian á la moral natural antes que las admitiese la moral religiosa, habiendo rara vez grangeado algo con esta adopcion. En este sentido será ilustrado el pueblo, cuando en vez de la falaz vislumbre que da á estas verdades el prestigio religioso, se deja que luzca en todo su esplendor la luz de la razon, sin mezclar con ella las sombras de los misterios. La absoluta ignorancia de los errores deja intacta el alma, como salió de manos de la naturaleza; y en ese estado discurre mas bien acerca de sus obligaciones, que cuando ya la han estragado la educacion y una falsa ciencia. ¡Ah! ¡cuan pocos hombres

hay tan felices que hayan disipado las preocupaciones de su educacion fortificadas con el ejemplo y la costumbre, y que á fuerza de filosofía hayan conseguido borrar las impresiones de lo que con tanto esmero les habian inculcado! Bajo este aspecto será ilustrado el pueblo cuando no le dijeren cosa ninguna cuya razon no la halle en su propio corazon. Asi se podrá levantar en un terreno nuevo el edificio de una educacion sencilla, fundada en las nociones naturales de la justicia y la injusticia, y aunque sea del interes personal, el cual bien entendido estrecha al hombre con sus semejantes y con la patria, enseñándole que la injusticia que hoy comete, la puede sufrir mañana, y que le importa no hacer á otro lo que no querria que con él hiciesen. Estas ideas se pueden desenvolver todas sin apelar á la intervencion del cielo; y en tal caso será buena la educacion, pues serán verdades eternas y conformes con la razon de todos los siglos las verdades que inculque. Esto menos que ciencia es sana razon, y no pocas veces la tiene el pueblo mas recta que los que hacen alarde de filosofía. La naturaleza ha colocado la ciencia á mu-

cha distancia de nosotros; las sendas que á ella encaminan son árduas, y es inutil para muchísimos; pero la virtud es necesaria para todos, y por eso estampó la naturaleza sus primeros principios en nuestro corazon. Una prudente y atenta educacion de que por desgracia carecemos y careceremos por muchos oños; las buenas leyes, las públicas instituciones son las que han de contribuir á su desarrollo: en eso se cifra toda la magia de un gobierno ilustrado. Sin motivo desesperamos del triunfo de la razon; sin motivo la reputamos por ineficaz para guiar á los hombres, antes de probar á usarla como medio único. Antes de fallar magistralmente que la razon tiene poco dominio en el pueblo, y que el privilegio de conducirle bien compete al prestigio y la ilusion, seria acreedora la primera á que hicieran una vez la prueba de valerse de ella. La ilusion y la mentira han causado y todavia seguirán causando tan grandes males, que debiéramos ser infinitamente circunspectos en echar mano de tan peligrosos móviles. Mil veces han sido perniciosos á la humanidad el error y la impostura, y nunca lo fué la razon á los que la

han consultado como regla de sus opiniones y su conducta. De estraña manera han calumniado la Divinidad los antiguos legisladores, y todos cuantos á su imitacion han querido fundar la moral y la legislacion en la fantástica estravagancia de las religiones, cometiendo un enorme atentado contra las sociedades, cuando asentaron por máxima política el peligroso error de que la Divinidad que dotó al hombre de la razon, le dió en ella un medio insuficientísimo para conducirse, y que necesitaban las sociedades otro vínculo; que era importante que hablasen los dioses, y dijesen las cosas que se les antojara á los legisladores atribuirles. Lejos de eso debieran haber instruido á los sugetos mas capaces de doctrina y filosofía, para que á ejemplo de estos arreglasen su conducta moral los hombres mas toscos. De una generacion instruida hubiera nacido otra mas instruida que ella, y cobrando nuevo esplendor la antorcha de la razon con el transcurso de los siglos, nunca se habria apagado. Con esto que hubieran hecho los legisladores, bastaba para perfeccionar nuestra especie, que habria llegado al sumo ápice de civilizacion

y moral que es dable al hombre, mientras que nos encontramos todavía tan distantes de la meta; porque nos han puesto en una cuesta casi perpendicalar, que lleva á la sima de la corrupcion de la moral, adonde nos acabará de despeñar la revolucion, si no remediamos prontamente el mal. Todo hay que hacerlo de nuevo en política y en moral, porque vivimos entre ruinas. Para destruir bastó la fuerza; para reedificar se requiere cordura, y esa nos falta. Provienen los apuros en que nos vemos, de que hasta aquí se habian reputado medios de gobernar, la impostura de los caudillos, la ignorancia de los pueblos, y el arte de corromper y envilecer á los hombres, que es el secreto capital de todos cuantos gobiernan. Asi la razon de las sociedades ha visto apagarse su luz en la oscuridad del santuario, donde estaba todo dispuesto para aniquilarla, y establecer en sus ruinas el dominio de las ilusiones y los desvarios sagrados. Ese ha sido el orígen y el blanco de los mitos religiosos, de las ficciones sacerdotales acerca de las grandes catástrofes que trastornan el mundo, del infierno y la gloria, del juicio de Dios, y todas las

demás fábulas imaginadas para atemorizar á los humanos, y que se procuraron acreditar por cuantos medios pudo usar la legislacion, por los embelesos de la poesía, á veces con novelas filosóficas, pero especialmente con el pasmoso aparato de los misterios.

Nada se omitió para estragar nuestra razon, socolor de dar mas vigor á las leyes y á la moral. Con el auxilio de grandes instituciones, consiguieron envilecer al hombre avasallando su razon; esclavitud mas ignominiosa que la que le fija á la gleba. Con instituciones contrarias debemos por tanto regenerarle. Digna empresa de una nacion tan grande como la nuestra, es probar esta revolucion en el sistema político y legislativo del mundo. ¡Pero cuan lejos vamos de la vereda que nos puede llevar á tan faustos resultados! Al contrario, parece que todo nos indica un pronto retroceso á la esclavitud, á que nos volverán nuestros vicios, y por la cual ya anhelan ansiosos tantos hombres, si no nos damos priesa á oponer al torrente que nos arrastra los diques de una buena educacion y de ilustres ejemplos de una moral independiente de los prestigios religiosos. Ca-

pitanes y sabios no faltan en Francia: lo que ella echa menos son las virtudes verdaderamente republicanas, que solo al abrigo de instituciones acertadas pueden prosperar. Si no se funda nuestra república en la sana moral y la justicia, será un metéoro efímero que solo dejará memorias, grandes sí, pero terribles, como aquellas plagas que de cuando en cuando vienen á asolar el mundo. Todo se negocia, todo lo usurpa la trapala, todo lo estraga el agiotage: ya ha sucedido el ansia del oro y los altos puestos á la exaltacion de libertad que tantos pechos animaba, y acaso perderemos con la revolucion hasta las virtudes que nos movieron á hacerla. No nos olvidemos de que con las reliquias de la mas corrupta monarquía hemos reorganizado el cuerpo social; de que aun cuando fueran acertadas las leyes nuevas, de poco nos servirian si no fuesen buenos y virtuosos los hombres, y de que estos no son uno ni otro; de que lo que los hace tales son las instituciones políticas, y de que estas no las tenemos. Desterrado habemos á los reyes, mas nos quedan los vicios de las cortes, que parece que andan buscando su suelo natal. Cre-

cen estos al abrigo de los tronos y los altares, y por eso se han coligado sacerdotes y reyes contra el gobierno republicano, cuya estrella es sofocar los vicios, ó que los vicios le sofoquen, al paso que estos son el apoyo de las religiones y las monarquías. Propiedad es del sacerdocio avezar al hombre á la esclavitud, corrompiendo hasta la fuente de toda semilla de libertad; y esa es la causa de que tanto anhelen por conservar la educacion de nuestra juventud, para inocular á la generacion futura el odio de la libertad junto con los dogmas de la moral religiosa. Ese es el verdadero secreto de la lid que subsiste en toda la república de los sacerdotes contra nuestras nuevas instituciones, que acometen con mas fruto, porque los patrocina la tiranía de la costumbre y el prestigio de un respeto supersticioso, mientras que por nosotros milita solo la razon. Si en parte ninguna hacen caso de nuestras fiestas civiles, no solamente consiste en que está mal concertado su plan y organizada con mezquindad su ejecucion, mas tambien en que los sacerdotes, de acuerdo con los fautores de los reyes, retraen de ellas al pueblo. Llenos están

sus templos y desiertos los altares de la patria. Todavía tienen el suficiente imperio para hacer que se suspendan los trabajos manuales los dias consagrados por la superstición, y no le tiene el gobierno para obligar á la observancia de las fiestas republicanas. ¡Y nos dicen que no son temibles los sacerdotes, que no minan secretamente el nuevo edificio que sobre las ruinas de la monarquía y el fanatismo queremos levantar! Todas cuantas torpezas del régimen antiguo subsisten, todas las preocupaciones, todos los vicios, todos los enemigos de la libertad se reunen en torno del sacerdocio, para echar por tierra las instituciones que pudieran consolidar la república. Pues esa es la religion que dicen que necesitamos para ser felices, y sin la cual no debemos esperar costumbres, ni leyes, ni buen gobierno.

¿No es una gran calamidad de que nos debemos dar priesa á preservar la Francia, esa guerra de los sacerdotes contra todo cuanto se encamina á inspirarnos las virtudes republicanas, y sustituir el dominio de la razon á los embelecos de la religion? ¿Quien puede contar con la libertad de su

pais, miéntras hay en él un sacerdote? ¿Que digo? ¿mientras que todavía el espíritu sacerdotal dirige la educacion de la generacion futura; miéntras que el único código de sabiduría y moral, que se enseña á la mayor parte de los niños, es el catecismo de la doctrina cristiana; y mientras califican públicamente á las aulas republicanas de escuelas del demonio? Por eso están desiertas mientras que asisten á las del fanatismo y el realismo una multitud de oyentes, y duerme el gobierno en medio de tantos peligros como por todas partes circundan la cuna de la generacion que nos va á suceder. No quiero yo aconsejar que se persigan los sacerdotes, pero sí que se los prive de todo influjo en la moral, que no puede menos de estragarse pasando por tan sucios conductos, y mezclándose con tan absurdas doctrinas como las que enseña el sacerdocio. No es posible combinar con sus máximas la libertad y la razon, que son como las Arpías que corrompen todo cuanto tocan. No quiero que los deporten, sino que saquen de manos de esos embusteros la esperanza de la patria, para que no inficionen con su aliento la primera flor de

la razon de nuestros hijos, so color de disponerlos para la primera comunion.

Cuanto mas latitud hemos dado á las religiones tolerándolas todas, en vez de escluir las que son opuestas á nuestras leyes y agravian la razon, mas nos debemos esmerar en enmendar su maligno influjo con prudentes instituciones que nos afiancen á nosotros y nuestros descendientes la conquista de la libertad y la razon, y la destruccion de la tiranía y la supersticion. Hagamos por la conservacion de tan precioso peculio, lo que hacian los sacerdotes para corromperle y robárnosle. El exámen que vamos á hacer de los medios de que se han valido de acuerdo con los legisladores para esclavizar al hombre, nos instruirá de lo que debemos hacer para que sea libre.

CAPITULO XI.

De los Misterios.

La verdad no gasta misterios, que solo son propios del error y la impostura. Todos ellos son hijos de la necesidad de engañar, si es-

ta necesidad es admisible. Debemos por tanto indagar su orígen fuera de los linderos de la razon y la verdad, y por eso se han escondido siempre sus dogmas en sombras y secreto. Abortos de la noche, los asusta la luz. Probemos empero á alumbrar sus oscuras cabernas. El Egipto tenia sus iniciaciones conocidas con nombre de misterios de Isis y Osiris, cuya copia fueron en mucha parte los de Baco y Ceres. El cotejo que puede hacer cualquiera de las correrías y aventuras de la Ceres de los Griegos con las de la Isis egipcia, presenta tantos caracteres análogos, que no es dable desconocer la filiacion de ámbas fábulas; y los poemas sobre Baco comparados con la historia de Osiris, los ritos practicados en honra de aquellas dos Divinidades, y la identidad de una y otra reconocida de todos los antiguos, no nos dejan duda de que de los misterios del dios ejipcio nacieron los del griego. Tambien tuvieron sus iniciaciones Cibeles y Atis, y las tuvieron los Cabiros; pero aqui no escribimos la historia de los ritos peculiares de cada una de estas Divinidades, ni tampoco hacemos un recuento de los lugares donde

se celebraban los misterios. Todo esto lo hemos circunstanciado en nuestra obra grande, que podrá consultar el lector. En esta nos ceñiremos á esplicar bien el carácter general, y fijar el blanco de esta especie de instituciones, presentando el conjunto de lineamentos promiscuos de todos, y dando idea de los medios usados para sacar mejor partido de este móvil político-religioso.

El objeto de los misterios de Eleusis, y generalmente de todos los misterios, era mejorar nuestra especie, perfeccionar las costumbres, y contener á los hombres con vínculos mas fuertes que los que forman las leyes. Si no nos parece acertado el medio, porque pende de la ilusion y el prestigio, no se puede negar que bajo el primer aspecto era loable esta institucion; y por eso reputa el orador romano uno de los establecimientos mas útiles á la humanidad, el de los misterios de Eleusis, cuyo fruto, dice, ha sido civilizar las sociedades, suavizar las silvestres y fieras costumbres de los primeros mortales, y dar á conocer los verdaderos principios de moral, que inician al hombre para un género de vida, el único digno

de él. Asi decian de Orfeo, que trajo á Grecia los misterios de Baco, que habia amansado los tigres y los crudos leones, moviendo hasta los árboles y las peñas con el armonioso son de su lira. Era el fin de los misterios establecer el reino de la justicia y la religion conforme al sistema de los que creian que debia ser apoyo una de otra. Estos dos fines están contenidos en este verso de Virgilio: *Aprended de mí á respetar la justicia y los dioses*; que era el gran precepto que enseñaba el hierofanta á los iniciados. A los santuarios iban á aprender lo que debian á los hombres, y lo que creian que era debido á los dioses. Asi contribuia el cielo á establecer el órden y la armonía en la tierra. Nada se omitió para estampar á la legislacion este carácter sobrenatural. El pasmoso espectáculo del universo y los portentos de la poesía mitológica dieron materia á los legisladores para tan maravillosas cuanto variadas escenas, que se representaban en los templos del Egipto, el Asia y la Grecia. Todo cuanto podia causar ilusion, todos los descubrimientos de la mecánica y la magia, que no era otra cosa que el conocimiento se-

creto de los fenómenos de la naturaleza y el arte de imitarlos; el pomposo lucimiento de las fiestas, la riqueza de las decoraciones y trages, la magestad del ritual, la fuerza encantadora de la música, los coros, los cánticos y las danzas, el ruidoso toque de los címbalos para escitar el entusiasmo y el delirio, mas propicios para la exaltacion religiosa que la serenidad de la razon; de todo se velieron para llamar y aficionar el pueblo á la celebridad de los misterios. El cebo del deleite, el júbilo y las fiestas escondió la verdadera idea de dar útiles lecciones, y trataron el pueblo como un niño que nunca se instruye tan bien como cuando parece que solo se piensa en divertirle. Con estas vastas instituciones procuraron formar la moral pública, y para conseguirlo parecieron adecuadas las grandes reuniones. No habia cosa mas pomposa que la procesion de los iniciados que iban al templo de Eleusis. Toda la carrera estaba llena de bailes, de cantores sacros que entonaban himnos notados para manifestar una santa alegría. Entraban en un vasto templo cuyo recinto era inmenso, valuándole por el número de iniciados

reunidos en los campos de Triaso, cuando entró Xerxes en la Atica, que pasaban de treinta mil. El ornato interior del templo, los retablos misteriosos colocados circularmente en el circuito del santuario eran los mas capaces de escitar la curiosidad y de infundir en los ánimos un santo respeto. Todo cuanto se via, todo cuanto se decia, era milagroso, y dirigido á llenar de maravilla á los iniciados, cuyos ojos y oidos estaban absortos con un espectáculo capaz de arrebatar al hombre fuera de su esfera mortal.

No solo representaban al iniciado el conjunto del universo con el símbolo del huevo, mas tambien procuraban darle idea de sus principales divisiones, ya la de la causa activa y la pasiva, ya la del principio-luz y el principio-tinieblas, de que hablamos en el capítulo cuarto de este libro. Varron nos dice que los dioses mayores que adoraba la Samotracia eran el cielo y la tierra, considerados, uno como principio activo, y otro como pasivo de las generaciones. En otros misterios figuraban la propia idea con la esposicion del *Phallus* y el *Cteis*, esto es de

los órganos de la generacion de ambos sexos, que es lingam de los Indios.

Lo mismo sucedió respecto á la division del mundo en dos principios, luz y tinieblas. Dice Plutarco que este dogma religioso le habian consagrado los misterios y las iniciaciones de todos los pueblos, y cita en prueba el ejemplo que trae, sacado de la teología de los Magos y del huevo simbólico producido por los dos principios. Habia escenas de tinieblas y luz, que sucesivamente se presentaban al nuevo adepta introducido en el templo de Eleusis, las cuales escenas figuraban las batallas que se dan en el mundo los dos principios contrarios.

En la caverna del dios Sol, Mitras, entre las misteriosas escenas de la iniciacion figuraban la bajada de las almas á la tierra, y su vuelta al cielo atravesando las siete esferas de los planetas. Tambien aparecian las fantasmas de los seres invisibles que las ligaban al cuerpo, ó desataban sus lazos. Muchos millones de hombres presenciaban aquellos variados espectáculos que no era lícito revelar, y de que nos dan alguna idea los

poetas, historiadores y oradores, tratando de las aventuras de Ceres y su hija. Víase el carro de la diosa tirado de dragones, que parecia que volaba sobre la tierra y los mares, y era una verdadera ópera religiosa, recreativa por la diversidad de escenas, la pompa de las decoraciones y el juego de las máquinas. La dignidad de los actores y la magestad de las ceremonias infundia respeto, y sucesivamente se escitaba el miedo y la esperanza, la tristeza y el júbilo. Pero sucedia en aquella ópera lo que en las nuestras; que aprovechó poco á los espectadores, y los directores sacaron toda la utilidad de ella.

Los hierofantas, sugetos profundos, que entendian muy bien la índole del pueblo y el arte de gobernarle, se aprovecharon de todo para guiarle adonde querian y acreditar su espectáculo. Quisieron que la noche encubriera con su manto los misterios, como los encubrian ellos con el velo del secreto. La oscuridad es propicia para el prestigio y la ilusion, y por eso la usaban ellos. El quinto dia de la celebridad de los misterios era afamado por la soberbia procesion

de las hachas; en ella iban los iniciados de dos en dos, cada uno con una antorcha en la mano. Por la noche iban tambien los Egipcios á celebrar los misterios de la pasion de Osiris en mitad de un lago, y por eso califican de vigilias y noches santas esta especie de sacrificios nocturnos. La noche de pascua es una de esas vigilias sacras. Muchas veces buscaban la oscuridad celebrándolas en tenebrosas cavernas, y encubiertos de densos bosques, cuya sombra infundia cierto pavor religioso.

Estas ceremonias fueron un medio muy adecuado para mover la curiosidad humana, que se exalta á proporcion de los estorbos que le oponen. Los legisladores la enardecieron hasta lo sumo, con la rigorosa ley del secreto que prescribian á los iniciados, para engendrar en los que no lo eran el deseo de ser admitidos á conocer cosas que eso mas importantes se les figuraban, que mas se resistian á comunicárselas. Encontraron un pretesto especioso para no revelar los misterios, y era que convenia imitar la Divinidad que se esconde para que la busque el hombre, y que ha encubierto las opera-

ciones de la naturaleza bajo un alto secreto que no es posible penetrar sin mucho estudio y afanes. Aquellos á quienes se fiaba el secreto, se obligaban con los mas terribles juramentos á no descubrirle; no era lícito hablar de él con los que no estaban iniciados, y habia pena de muerte para el que por imprudencia le revelara, ó para el que entrara en el templo donde se celebraban los misterios, no siendo iniciado.

Aristóteles fue acusado de impío por el hierofanta Eurimedonte, porque habia hecho un sacrificio á los manes de su muger, conforme al rito que se estilaba en el culto de Ceres; y se vió obligado aquel filosofo á refugiarse á Calcis, y á mandar en su testamento para lavar su memoria de tal mancha, que erigiesen una estátua á Ceres; porque tarde ó temprano cede el filósofo á las preocupaciones de los tontos. Sócrates á la hora de la muerte manda que sacrifiquen un gallo á Esculapio, y Buffon se confiesa con un capuchino, queriendo que le hiciesen un pomposo entierro, que es el talon de Aquiles para los varones eminentes: por temor de la persecucion hincan la rodilla á los tira-

nos de la razon humana. Mas animoso murió Voltaire: por eso le ha puesto en el Panteon la Francia libre, y Buffon enterrado en San Medardo salió de esta iglesia para ser trasladado á su tierra, donde se debe quedar. A Esquilo le acusaron de que habia sacado á la escena asuntos misteriosos, y no fue absuelto hasta que probó que no estaba iniciado. La cabeza de Diagoras la pregonaron por haber divulgado el secreto de los misterios, y su filosofía estuvo á pique de costarle la vida. Y efectivamente, ¿quien puede ser filósofo entre gentes arrastradas del estro religioso? Tan peligroso es contradecir á tales hombres, como irritar á los tigres. Por eso decia el obispo Sinesio: *Yo seré filósofo para mí solo, y obispo para el vulgo.* El que profesa esas máximas, deja de ser filósofo y se queda un embustero.

Todavía en el siglo décimo-cuarto tenian los cristianos y sus doctores su doctrina secreta, no debiéndose segun ellos manifestarse al pueblo los sagrados misterios de la teología.

«Alejaos, profanos, decia antiguamente el diácono cuando iban los cristianos á cele-

brar sus misterios: salgan los catecúmenos y los que aun no están admitidos."

Esta fórmula la habian tomado de los antiguos paganos, como los demas ritos. Efectivamente, al principio de la celebracion de los antiguos misterios, nunca dejaba el pregonero de pronunciar en voz alta la terrible espulsion: *Lejos de aqui todo profano*; esto es todo el que no estaba iniciado. La entrada del templo de Ceres y la participacion de los misterios estaban vedadas á todos los que no eran libres, á los espurios, á las mugeres públicas, á los filósofos que negaban la Providencia, como los epicúreos, y á los cristianos cuya doctrina esclusiva proscribia las iniciaciones á otros misterios que los suyos. Este entredicho ó escomunion se tenia por grave castigo, porque privaba al hombre de todas las utilidades de la iniciacion, y de las magníficas recompensas que se prometian á los iniciados asi en este mundo como en el otro.

Pertenecia el iniciado á una clase de hombres privilegiada de la naturaleza, y alcanzaba privanza con los dioses; y lo mismo era entre los cristianos. El cielo fran-

queabà sus tesoros á él solo. Dichoso en esta vida por su virtud y los dones de los inmortales, le esperaba mas allá del sepulcro una felicidad eterna.

Los sacerdotes de Samotracia acreditaron su iniciacion, prometiendo vientos favorables y próspera navegacion á los que se hacian iniciar por ellos. Los iniciados en los misterios de Orfeo se reputaban inmunes del dominio del mal, y los colocaba la iniciacion en un estado de vida que les daba las mas halagüeñas esperanzas. *He evitado el mal y encontrado el bien*, decia el iniciado asi que se habia purificado.

Uno de los mas preciosos frutos de la iniciacion de estos misterios era ponerse en correspondencia con los dioses, aun en esta vida y para siempre despues de la muerte. Tan raros privilegios vendian los orfeotelestas á los tontos, y como entre nosotros sin otra fianza que la credulidad. Los iniciados de los misterios de Eleusis creian que para ellos solos lucia el sol con puro resplandor, y se alababan de que los inspiraban las diosas, dándoles prudentes consejos, como lo vemos por el ejemplo de Pericles.

Disipaba los errores la iniciacion, preservaba de las desgracias, y despues que habia llenado de gozo el corazon del hombre mientras vivia, tambien le daba las mas halagüeñas esperanzas á la hora de la muerte, como afirman Ciceron, Isocrates y Aristides el retórico. Iba el iniciado difunto á morar en prados donde brillaba una luz purísima: allí el anciano perdia sus arrugas y recuperaba todo el vigor y la agilidad de la juventud. En esta mansion no se conocia el dolor; solo habia floridos vergeles, campos sembrados de rosas: una sola cosa faltaba á tan deliciosas pinturas, que era la realidad. Pero muchos son como aquel loco argivo, que gustan de vivir ilusos, y no perdonan al filósofo que con un silbido hace que desaparezca toda la decoracion teatral con que rodean los sacerdotes el sepulcro. Como quieren que los consuelen, esto es que los engañen, no les faltan embusteros. Esas magníficas promesas fueron causa de que dijese Teon, que era maravillosa cosa y manantial de los mas preciados bienes para los hombres la participacion de los misterios; y en efecto no se ceñia esta felicidad á la vida pre-

sente, pues vemos que no era la muerte la aniquilacion del hombre, como lo es de los animales, sino el tránsito á una vida infinitamente mas feliz, que imaginó la iniciacion para consolarnos de la pérdida de esta; porque no se creyó tan fuerte la impostura que se arrojase á prometer una vida sin vejez en la tierra, inmune de la comun ley de todo cuanto alienta. La mentira hubiera sido palpable, y asi fue preciso lanzarse en regiones desconocidas, y hablar al hombre de lo que será cuando deje de ser. Aqui tenia la impostura anchísimo campo, no siendo de temer que volviese ningun muerto al mundo á desmentir á los que le habian engañado. Todo lo podian fingir, por lo mismo que nada se sabia; haciendo como con el niño que llora cuando le apartan para siempre de su madre, y que consuelan diciéndole que va á volver. De esta propension del hombre á creerlo todo cuando nada vé, á asirse de la mas leve sombra de esperanza cuando todo huye de él, se han aprovechado los legisladores astutos para establecer el dogma de la vida venidera; dogma que aun suponiéndole cierto no tiene otro fundamento que

el haber creido los legisladores que era necesario imaginarle.

Cualquiera cosa se puede contar de un pais donde nadie ha estado, y de donde nadie ha vuelto á desmentir á los impostores. Esta absoluta ignorancia constituye la fuerza del sacerdocio. No inquiriré ahora que es el alma, si es distinta de la materia de que se compone el cuerpo; si es doble el hombre, no siéndolo los animales que reputamos unos meros cuerpos organizados de manera que producen cuantos movimientos ejecutan, y reciben cuantas sensaciones esperimentan. Tampoco averiguaré si el sentimiento y el pensamiento que se producen dentro de nosotros, y cuya accion es mas intensa ó mas débil, segun se desenvuelven ó se alteran nuestros órganos, sobreviven al cuerpo con el cual parece que tiene su ejercicio íntima conexion, y de cuya organizacion en armonía con el mundo son un efecto aparente; en fin si despues de muerto, el hombre piensa y siente mas que antes de nacer. Eso seria indagar que es del principio armonioso de un instrumento de música, cuando se hace este pedazos. Solamente examinaré el mo-

tivo que determinó á los antiguos legisladores á imaginar y acreditar esta opinion, y sobre qué fundamentos la asentaron.

Bien conocieron los caudillos de las sociedades y los autores de las iniciaciones destinadas á perfeccionarlas, que para que pudiese aprovechar la religion á la legislacion, habia de ser apoyo la justicia divina de la humana. Por tanto atribuyeron la causa de las públicas calamidades á los delitos de los humanos. Si tronaba el cielo, Jove estaba enojado contra la tierra; y no eran efecto del temple del aire, de la accion del sol en los elementos, y de causas físicas la sequedad, las lluvias muy copiosas, las dolencias que acometian á los hombres y los animales, la esterilidad de la cosecha, y las otras plagas; eran sí señales manifiestas de la ira de los dioses. Asi se esplicaron los oráculos, y la impostura sacerdotal hizo todo cuanto pudo por propagar errores que creyó útiles para la conservacion de las sociedades, y buenos para gobernar á los humanos por el miedo; pero no era completa la ilusion. A veces no eran las mas infelices las generaciones mas culpadas: á veces eran

asolados ó destruidos los pueblos mas virtuosos y justificados; y lo mismo sucedia con los particulares, siendo rara vez mas pobre el mas vicioso. Cada uno rogaba, como Calimaco, á los dioses que le dieran la virtud y alguna riqueza, sin la cual luce poco la virtud; pero la riqueza las mas veces era galardon de la osadía y el delito. Era indispensable justificar á los dioses y absolver de culpa su justicia. Fingióse pues ora un pecado original, ora una vida anterior que esplicaba el desórden; pero con mas generalidad imaginaron una vida venidera, en que la Divinidad lo pondria todo en su lugar, castigaria el vicio que en la tierra se hubiese zafado de castigo, y coronaria la virtud que ignorada ó calumniada se hubiese quedado sin premio. Por razones análogas reconoció la Convencion nacional de Francia la inmortalidad del alma, sin que hasta ahora haya nadie apurado las siguientes cuestiones previas. ¿Que es el alma? ¿Es distinta del cuerpo? ¿Es materia? ¿Existen seres inmateriales? ¿Puede la materia pensar? Un solo decreto bastó para zanjar todas estas dificultades, porque se creyó que así

convenia á la moral y á la legislacion, aun en tiempo de Robespierre, que tambien queria moral, como la quieren nuestros despiadados sacerdotes. Este dogma parecia el vínculo de todo órden social, y justificaba la divina Providencia, que allá en el otro mundo esperaba á los muertos. Para hacer verosímil esta ficcion, procuraron primero los antiguos asentar como un hecho, que ademas del cuerpo mortal habia en el hombre un principio pensador que era inmortal, y que este principio llamado alma vivia despues de muerto el cuerpo, puesto que nada de todo esto se haya probado nunca. El dogma de la inmortalidad del alma, hijo de la necesidad de la legislacion, *se fundó en su materialidad y en la eternidad de la materia.*

Ya dijimos en el capítulo tercero, que atribuian los antiguos al mundo una grande alma y una inteligencia inmensa, de la cual dimanaban todas las almas y las inteligencias individuales. Esta alma era material, pues la formaba la pura sustancia del fuego éter ó elemento sutil, esparcido universalmente en todas las partes animadas de la naturaleza, que es la fuente del movimien-

to de todas las esferas y de la vida de los astros, no menos que la de los animales de la tierra. El alma es la gota de agua que no se aniquila, ora se divida por la evaporacion y suba á la atmósfera, ora se condense y caiga hecha lluvia, corriendo á la vasta *hoya* del Océano á confundirse con la inmensa mole de sus aguas. Esa era la suerte del alma en dictámen de los antiguos, con especialidad de los Pitagóricos.

Segun Servio, comentador de Virgilio, sacan todos los animales el cuerpo de la tierra, los humores del agua, la respiracion del aire, y el instinto del soplo de la Divinidad: por eso las abejas tienen una porcion de Divinidad. Tambien anima el dios de los Judíos al hombre ó al barro con que formó su cuerpo con su soplo, y ese es el soplo de vida: de Dios y de su soplo, continúa Servio, viene la vida de los animales cuando nacen. Esta vida se exhala con la muerte volviendo al alma del gran todo, mientras que las reliquias del cuerpo tornan á la materia terrena.

Segun Virgilio, lo que llamamos nosotros muerte no es aniquilacion, sino una se-

paracion de las dos especies de materia; una que se queda en la tierra, y otra que se va á reunir con el sagrado fuego de los astros, asi que ha recuperado el alma toda la sencillez y pureza de la materia sutil de que dimana; *aurai simplicis ignem*, porque nada se pierde, dice Servio, en el gran todo, y en el fuego elemental que forma la sustancia del alma. Este es eterno como Dios, ó mas antes es *la misma Divinidad*; y el alma que de él dimana, participa de su eternidad, porque la parte es de la misma naturaleza que el todo. Virgilio dice hablando de las almas: *Igneus est ollis vigor, et celestis origo*; que constan del activo fuego que resplandece en el cielo, y vuelven á él asi que se separan del cuerpo. La misma doctrina encontramos en el ensueño de Cipion. «De alli, dice Cipion hablando de la esfera de las fijas, han bajado las almas, y alli vuelven, dimanando de los eternos fuegos que llaman astros ó estrellas. Lo que nombrais vosotros muerte, es tornar á la vida verdadera: el cuerpo es una cárcel donde está momentáneamente encadenada el alma. La muerte rompe sus lazos, restituyéndole

su libertad y su verdadera existencia." Así segun los principios de esta teología, son inmortales las almas porque son partes del fuego inteligente que llamaban los antiguos alma del mundo, difundida por toda la naturaleza, con especialidad en la sustancia etérea, que tambien era la de nuestras almas. De allí habian bajado por la generacion, y allí volvian despues de la muerte.

En esta opinion estriban los sueños sobre la fatalidad, y las ficciones de la metensícosis, la gloria, el purgatorio y el infierno.

La famosa ficcion de la metensícosis, esparcida en todo el Oriente, pende del dogma del alma universal y la homogeneidad de las almas, que solo se diferencian unas de otras en la apariencia, por la naturaleza de los cuerpos con que se une el fuego principio que forma su sustancia; porque, segun Virgilio, las almas de todo género de animales son unas centellas del fuego éter, y proviene la diferencia de sus operaciones en la tierra de la de los vasos ó cuerpos organizados que reciben dicha sustancia, ó, como dice Servio, procede la mayor ó menor perfeccion de sus operaciones de la cali-

dad de los cuerpos. Los Indios, que tambien admiten el dogma de la metensícosis, creen que el alma del hombre es de la misma naturaleza exactamente que la de los animales, y dicen que no tienen los hombres preeminencia ninguna en ellos en cuanto al alma, sí solo en cuanto al cuerpo cuya organizacion es mas perfecta y mas apta para recibir la accion del gran Ser ó el universo; y argumentan con el ejemplo de los niños y los viejos, cuyos órganos son en aquellos todavía muy débiles, y en estos están ya muy debilitados, por lo cual no tienen sus sentidos la actividad que en la edad viril se manifiesta.

Como está sujeta el alma necesariamente á la naturaleza del cuerpo que anima para el ejercicio de sus operaciones, y han salido todas las almas del inmenso depósito llamado alma universal, fuente comun de la vida de todos los seres, se infiere que podia la porcion del fuego éter que anima á un hombre animar lo mismo un toro, un leon, un águila, una ballena, ó cualquier otro bruto. El órden del destino quiso que fuese un hombre y cierto hombre; mas cuando se

desprenda el alma de su primer cuerpo y vuelva á su principio, podrá pasar al de otro animal, sin tener mas ejercicio su actividad que el que le permitiere el nuevo cuerpo que la reciba.

Reduciéndose todas las operaciones de la naturaleza á organizaciones y destrucciones sucesivas, en que se presenta la misma materia con mil formas diversas, la materia sutil del alma arrastrada por esta corriente introduce la vida en cuantos moldes se le ofrecen, como la misma agua que sale del propio depósito siguiendo los canales que encuentra abiertos, salta en forma de surtidor ó se precipita en la de cascada, segun el camino que halla, confundiéndose mas allá en una hoya comun, evaporándose luego, y formando nubes que, llevadas en alas del viento á varios paises, la verterán en el Sena, el Loire, el Garona, ó el rio de las Amazonas, para reunirse de nuevo con el Océano, de donde la sacará otra vez la evaporacion, para seguir la corriente de un arroyo, ó en forma de savia subir por debajo de la corteza de un árbol, y destilarse en la de un sabroso líquido. Lo mismo sucedia con el fluido del

alma esparcido en varios canales de la organizacion animal, desprendiéndose de la luminosa mole que forma la sustancia etérea, impelido desde ella á la tierra por la fuerza generativa que se reparte entre todos los animales, subiendo y bajando sin cesar por el universo, y circulando en nuevos cuerpos de distinto modo organizados. Ese fue el fundamento de la metensícosis, que se convirtió en uno de los mas eficaces instrumentos de la política de los antiguos legisladores y mistagogos, siendo no solo una consecuencia de la opinion filosófica que suponia el alma una porcion de la materia del fuego que circulaba perennemente en el mundo, mas tambien en su aplicacion uno de los grandes móviles de que se valió la supersticion para gobernar al hombre.

Entre los varios medios que propone Timeo de Locros para dirigir á los que no pueden por la fuerza sola de la razon y la educacion alcanzar la verdad de los principios en que ha cimentado la naturaleza la justicia y la moral, indica «las fábulas sobre el Tártaro y el Elíseo, y todos los dogmas de los paises estrangeros, que enseñaban que las

almas de los hombres medrosos y muelles pasaban á cuerpos de mugeres espuestas á ser agraviadas por su flaqueza; las de los homicidas, á cuerpos de fieras; las de los lascivos, á jabalíes ó cerdos; las de los inconstantes y mudables, á pájaros; las de los holgazanes ignorantes y tontos, á pescados. La justa Nemesis, dice Timeo, es la que determina estas penas en lo otra vida, de acuerdo con los dioses terrestres, vengadores de los delitos de que fueron testigos. El dios árbitro de todas las cosas les ha encomendado la administracion de este mundo inferior."

Estos dogmas de paises estrangeros eran los que estaban admitidos en Egipto, la Persia y la India, con nombre de metensícosis. Su objeto mistagógico está bien indicado en este pasage de Timeo, que permite hacer uso de todo, hasta de la impostura y el prestigio, para gobernar á los hombres. Este precepto le han seguido muchos por desgracia.

Pitagoras llevó del Oriente esta doctrina á Italia y Grecia. Este filósofo, y despues de él Platon, enseñó que las almas de los que habian vivido una vida desenfrenada, pasa-

ban despues de la muerte á los brutos, para sufrir con varias formas el castigo de las culpas que habian cometido, hasta ser reintegradas en su primitivo estado: de suerte que la metensícosis era un castigo divino.

Fiel á los principios de esta doctrina oriental, no se ciñe Manes á enseñar la trasmigracion del alma de un hombre á otro, y afirma que las de los pecadores enormes eran enviadas á cuerpos de animales mas ó menos viles, mas ó menos miserables, á proporcion de sus vicios y virtudes. No dudo yo de que si hubiera vivido en nuestro siglo aquel heresiarca, hubiera enviado las almas de nuestros opulentos abades de San Benito, nuestros reverendos priores de conventos y nuestros arcedianos y canónigos á cuerpos de cerdos, que viven una vida tan análoga á la de aquellos, y que hubiese dicho que la verdadera Circe era nuestra iglesia. Pero nuestros doctores buena cuenta han tenido con proscribir la metensícosis, y dispensándonos de creer en esta fábula, nos hacen tostar despues de muertos. No fué tan generoso el obispo Sinesio, que sustentó que los que no hubiesen querido cumplir con lo que Dios manda, se

verian forzados por la ley del destino á volver á empezar nuevo género de vida en todo contrario al pasado, hasta que hicieran penitencia de sus pecados. Aquel obispo conservaba todavia inclinacion á los dogmas de los que llama Timeo estrangeros ó bárbaros. La misma opinion acerca de la metensícosis profesaron los Simonianos, los Valentinianos, los Basilidianos, los Marcionitas, y generalmente todos los Gnósticos.

Tan antigua y tan universal era esta doctrina en Oriente, dice Burnet, que parece bajada del cielo, porque no se le conoce padre, madre, ni genealogía. Herodoto la halló establecida entre los Egipcios desde la antigüedad mas remota. Tambien es el fundamento de la teología de los Indios, y el sugeto de las metensícosis ó encarnaciones tan célebres en sus mitos.

La metensícosis está admitida en casi todo el Japon, por eso los moradores de aquel pais no comen mas que vegetales, dice Kœmpfer. Tambien es un dogma de los Talapones ó religiosos de Sian, y los Teosees de la China. Entre los Calmucos y los Mogoles está igualmente acreditada. Los Tibetanos creen que

pasan las almas aun á los árboles, las plantas y las raices; pero solo en forma humana pueden merecer y ascender por revoluciones mas felices á la luz primitiva adonde se han de restituir al fin. Tambien tenian los Maniqueos sus metamorfósis en calabazas y melones. Asi llegan á delirar los hombres por una metafísica muy sutil y un misticismo muy acendrado. Era el objeto de esta doctrina acostumbrar á los hombres á desprenderse de la materia tosca con que están unidos en la tierra, y hacer que anhelasen por un pronto regreso al sitio de donde eran oriundas las almas, atemorizando á aquel que se dejaba arrastrar de pasiones desordenadas, con el miedo de verse sujeto á dolorosas y afrentosas metamorfósis, como nos asustan hoy con el temor del fuego del infierno. Por eso enseñaban que pasaban las almas de los malos á cuerpos viles y miserables; que sufrian crueles enfermedades para su castigo y enmienda; que las que pasado cierto número de revoluciones no se convertian, eran entregadas á manos de las Furias y genios malos para ser atormentadas, despues de lo cual volvian al mundo como á nueva escuela, obli-

gándolas á empezar de nuevo su carrera. De suerte que se funda todo el sistema de la metensícosis en la necesidad que creyeron que habia de contener á los hombres en esta vida, con el miedo de lo que será de ellos despues de muertos, que es decir en un grande embuste político y religioso. El tiempo nos ha librado de este error. Igual será la suerte de la basa en que estriba, ó del dogma de la inmortalidad, cuando haya la suficiente ilustracion para creer que no es necesaria semejante ficcion para enfrenar á los hombres. De la misma necesidad fué hijo el dogma del Tártaro y el Elíseo; por eso los une Timeo como uno de los medios mas eficaces para conducir á los humanos á lo bueno. Verdad es que aquel filósofo aconseja este remedio solo en los casos desesperados, comparándole con el uso de los venenos en la medicina. Por desgracia del género humano, mas han querido los legisladores ser pródigos de veneno que administrar los tópicos que nos pudiera indicar una discreta educacion fundada en los principios de la razon eterna.

«Aquel que es indócil y rebelde á la voz de la sabiduría, dice Timeo, caigan en

él los castigos con que le amenazan las leyes." Hasta aqui va bien; mas luego añade: «Atemorícenle hasta con los terrores religiosos que infunden aquellas pinturas que ponderan la venganza de los dioses celestiales, y los inevitables suplicios destinados en el infierno á los culpados, con las demas ficciones que ha reunido Homero, conformes á las antiguas opiniones sagradas; porque asi como sanan algunas veces el cuerpo con venenos cuando no cede la dolencia á mas suaves remedios, asi tambien se enfrenan los ánimos con patrañas, cuando no es posible tenerlos á raya con la verdad." Aqui tenemos un filósofo que nos descubre con ingenuidad su secreto, que era el de los antiguos legisladores y sacerdotes, sin otra diferencia sino que aquellos eran menos sinceros. Confieso que no me permite mi profundo respeto á la verdad y á mis semejantes ser de su dictámen, puesto que sea el de cuantos dicen que el infierno es necesario para la plebe, ó en otros términos que necesita una religion, y creer en los castigos del otro mundo y la inmortalidad del alma. Como tamaño error fue general entre todos los sabios de la an-

tigüedad, que quisieron regir á los hombres, y entre todos los caudillos de las sociedades y las religiones, y como todavía lo es en nuestra era, vamos á examinar cuales fueron sus resultas, y de que medios se valieron los conductores de los pueblos para propagarle.

Asi que hubieron imaginado los legisladores y los filósofos esta gran ficcion política, se hicieron dueños de ella los mistagogos procurando acreditarla en los ánimos del pueblo; consagrándola unos en sus cánticos, y otros en la celebridad de sus misterios. Los ornaron estos con los embelesos de la poesía, y los cercaron de ilusiones y espectáculos mágicos. Todos de consuno se unieron para engañar á los hombres, con el especioso pretesto de hacerlos mejores y guiarlos con mas facilidad.

Quedó abierto un vastísimo campo á las ficciones, y no cesó la imaginacion de los poetas, como la de los sacerdotes, de figurar ora los contentos del varon virtuoso despues de su muerte, ora el horror de las tremendas mazmorras destinadas al castigo de los malos. Cada uno las pintó á su modo, y

quiso dejarse atras las descripciones hechas antes de él de aquellas tierras desconocidas, de aquel mundo de nueva creacion, poblado por la imaginacion poética de sombras, espectros y fantasmas, para atemorizar la gente; porque se creyó que la inteligencia del vulgo no podia comprender las nociones abstractas de metafísica y moral. El Elíseo y el Tártaro gustaban mas y hacian mas impresion, y asi presentaron sucesivamente á los ojos del iniciado las tinieblas y la luz. A la mas oscura noche acompañada de horrorosos espectros se seguia un luciente dia, cuyo esplendor cercaba la estátua de la Divinidad, y se acercaban temblando al santuario donde estaba todo pronto para dar una representacion del Tártaro y el Elíseo. Introducido por fin el iniciado en esta postrera mansion, via la escena de deliciosos prados que alumbraba un sereno cielo, y oia las armoniosas voces y los magestuosos cánticos de los sagrados coros. Entonces ya totalmente libre y esento de todos los males, se reunia con la multitud de los iniciados, y ornadas las sienes de flores, celebraba con ellos las sacras orgías.

Representaban pues en este mundo los antiguos en sus iniciaciones lo que decian que habia de ser de las almas cuando desprendiéndose de los cuerpos saliesen de la oscura cárcel donde las habia encadenado el destino, uniéndolas con la materia terrestre. En los misterios de Isis, que nos describe circunstanciadamente Apuleyo, introducian al adepta en la tenebrosa region del imperio de los muertos; luego en otro recinto que representaba los elementos, y al fin se le admitia en la region luminosa donde disipaba el sol mas refulgente las sombras de la noche, quiere decir en los tres mundos, terreno, elemental y celestial.

«Me he acercado, decia el iniciado, á los linderos de la muerte, he pisado los umbrales de Proserpina, y he vuelto atravesando todos los elementos. Luego he visto rayar una luz brillante, y me he hallado en presencia de los dioses." Esta era la autopsia. El Apocalipsis de Juan es un ejemplo de ella.

Lo que mostraba la mistagogia como espectáculo en los santuarios, lo enseñaban públicamente en sus ficciones la poesía y hasta la filosofía; y de ahi vienen las descrip-

ciones del Elíseo y el Tártaro que se hallan en Homero, Virgilio y Platon, y las que nos han dejado todas las teologías, cada una á su modo.

Nunca hubo descripcion tan circunstanciada de la tierra y sus moradores, como la que nos han dejado los antiguos de los paises de nueva creacion, conocidos con las denominaciones de Infierno, Tártaro y Elíseo; y los mismos hombres, tan atrasados en sus conocimientos geográficos, pintan hasta los mas escondidos retretes de la mansion donde habitan las almas despues de la muerte, describen el gobierno de los dos imperios en que se divide el pais de las sombras, sus costumbres, su método de vida, sus deleites y sus penas, y hasta el trage de los moradores de ambas regiones. La misma imaginacion poética, que habia dado á luz el mundo nuevo, le distribuyó con igual facilidad, y modeló arbitrariamente su plan.

En el Fedon de Platon, obra destinada á establecer el dogma de la inmortalidad del alma y la necesidad de la práctica de la virtud, habla Sócrates del lugar adonde van las almas despues de la muerte. Imagina una

especie de tierra etérea, superior á esta en que vivimos, y situada en una region enteramente luminosa; que es lo que los cristianos llaman el cielo, y el autor del Apocalipsis la Jerusalen celeste. No produce nuestra tierra cosa comparable á los portentos de esta sublime habitacion: los colores tienen mas esplendor y mas viveza; la vegetacion es infinitamente mas activa; los árboles, flores y frutas tienen un grado de perfeccion muy superior á la que tienen en la tierra. Las piedras preciosas, los jaspes, las cornalinas brillan infinitamente mas que los nuestros, que son el sedimento y la parte mas basta que de aquellos se ha desprendido. Estos sitios están sembrados de perlas de agua purísima: por todas partes deslumbran el oro y la plata los ojos, y la escena que presenta esta tierra embelesa la vista de sus venturosos habitantes. Tiene animales muy mas hermosos y de mas perfecta organizacion que los nuestros. El elemento del aire es su mar, y el fluido del éter reemplaza el aire. Las estaciones están tan bien templadas, que no reinan nunca dolencias. Los templos los habitan los mismos dioses. Los

moradores de esta deliciosa mansion son los únicos que ven el sol, la luna y los astros, como ellos son realmente, y sin que altere nada la pureza de su luz. Ya vemos que la magia ha creado este Elíseo para recrear á los niños adultos, inspirándoles el deseo de ir á habitarle un dia; pero sola la virtud tiene entrada en él.

Los que se hayan distinguido por su piedad y exactitud en desempeñar todas las obligaciones de la vida social, irán á estas mansiones cuando los haya librado la muerte de los vínculos del cuerpo, y sacado de este lugar tenebroso donde ha precipitado la generacion á nuestras almas. Allí irán todos aquellos que hubiere desprendido la filosofía de los afectos terrestres, y purgado de las mancillas que contrae el alma uniéndose con la materia. Este es un motivo, concluye Sócrates, para poner todo nuestro esmero en este mundo en el estudio de la sabiduría y la práctica de todas las virtudes. Las esperanzas que nos proponemos son de tanta entidad, que merecen que corramos el riesgo de abrazar esta opinion, aunque no está demostrada, y no deshacer el encanto. Aquí

está bien indicado el blanco de la ficcion, el secreto de los legisladores, y el embuste de los mas afamados filósofos.

Lo mismo sucedió con la fábula del Tártaro destinada á poner miedo á los delincuentes representándoles los suplicios de la vida venidera. Esta tierra fingen que no presenta en todas sus partes la misma apariencia, ni es toda de igual naturaleza, porque tiene simas y abismos infinitamente mas hondos que los que conocemos. Estas cavernas comunican entre sí en las entrañas de la tierra por largos, tenebrosos y tortuosos senderos, y por canales subterráneos por donde corren aguas, heladas unas, hirviendo otras, ó torrentes de fuego que se despeñan en ellos, ó espesas ovas que lentamente se deslizan. La mayor de estas simas es la que llaman el Tártaro: abismo inmenso adonde van á parar todos aquellos rios, que vuelven á salir por una especie de flujo y reflujo, semejante al del aire que aspiran y exhalan nuestros pulmones. Se notan aqui cuatro rios principales como en el paraiso de Moises: uno es el Aqueronte, que debajo de la tierra forma un inmenso pantano donde se reu-

nen las almas de los difuntos; otro es el Piroflegetonte, que vuelve torrentes de inflamado azufre; luego viene el Cocito, y el último es el Estigio. En esta horrenda mansion atormenta la justicia divina á los culpados con todo género de suplicios. A la entrada está la execrable Tisifone, vestida de un ropage sangriento, que de dia y de noche vigila de centinela á las puertas del Tártaro. Tambien guarda esta puerta una enorme torre ceñida de tres muros que cerca el Flegetonte con sus encendidas ondas, por las cuales ruedan con estrépito pedazos de montañas inflamadas. Al acercarse á aquella horrible mansion, se oyen los latigazos que despedazan las carnes de sus desventurados moradores, y con el ruido de las cadenas que arrastran se confunden sus dolientes ayes. Una espantosa hidra de cien cabezas está siempre pronta á devorar nuevas víctimas. Un buitre cruel se ceba en las entrañas sin cesar renacientes de un célebre delincuente; otros impelen con esfuerzo un enorme peñasco que se les ha mandado asentar en la cumbre de un monte. Apenas llega á lo alto, cuando se rueda con estrépito á lo hondo del valle, obli-

gando á aquellos malhadados á volver de nuevo á su inútil tarea. Mas allá está otro culpado atado á una rueda que gira sin cesar, sin dejarle esperanza de sosiego ninguno á su dolor. Alli se vé un desventurado condenado á hambre y sed que eternamente le consumen, puesto que está en mitad de dulces y cristalinas aguas, y debajo de árboles cargados de sazonadas frutas. Cuando se baja á beber, se aparta la onda fugaz, y halla en su boca una tierra árida ó secas ovas. Si alarga la mano para coger una fruta, se alza la alevosa rama, y se vuelve á bajar asi que la retira, para escitarle mas el hambre. En otra parte cincuenta vírgenes culpadas están condenadas á llenar un tonel horadado con mil agujeros, y de donde se va el agua por todas partes. No hay género de tormentos que no haya inventado la fecunda imaginacion de los mistagogos para atemorizar á los hombres so color de enfrenarlos, ó mas bien para avasallarlos y abandonarlos en poder del despotismo de los gobiernos; porque no se han quedado estas ficciones en la clase de novelas ordinarias, que por desgracia las han estrechado con la moral y la política.

En las paredes del templo de Delfos estaban pintadas estas tremendas imágenes: estas patrañas las contaban las nodrizas y las madres crédulas á los niños, y les hablaban del infierno como les hablan hoy de duendes y brujas. Asi se tornaban medrosos y apocados los ánimos; que todos saben cuan sólidas y duraderas son las primeras impresiones, particularmente cuando para embeber todos los sentidos en un error capital, honrado con el respetable epiteto de verdad sagrada revelada por los dioses mismos para hacer felices á los hombres, conspiran la opinion general, el ejemplo de la credulidad de los demas, la autoridad de filósofos eminentes como Platon, de célebres poetas como Homero y Virgilio, un venerable hierofanta, pomposos ritos, augustos misterios celebrados en el silencio de los santuarios, monumentos de las artes, estátuas, pinturas, todo junto en una palabra.

La suerte de las almas la determinaba una terrible y solemne sentencia, y el código por el cual habian de ser juzgadas, le habian compuesto los legisladores y los sacerdotes, segun las ideas de justicia y de injus-

ticia que se habian ellos formado, la necesidad de las sociedades, y ante todo el interes de los que las regian. No señalaba el acaso, dice Virgilio, las mansiones donde habian de habitar las almas en los infiernos; que su suerte la determinaba una sentencia justísima.

Despues de la muerte iban las almas á una encrucijada de donde salian dos veredas, una á la derecha y otra á la izquierda; la primera era el camino de Elíseo, y la segunda el del Tártaro. Los que habian alcanzado sentencia favorable pasaban á la derecha, y los condenados á la izquierda. Esta ficcion de la diestra y la siniestra la copiaron los cristianos en su fábula del juicio final, al cual ha de presidir Cristo al fin del mundo, diciendo á los bienaventurados que se pongan á su diestra, y á los réprobos á la siniestra; y por cierto que no ha sido Platon quien copió al autor del mito de Cristo, á menos que se diga que era profeta. Del sistema de los dos principios se deriva la ficcion de la mano derecha y la izquierda: la primera se atribuia al principio bueno, y la segunda al malo. Tambien se encuentra

en Virgilio la distincion de la diestra y la siniestra, y se vé la famosa encrucigada de los dos caminos, el de la derecha que va al Elíseo, y el de la izquierda que conduce al lugar de los tormentos ó el Tártaro. Lo noto esto para que sirva de advertencia á los que creen que el evangelio es un libro inspirado, si alguno de los tales se atreviese á leer el mio.

En dicha encrucijada se juntaban las almas de los difuntos para comparecer ante el sumo juez: al fin de los siglos, resonaba la tremenda trompeta anunciando el paso del universo á un nuevo órden de cosas. Pero tambien habia un juicio particular cuando moria cada uno. Minos, juez de los infiernos, agitaba en sus manos la urna fatal. A sus dos lados estaban las vengadoras Furias, y la caterva de malignos genios encargados de ejecutar sus terribles fallos. Con Minos asociaron otros dos jueces, Eaco y Radamanto, y á veces Triptolemo, célebre en los misterios de Ceres, donde se enseñaba la doctrina de los castigos y premios.

Los Indios tienen su Zomo, ó segun otros Jamen, que tambien ejerce el cargo de juez

infernal. Los Japoneses, secuaces de Buda, reconocen á este por juez de los muertos. Los Lamas miran á Erlik-kan como déspota absoluto de los infiernos y juez de los difuntos.

Delante de la encrucijada donde estaba el juzgado de Minos, y donde se reunian los muertos, habia una vasta pradera: los Magos que la imaginaron, decian que estaba toda sembrada de gamon. Los Judíos tenian el valle de Josafat. Cada uno fraguó su fábula; mas ninguno pensó en que una verdad envuelta entre mil mentiras pierde toda su fuerza, y que si fuese cierto el dogma de los premios y castigos, estas maravillas le harian increible.

Los difuntos eran llevados á aquel temible tribunal por su ángel custodio, porque no es nuevo el invento de los ángeles custodios; que los tenian los Persas y los Caldeos, y los genios familiares los sustituian entre los Griegos. El ángel custodio que habia sido el celador de toda su conducta, no les permitia sacar otra cosa del mundo que sus obras buenas y malas. El lugar divino, donde se congregaban las almas para ser juzgadas, se llamaba *el Campo de la verdad*,

sin duda porque allí se manifestaba toda verdad, y no se zafaba delito ninguno del conocimiento y la justicia del sumo juez. Nada hay en esta ficcion que no hayan copiado los cristianos, cuyos doctores fueron los mas de ellos Platónicos. En el Apocalipsis de Juan los epitetos de verdadero y fiel al sumo juez. Allí es imposible mentir, dice Platon. Tambien nos asegura Virgilio que apremia Radamanto á los reos á que confiesen los delitos que en la tierra cometieron, y cuyo conocimiento esperaban esconder de los mortales. Eso mismo dicen en otros términos los cristianos, enseñando que el dia del juicio se pondrán de manifiesto todas las conciencias, y se aclarará todo. Efectivamente así les sucedia á los que comparecian ante el tribunal establecido en el Campo de la verdad.

En tres clases pueden distinguirse los hombres: unos que tienen una virtud acendrada y una alma esenta de la tiranía de las pasiones, que es el número mas corto. Esos son los escogidos, porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos. Otros tienen encenagada el alma en las mas horrendas iniquidades, y por dicha que tampoco hay

mucho número de estos. Otros hay, y son los mas, que tienen las costumbres comunes: ni bien virtuosos, ni bien viciosos, que ni son acreedores á las espléndidas recompensas del Elíseo, ni á los horrendos tormentos del Tártaro. Estas tres divisiones que nos ofrece naturalmente el órden social, las hace Platon en su Fedon, distinguiendo tres especies de muertos que comparecen en el temible tribunal de los infiernos; y tambien la hallamos en Plutarco, que trata del mismo asunto, y discurre acerca del estado de las almas despues de la muerte, en su respuesta á los epicureos. De aquí han sacado los cristianos, los cuales como ya hemos dicho nada han inventado, su gloria, su infierno y su purgatorio, que es un medio entre los dos primeros, y que está destinado para aquellos cuya conducta ha sido un medio entre la de los hombres muy virtuosos y los muy viciosos. Para esto no se necesita revelacion; porque como naturalmente se pueden distinguir tres grados en el modo de vivir de los hombres, y entre los gravísimos delitos y las mas altas virtudes hay las costumbres ordinarias, en que andan mez-

clados el vicio y la virtud sin que haya acciones sobresalientes ni en esta ni aquel, la divina justicia, para dar á cada uno su merecido, ha tenido que hacer la misma distincion en el modo de tratar á los que comparecian ante su tribunal, y los varios lugares adonde enviaba á los muertos que habia juzgado. Aqui tenemos tambien copiantes á los cristianos.

«Cuando llegan los difuntos, dice Platon, al sitio donde los ha llevado el genio familiar de cada uno, se empieza por juzgar quienes son los que han vivido conformándose con las reglas de la honestidad, la piedad y la justicia; los que en todo se han apartado de ellas, y los que han guardado una especie de medio entre unos y otros.» Suponen los Judíos que tiene Dios tres libros para juzgar á los hombres: el de vida para los justos, el de muerte para los malos, y el tercero para los que han guardado una especie de medio entre unos y otros. En virtud del mas severo exámen de las virtudes y vicios sentenciaba el juez, y ponia un sello en la frente de aquel que habia sido juzgado. Tambien se encuentra esta ficcion

platónica en la obra de iniciacion de los misterios del cordero entre los cristianos, ó en el Apocalipsis. Efectivamente, en la muchedumbre de muertos se nota que unos, que son los réprobos, llevan en la frente el sello de la bestia infernal ó genio de las tinieblas, y los otros están marcados en la frente con el signo del *cordero* ó el genio de la luz.

Las sentencias se regulaban en mucha parte por el código social, y en esto tenia la ficcion un fin verdaderamente político. El sumo juez remuneraba las virtudes que importa á las sociedades estimular, y castigaba los vicios que les importaba proscribir. Si se hubieran ceñido á eso las religiones, no hubieran envilecido, como lo han hecho, la razon humana, y casi les perdonariamos la mentira atendiendo á la utilidad de su objeto. Las fábulas de Esopo son dignas de elogio por su fin moral, y no es posible tachar de embustero á su autor, porque ni los niños se engañan con ellas, mientras que las fábulas de Elíseo y el Tártaro las creen como se las cuentan muchas personas que se quedan niños toda su vida.

Entre los Griegos y los Romanos, era el objeto de esta gran fábula sacerdotal hacer respetar las leyes, estimular al patriotismo, y á adquirir los conocimientos útiles á la humanidad con la esperanza de los premios del Elíseo, y estirpar los delitos y los vicios de las sociedades con el temor de los castigos del Tártaro. Puede afirmarse que en estos pueblos fue donde produjo mas felices efectos dicha fábula, puesto que no haya durado mucho tiempo la ilusion, pues en el de Ciceron ya ni las viejas querian creer en ella.

Eran escluidos del Elíseo todos aquellos que no habian procurado sofocar una conspiracion en su cuna, y al contrario la habian fomentado. Nuestros honrados anticonstitucionales, que sin cesar reclaman la religion de sus padres, que es decir sus antiguos privilegios, y nuestros sacerdotes del dia serian escluidos de él, pues los vemos acaudillando cuantas conspiraciones se traman contra la patria, que quieren entregar á la espada de los enemigos esternos y á los puñales de aquellos de sus conciudadanos coligados con toda la Europa conjurada con-

tra el suelo paterno. En todos los paises son delitos semejantes acciones; en ellos, son virtudes que ha de premiar el sumo juez. Tambien eran escluidos del Elíseo los ciudadanos que se habian dejado corromper, que habian entregado al enemigo una plaza, le habian dado navíos, armas, dinero, &c. los que habian arrastrado á sus conciudadanos á la esclavitud, y los habian sujetado á un déspota. Este último dogma le habian imaginado los estados libres, y no se debe ciertamente al sacerdocio que solo quiere esclavos y tiranos en las sociedades.

Mas adelante buscó la filosofía en las ficciones remedios contra el propio despotismo, que en los primeros tiempos las habia inventado. Platon pone en el Tártaro á los tiranos despiadados, como Ardieo de Panfilia, que habia degollado á su padre, anciano respetable, á su hermano mayor, y cometido otros muchos delitos. Mejor trataron los cristianos á Constantino, autor de iguales atrocidades, pero que amparó su secta. Despues de la muerte conservaba el alma todas las manchas de los delitos que habia cometido, y por estas manchas la sentenciaba el

sumo juez. Platon nota con razon, que casi siempre las almas de los reyes y los depositarios de una gran potestad eran las mas sucias. Tantalo, Ticio, Sisifo habian sido reyes en la tierra, y en los infiernos eran los mayores delincuentes, y los que eran castigados con mas crueles tormentos. Pero los reyes nunca dieron crédito á estas ficciones, ni les impidieron que tiranizasen á los pueblos, como no han estorbado los vicios de los papas, ni los embustes de los sacerdotes, aunque se castigan en el infierno el engaño y la mentira; porque los impostores, los perjuros, los malvados, los impíos, &c. no eran admitidos en el Elíseo. Virgilio menciona las principales iniquidades que castigaba en el Tártaro la divina justicia. Vemos un hermano que armó un implacable rencor contra su propio hermano, un hijo que maltrató á su padre, un patrono que engañó á su cliente; un avariento, un egoista, y estos son en número mas crecido. Mas alla se descubre un adúltero torpe, un esclavo desleal, un ciudadano que se armó contra sus conciudadanos. Este vendió por dinero su patria; aquel se dejó cohechar por proponer

leyes funestas, ó abrogar otras saludables. En otra parte se mira un incestuoso padre que amancilló el lecho de su hija, esposas inhumanas que degollaron á sus esposos; en todas es castigado el que se burló de la justicia y los dioses. Generalmente se nota que los autores de estas ficciones castigaban solamente los delitos contrarios á la humanidad y nocivos al bien de la sociedad, cuya perfeccion y felicidad eran el principal objeto de la iniciacion. Los mismos delitos castigaba Minos en los infiernos, que habia castigado en vida en la tierra, segun las discretas leyes de los Cretenses, si es cierto que fuese Minos rey de Creta. Si tambien se castigaban los delitos contra la religion, era porque miraban esta como una obligacion y el principal vínculo del órden social en el sistema de aquellos legisladores, y por tanto forzosamente la irreligion era tenida por uno de los mas graves delitos acreedores á la venganza de los dioses. Por eso enseñaban al pueblo que el mas grave delito de muchos de los famosos culpados era no haber hecho aprecio de los misterios de Eleusis; el de Salmoneo haber querido imitar el

rayo de Jove; el de Ixion, Orion y Ticio, haber querido violentar á diosas; porque los dioses son como los hombres, que no aguantan competidores.

Al mismo fin político y moral se encaminaba la fábula del Elíseo que la del Tártaro. Virgilio pone en el Elíseo á los esforzados defensores de la patria, que murieron peleando por ella, los mismos que hacen degollar hoy nuestros sacerdotes que tanto han estragado la índole de las iniciaciones antiguas. Junto á ellos están los inventores de las artes, los autores de los inventos útiles, y generalmente todos los bienhechores de la humanidad, que se han grangeado derechos á la memoria y á la gratitud de sus semejantes. Para dar mas fuerza á esta idea, imaginaron la apoteósis, de que abusó luego la adulacion; y por eso enseñaban en los misterios, que Hércules, Baco y los Dioscuros eran unos mortales que por sus virtudes y servicios habian alcanzado la divinidad. La gratitud de los Romanos puso en el cielo á Cipion.

En calidad de poeta, señala Virgilio un puesto honroso á los que inspirados por Apo-

lo nos han dejado los oráculos de la moral junto con los de la adivinacion. Ciceron, estadista y amante de su patria, se le señala á los que se han inmortalizado por su patriotismo, por la prudencia con que rigieron los estados, ó por el esfuerzo con que los libertaron; á los amantes de la justicia, los buenos hijos, los buenos padres, y mas que todo los buenos ciudadanos. Lo que un ciudadano afana, dice el orador romano, por la felicidad de su patria, facilita á su alma su vuelta á los dioses y al cielo, su patria verdadera. Estas son las instituciones, estos son los dogmas con que se alientan el patriotismo y todos los conocimientos provechosos al género humano: aqui se premia el que sirve bien la sociedad, y no el ocioso fraile que se aparta de ella para ser gravámen y oprobio suyo.

En el Elíseo de Platon se premian la justicia y la beneficencia. Alli vemos al justo Aristides, que es del corto número de los que habiéndoseles fiado mucho poder, nunca abusaron de él, y administraron con escrupulosa integridad cuantos cargos les fueron encomendados. La piedad y especialmen-

te el amor de la verdad y su investigacion son las virtudes mas eficaces y mas sagradas. Empero Platon ha dado sobrada latitud á esta idea, que puede reputarse el gérmen de los abusos que introdujo el misticismo en la antigua ficcion del Eliseo. Efectivamente señala un puesto recomendable á quien vive consigo mismo y no se mete en los negocios públicos, ocupándose únicamente en limpiar de pasiones su ánimo, anhelando solo al conocimiento de la verdad, eximiéndose de los errores que alucinan á los demas hombres, despreciando los bienes que aprecian ellos, y atareándose por ornar su alma con todas las virtudes. Esta opinion acreditada entre los antiguos de la escelencia de la filosofía, y de la necesidad de purificar el ánimo para contemplar la verdad y tener comunicacion con los dioses, es muy anterior á Platon, habiéndola sacado antes que este Pitagoras del misticismo oriental. Por un abuso de esta doctrina, so color de mas alta perfeccion, se han apartado de la sociedad algunos ilusos, creyendo con una ociosa contemplacion merecer el Elíseo que hasta tanto habia sido premio privativo de

las artes útiles y el ejercicio de las virtudes sociales. De esa fuente se ha derivado el error que ha sustituido acciones risibles á virtudes nobles, y el egoismo del anacoreta al patriotismo del ciudadano. La iniciacion en su cuna no tuvo esos efectos, que fueron fruto de una sutil filosofía.

Este estudio perpetuo que ponia el filósofo en apartar su alma del contagio de su cuerpo, y librarse de las pasiones para estar mas libre y mas ligero cuando se partiese para la otra vida, degeneró en abstraccion de la vida contemplativa, y engendró todas las virtudes fantásticas conocidas con nombre de celibato, abstinencias, ayunos, con el objeto de enflaquecer el cuerpo para disminuir su accion en el alma.

Esa pretensa perfeccion equivocada con la virtud la desvaneció esta, sustituyendo en su lugar ridículas prácticas, á las cuales se otorgaron los mas brillantes favores del Elíseo. La religion cristiana y todas las de la India son la prueba mas completa de tan pernicioso abuso.

Fallada una vez la sentencia en virtud del cotejo de la conducta de cada muerto con

el código sacro de Minos, pasaban las almas virtuosas á la diestra, guiadas por su ángel bueno ó genio familiar, y enderezaban el camino del Elíseo y las islas Fortunadas. Las almas culpadas de enormes delitos pasaban á la siniestra, arrastradas por el genio malo que les habia aconsejado obrar mal, y enderezaban el camino del Tártaro, llevando á las espaldas la sentencia que contenia el cuento de todos sus delitos. Finalmente aquellas cuyos vicios no eran insanables, iban á un purgatorio temporal, y sus tormentos les aprovechaban, porque eran el único medio de espiacion de sus culpas. Las de los malos condenadas á eternos suplicios, estaban destinadas á servir de ejemplo: que era la única utilidad que de su castigo se sacaba.

Entre los castigados, dice Platon, hay unos que por la gravedad de sus delitos se reputan incurables, como los sacrílegos, los asesinos, y todos cuantos se han hecho reos de atroces maldades. Estos son precipitados en el Tártaro por toda la eternidad, como lo tienen bien merecido. Pero los que han cometido pecados, aunque graves, dignos de misericordia (que son nuestros pecados

veniales), tambien son enviados á las mazmorras del Tártaro, pero por espacio de un año solamente: pasado este término, los vomitan las olas á unos por el Cocito, y á otros por el Piroflegetonte. Cuando están cerca del lago del Aqueronte, piden con recios lamentos perdon á aquellos á quienes ofendieron, y los imploran para alcanzar de ellos licencia de desembarcar y ser admitidos en el lago. Si consiguen aplacarlos, bajan á él y se concluyen sus penas; sino son repelidos otra vez al Tártaro, y lanzados dentro de los rios, sin que cesen sus tormentos hasta que logran el perdon de aquellos á quien agraviaron en vida. Este es el fallo que da contra ellos el tremendo juez.

Tambien habla Virgilio de las penas de espiacion que tenian que padecer los que no eran tan puros que pudiesen tener entrada en el Elíseo, y estas purificaciones eran dolorosas para los manes y unos verdaderos tormentos. Supone aquel poeta, que cuando salen los manes del cuerpo, rara vez están tan purificados, que se puedan reunir con el fuego eter de donde dimanaron. Su comunicacion con la materia terrena los ha obli-

gado á mezclarse con partes heterogéneas, de que se tienen que desprender antes de poder confundirse con su primitivo elemento. Para conseguirlo, se usaban todos los medios conocidos, el agua, el aire y el fuego. Unas almas se esponian á la accion del viento que las agitaba; otras las metian en hondas pilas llenas de agua, para lavarlas de sus manchas; otras pasaban por un fuego que las acrisolaba. Cada uno sufria en sus manes su género de suplicio, hasta que merecia ser admitido en los resplandecientes campos del Elíseo, puesto que á muy pocos les cabia tan felice suerte. Aquí tenemos un purgatorio de las almas que no eran precipitadas al Tártaro, y podian un dia esperar su entrada en la mansion de la luz y la felicidad; y aquí tenemos tambien á los cristianos convictos de ser unos meros copiantes de los filósofos antiguos y de los teólogos paganos.

En el pasage de Platon, hemos notado que era posible abreviar la duracion de los tormentos preparatorios, hablandando con ruegos á los que habian agraviado. Segun el sistema de los cristianos, es Dios el principal agraviado: asi es necesario procurar aplacar-

le; y los sacerdotes, medianeros reconocidos de la Divinidad, se encargaron de esta comision con tal que los pagasen. Ese es el secreto de la iglesia, el manantial de sus inmensas riquezas; por eso les repite con frecuencia su Dios: *Guardaos de venir á mi presencia con las manos vacías.*

Asi se han enriquecido los sacerdotes y las iglesias con fundaciones pías, y se han multiplicado las instituciones monásticas á costa de las familias despojadas por la religiosa necedad de un pariente y las picardías de clérigos y frailes. En todas partes la ociosidad monástica se cebó con la sustancia de los pueblos; y la iglesia, tan pobre en su cuna, benefició con tanta utilidad la mina del purgatorio, que no tuvo que temer la indigencia de sus primeros siglos, y que insultó con su lujo la medianía del laborioso artesano. Por fortuna que la revolucion la ha obligado á restitucion, y que ha sacado la nacion de poder de frailes y clérigos sus inmensas posesiones, fruto de la usurpacion de tantos siglos, ciñéndolos á los bienes celestiales, de que parece que no hacen mucho aprecio, puesto que les pertenecen á título de inven-

tores. Aunque sea tan justa esta restitucion, no por eso se han desprendido fácilmente de sus antiguos robos los tiranos de nuestra razon, que por mantenerse en posesion de sus usurpaciones han afilado de nuevo los puñades de la jornada de San Bartolomé, y encendido en su patria el fuego de la guerra civil, sacudiendo por toda la Francia las teas de las Furias con nombre de antorchas de la religion. Con ellos se han abanderizado cuantos se mantenian de iniquidades y abusos. La fiera y soberbia nobleza ha puesto sus fueros bajo el amparo de los altares, como postrer baluarte del delito; se ha vuelto devoto el ateista anti-constitucional; ha querido la cortesana disoluta oir la misa del sacerdote rebelde á las leyes de su patria; la ramera, que se mantenia de sus torpes deshonestidades, se ha quejado á Dios de que la hubiese privado la revolucion de sus ricos canónigos y opulentos abades de monasterios; se ha coligado para la guerra el papa con el caudillo de los anti-papistas; los Turcos se han vuelto fieles cristianos; el sórdido logrero ha empuñado el rosario; toda hipocresía, toda maldad se ha alistado

bajo el pendon de la cruz, porque todas las infamias son buenas para los sacerdotes, y los sacerdotes, buenos para todas las infamias. El sacerdote ha bendecido los puñales de los Vendeanos y Chuanes; el sacerdote acaba de sembrar la Suiza de los cadáveres de sus esforzados hijos que ha engañado. Esa es la religion cristiana, dignísima de que la amparara Constantino, el Neron de su siglo, y de que hayan sido sus cabezas papas incestuosos y asesinos. ¿Cuando ha causado la filosofía tantos estragos?

Aqui pide el contesto de nuestra obra que examinemos y pesemos las utilidades y los inconvenientes de las ficciones sagradas, de las instituciones religiosas en general, y en especial la cristiana, y que veamos si han sido provechosas para las sociedades, ó solo para los sacerdotes. Ya hemos confesado que en general era bueno el fin de las iniciaciones, y que si la impostura, que fraguó para los tontos la fábula de la Gloria y el Infierno, la hubieran constantemente dirigido sugetos cuerdos y virtuosos, en cuanto es dable que sea tal un embustero, en vez de bribones codiciosos de riquezas y mando,

la habrian podido hasta cierto punto tolerar aquellos que contra mi dictámen creen que es posible producir el bien con engaños, como perdonamos alguna vez á una tierna madre que preserve de un riesgo real á su hijo infundiéndole fantásticos temores, amenazándole que se le comerá el lobo para que sea mas dócil á sus preceptos, y estorbarle que haga mal, puesto que mejor hubiera sido no dejarle de la mano, y premiarle ó castigarle, que infundir en su mente pánicos terrores que le hagan cuando sea grande, crédulo ó medroso. Fúndanse los que admiten los premios y castigos futuros, en que ha de remunerar Dios la virtud y castigar el vicio, y dejan que decidan los sacerdotes qué es virtud y qué vicio: de suerte que tiene Dios á su cargo mantener la moral sacerdotal, que sabemos cuan absurda y atroz es. Si solamente ha de premiar ó castigar Dios lo que fuere contrario ó conforme á la moral natural, en tal caso tiene bastante el hombre con la religion natural, esto es la que se funda en un juicio sano y el uso de la razon; y en tal caso no necesitamos lo que llaman religion, sino una buena moral, en

lo cual estamos conformes. Asi se acabó la moral que nombran religiosa, se acabaron esos execrables sacerdotes: ¿con que para que los queremos? Mas no siempre se contuvo la fábula del Elíseo y el Tártaro en los cotos de la moral admitida por todas las naciones, ni en el interes manifiesto de las sociedades; que se apoderaron de ella el espíritu místico y la doctrina religiosa, valiéndose de tan eficaz móvil para acreditar sus mentiras. Asi los cristianos, con los dogmas de moral que se encuentran en todos los antiguos filósofos, han amalgamado una cáfila de preceptos y reglas de conducta, que avillanan el ánimo, confunden la razon, y que se remuneran con los mas altos premios del Elíseo.

Efectivamente, ¡que escena tan afrentosa para la humanidad es ver á un hombre sano y robusto, que por principio de religion se mantiene de limosna y no del fruto de su trabajo; que pudiéndose ocupar con utilidad para sí propio y sus conciudadanos en las artes y en el comercio, quiere mas ser un *babieca* contemplativo, porque promete la religion los mayores galardones á es-

ta especie de inutilidad social! Y no me digan que ese es un abuso de la moral cristiana, pues lejos de eso es su perfeccion, y nos dicen los sacerdotes que todos debemos aspirar á la perfeccion. Un desatinado cartujo, un trapista frenético, que se condenan como locos á vivir siempre encerrados sin comunicacion con la sociedad, ocupados en meditaciones no menos tristes que inútiles y soñadas, que vive mortificándose, debilitándose, quitándose todas las fuerzas del cuerpo y el ánimo por ser mas acepto á los ojos de Dios, los mira la razon como unos locos para quienes no bastaria todo el eléboro que crian las islas de Anticira; mas la religion los contempla como unos santos elevados por la gracia á la cumbre de la perfeccion, para quien destina la Divinidad un puesto en el cielo tan alto como es su vida sublime. Unas vírgenes crédulas y simples, envueltas en unas ridículas tocas, cantando á media noche no donosas canciones, sino unos himnos muy tontos en una lengua que no entienden, y en alabanza de un ente que no las oye; rezando y meditando en su retiro, pegándose azotes, guardando su doncellez entre en-

rejados y cerrojos que solo para la lascivia de su director espiritual se abren, son á los ojos del sacerdote no unas maniáticas que se han separado de la sociedad, como separan á las otras locas de las casas de orates, sino unas doncellas santas que han consagrado á Dios su virginidad, y á poder de ayunos, privaciones, y sobre todo holgazanería, alcanzan á un estado de perfeccion, que las coloca en el cielo en un lugar muy mas eminente que el que hubieran ocupado, si cumpliendo con la ley de la naturaleza hubiesen sido madres y criado á sus hijos para que sirvieran la patria.

Estas han renunciado de los mas tiernos afectos que estrechan entre sí á los humanos, y en cumplimiento de la doctrina cristiana han abandonado padre, madre, hermanos, hermanas, parientes, amigos, para abrazarse con el esposo espiritual ó con Cristo, enterrándose en vida para resucitar con él un dia, y unirse con el coro de santas vírgenes que pueblan el paraiso celeste. Esas llaman almas privilegiadas, y la iniquidad de nuestra revolucion consiste en haber destruido esos privilegios, restituyendo á la so-

ciedad estas desventuradas víctimas de los embustes del sacerdocio. No levantan el grito contra los verdugos que las habian encerrado en sus horrorosas mazmorras, en sus cárceles religiosas, mas sí contra el legislador benéfico que las sacó de su encierro, haciendo que alumbrara la luz de la libertad aquellos sepulcros donde tenia aprisionadas la supersticion las almas tiernas, pero poco ilustradas, que habia engañado. Esa es la índole del cristianismo; esa la perfeccion, mejor diré el avillanamiento que ha traido al género humano, porque vuelvo á decir que no es esto abuso sino consecuencia de sus dogmas. Por eso pone el autor de la novela de Cristo en boca de su héroe estas espresiones: «En verdad, os digo, ninguno abandonará por mí y por el evangelio su casa, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos y patria, que no sea galardonado con el céntuplo en esta vida y en la otra." ¡Cuantos desgraciados ha llevado tan equivocada moral á los yermos y al claustro!

El evangelio representa el matrimonio como un estado imperfecto, y casi como una condescendencia con los ánimos flacos. Ate-

morizado con esta moral, uno de los oyentes de Cristo le dice que no conviene casarse, pues está cercado de tantos escollos el estado de casado; y le responde el pretenso doctor que no todos pueden aspirar á la sublime sabiduría que renuncia del matrimonio, y está reservada para aquellos á quien dispensa el cielo tan preciosa prerogativa. Aqui tenemos el celibato, un vicio anti-social, colocado entre las virtudes, y reconocido como un estado de perfeccion á que no todos pueden aspirar.

Confesemos ingenuamente que si hubieran los antiguos legisladores organizado por semejantes principios los primeros pueblos, y conseguido inculcar tal doctrina en los ánimos de muchos, no habrian sido muy duraderas las sociedades. Vale que no ha cundido en todo el universo la epidemia de vida tan perfecta, puesto que en nuestro pais ha hecho infinitos estragos, que no se sanarán en muchos años.

De esta suerte acabaron las sutilezas del mistisismo oriental con los buenos efectos de las primitivas iniciaciones: estas lograron formar los primeros vínculos de las sociedad-

des, y aquellas no podian menos de disolverlas. Desparramados los salvages por los bosques con sus mugeres y sus hijos, manteniéndose con el fruto de las encinas ó con la caza, eran hombres aunque no civilizados. Los ermitaños de la Tebaida envilecidos por el misticismo no eran seres humanos; y á mis ojos mas apreciable es el morador de las selvas de la antigua Germanía, que el de la ciudad de Oxirinco, poblada toda ella de monges y vírgenes. Sé muy bien que el *bonazo* Rollin, en su historia anti-filosófica, califica aquella ciudad de milagro de la gracia y honra del cristianismo; pero, en tal caso, el cristianismo es el oprobio de la humanidad. Introducir en las sociedades las dos plagas mas perniciosas que les pueden sobrevenir, la ociosidad y el celibato, no es perfeccionarlas sino destruirlas. La bienaventuranza de los cristianos es muy parecida á la ciudad de Oxirinco.

En vez de los claros varones que edificaron las ciudades, fundaron los imperios ó los defendieron á costa de su sangre; en vez de los ingenios eminentes, que se hicieron superiores á su siglo por sus vastos conoci-

mientos, por la invencion de las artes y por útiles descubrimientos; en vez de los caudillos de gentes populosas civilizadas por la moral y las leyes; en vez de los Orfeos y los Linos que pone Virgilio en su Elíseo, veo poblado el de los cristianos de frailes repletos, envueltos en burdos sayales de diferentes colores; de fundadores ó profesos de órdenes monásticas, cuya arrogante humildad aspira á los primeros puestos del cielo. Allí miro capuchinos con luengas barbas, sucios y hediondos pies, hábitos pardos y puercos, pero sobre todo las pesadas alforjas de los Metagirtos, atestadas de las limosnas sonsacadas al pobre; estafadores píos, cubiertos de los andrajos de la miseria, que han vendido el cielo por un plato de lentajas, y vienen á tomar asiento en él en pago de su avillanamiento, que nombran ellos humildad cristiana. Cabe ellos contemplo los hermanos doctrinos, que cifran su mérito en no saber nada, porque les han dicho que la ciencia es madre de la soberbia, y que la bienaventuranza es para los pobres de espíritu. ¡Que moral! ¡O vosotros Lino y Orfeo, quien os hubiera dicho que habia de ser un

dia motivo de ser escluido del Elíseo, donde os señaló Virgilio el primer lugar, el ingenio mismo que le creó, y que se achacaria á soberbia el vuelo de la imaginacion y la inteligencia, que quisisteis exaltar con ficciones que enardeciesen los ánimos sublimes! ¿No hemos visto en nuestro siglo á Voltaire precipitado al Tártaro, y á San Labro encumbrado al Elíseo? ¿Vosotros filósofos, que queriais perfeccionar la razon humana maridando la religion con la filosofía, hubierais presumido que el primer sacrificio que exigiese aquella, seria el de la misma razon, toda entera? Pues eso es lo que ha sucedido, y lo que sucederá todavía por espacio de muchos siglos despues del nuestro. El que creyere, dice la religion cristiana, será el único que se salve: luego será condenado y entregado á manos de las Furias el que no creyere. Pues el filósofo no cree, que examina y discurre; y el que discurre no merece tormentos eternos, ó bien es culpada la Divinidad que ha puesto un lazo al hombre, escondiéndole la verdad entre los sueños de la demencia y los milagros que repugnan á la sana razon. Mas no, todo cuan-

to aniquila ó desaira la razon, es culpa á los ojos de la Divinidad, porque la razon es la voz del mismo Dios. Pudiera yo preguntar á los legisladores que miraron la religion como medio de estrechar los vínculos de la vida social, inculcando al hombre las sagradas obligaciones de la familia y la humanidad, si se figuraban que habria una iniciacion cuyo caudillo dijese á sus discípulos: «¿Creeis que vine yo á traer paz á la tierra? Yo os aseguro que no, y que he traido la division; porque en adelante si hay cinco personas en una casa, estarán divididas unas contra otras, tres contra dos, y dos contra tres. El padre estará dividido del hijo, el hijo del padre, la madre de la hija, la hija de la madre, la nuera de la suegra, y la suegra de la nuera." Por desgracia han predicado nuestros sacerdotes tan horrorosa moral durante la revolucion, dividiendo todas las familias, y haciendo que patrocinasen su causa, mejor diré sus venganzas, cuantos podian ser útiles con sus escritos, su crédito, su dinero ó sus armas. Han persuadido á que abandonasen la causa de la patria y la libertad á todos cuantos

han tenido la flaqueza de escuchar sus sediciosas arengas. ¡Cuantas veces han resonado en sus cátedras de mentiras estas tremendas imprecaciones de su maestro: «Si viene alguno á mí, y no aborrece á su padre, su madre, su muger, sus hijos, sus hermanos, sus hermanas, y su propia vida, no puede ser discípulo mio!" ¡A cuantas atrocidades abre ancha puerta tan absurda moral! Durante la revolucion, ha sido la iglesia la armería de todos los delitos, cuyo gérmen habia fomentado la religion con su intolerante y esclusiva doctrina. Establecida como basa de una institucion la máxima de que se debe sacrificar á ella cuanto hay mas precioso en la naturaleza y en la sociedad, se disuelven á deshora los vínculos de la familia y el órden social, asi que lo exige el interes de los sacerdotes, que confunden ellos con el de los dioses. La moral mas sagrada es la moral pública, y si imaginaron los legisladores la religiosa, fue para dar vigor á aquella. La única disculpa de haber inventado las religiones, es que dicen que son necesarias para la conservacion de la sociedad: luego la religion, que de esta se divorcia, se

constituye su superior, se amotina contra sus leyes, y amotina á los ciudadanos; semejante religion es una plaga destrutora del órden social, que conviene estirpar de la haz de la tierra. Ese es el caso del catolicismo, cuya cabeza reputa sus mas fieles ministros aquellos que se arman contra la patria. Esos son sus validos; sea enhorabuena, pues enviémoselos, como la peste á su fuente. La ciega obediencia á un caudillo de enemigos, mas que se llame caudillo de la iglesia, es delito de lesa-nacion; y esa obediencia, la prescribe la religion. Examinando bien la serie de las rebeliones de los sacerdotes católicos romonos contra la autoridad nacional, fácilmente nos cerciorarémos de que no son un mero abuso, antes sí una necesaria consecuencia de la organizacion gerárquica de su religion. Esa es la que es mala, y la que es necesario mudar ó destruir. Guardemos miramientos con la plebe engañada, mas no seamos indulgentes con los que la engañan: que el oficio de embustero se debe desterrar de un pueblo libre. Acordémonos de los males que ha hecho la religion católica por medio de sus ministros y pontífices, de los des-

órdenes que en los imperios ha introducido por resistirse sus sacerdotes á la legítima autoridad, y veremos que no es un estravío momentaneo, ni un abuso de algunos pocos lo que está sucediendo en nuestro tiempo, sino la índole de la iglesia, que en todas partes quiere dominar, y en la doctrina de su propio evangelio encuentra el fundamento de su ambicion al lado de las máximas de humildad. En él se leen estas palabras: «Todo *cuanto ataréis* en la tierra *será atado* en el cielo, y todo *cuanto desataréis* en la tierra tambien *será desatado* en el cielo." ¿Con que obedece el cielo la voluntad del sacerdote, el cual tiene ambicion, porque es hombre sujeto á las pasiones de los demas hombres? Por aqui podemos apreciar la latitud de sus pretensiones y del señorío que en la tierra se atribuye. El sacerdote era quien ponia la diadema en las sienes de los reyes, y quien dispensaba á los pueblos del juramento de serles fieles. Lo propio hacian nuestros antiguos Druidas. La pérdida de esa colosal potestad es la que hoy lloran, y la reclaman en nombre de la religion, aunque la restablezcan sobre las cenizas del orbe abra-

zado. Mas yo espero que va á desaparecer esa potestad, como desaparecen todas las plagas que nunca son eternas, no dejando como el rayo otros vestigios de su existencia que un hedor infecto.

No hablaré aqui de los dogmas que se ciñen á establecer disparates morales, como el de la humildad cristiana. Sin duda que la altivez es un vicio y una tontería; pero el desprecio de sí propio no es virtud. ¿Que hombre de talento se cree por humildad un tonto, y quien se empeñará, por ser mas perfecto, en persuadir que es un necio á los demas? ¿Que hombre de bien tendrá de sí mismo por humildad la opinion que tiene de un bribon? Absurdo es este precepto, pues no es posible que llegue á tanto la ilusion. Quiso naturaleza que fuera la conciencia del hombre de bien la primera recompensa de su virtud, y la del malo el primer tormento de sus delitos. No obstante á esa humildad prometen el Elíseo; humildad que pone grillos al ingenio y sofoca el gérmen del talento eminente; que encubre al hombre su verdadera fuerza, haciéndole incapaz del generoso esfuerzo con que se aco-

meten las grandes acciones que le ilustran, y hacen glorioso el imperio que defiende ó gobierna. El verdadero héroe tendrá sin duda la modestia característica de los varones eminentes, mas no la humildad monástica que inculca la religion cristiana; única iniciacion en que hayan pensado en divinizar el apocamiento de ánimo, que no deja al hombre conocer lo que vale, y le envilece á sus propios ojos; porque la humildad cristiana, si es otra cosa que la modestia, es un disparate; y si no es mas que la modestia, se coloca en la categoría de aquellas virtudes cuya práctica han encomendado los preceptos de la antigua filosofía.

Lo mismo sucede con el precepto de abnegacion de sí propio, tan encomendado por esta religion, precepto cuya significacion no atino yo á adivinar. ¿Quiere decir que ha de renunciar el hombre de su propia opinion cuando es acertada, de su bienestar, de sus legítimos y naturales deseos, de sus afectos, de sus gustos, de todo cuanto con lícitos contentos contribuye á su felicidad en la tierra, para anonadarse en una religiosa ataxía; ó aconseja que no usemos de ninguna

de nuestras facultades intelectuales, y nos afanemos neciamente en practicar fantásticas virtudes, en una contemplativa exaltacion, y en los ejercicios de religion, tan gravosos para nosotros como inútiles para los demas? Mas dejemos que espliquen los doctores de esta secta un precepto de tan enigmática moral, y en sus dogmas examinemos no lo que se ciñe á ser absurdo, sino lo que acarrea consecuencias infinitamente peligrosas y nocivas para las sociedades civiles.

¿Hay mas detestable dogma que el que constituye á cada ciudadano un acerbo censor de la conducta de su vecino, mandándole que le trate como á un publicano, que es decir digno de la execracion de los demas, siempre que no obedezca á los consejos de la caridad cristiana, muchas veces mal entendida? Pues eso es lo que enseñan esos milagrosos libros que llaman evengelios, en que se nos manda que reprendamos á nuestro hermano, primeramente solo y sin testigos; si no nos escucha, que le denunciemos á la iglesia, esto es al sacerdote; y si no hace caso de la iglesia, que le tratemos como pagano y publicano. ¡Cuantos abusos se han

hecho de este consejo en las persecuciones públicas ó secretas, so color de religion y caridad cristiana, contra aquellos que han cometido alguna flaqueza, y con mucha mas frecuencia contra los que han tenido la suficiente filosofía para sobreponerse á las preocupaciones vulgares! Asi por apego á la religion y proselitismo mal entendido, se convierte el varon religioso en espía de las culpas agenas. Con pretesto de que se duelen de las flaquezas de los otros, las pregonan, las ponderan, son por caridad maldicientes y calumniadores; y muchas veces los pecados que á sus prójimos achacan, son actos de prudencia y razon que afean ellos con los mas odiosos nombres. ¡Cuanto mas vale el dogma de Fo, que manda á sus discípulos no meterse en las culpas agenas! Este precepto es hijo de la tolerancia social, sin la cual no pueden vivir felices los consocios, mientras que por principio de religion es intolerante el cristiano; y de esta intolerancia, que puede calificarse de constitucional de la organizacion de esta secta, se han engendrado cuantos males ha causado á las sociedades el cristianismo. Desde su cuna has-

ta nuestro siglo, es la historia eclesiástica una sangrienta escena de delitos cometidos en nombre de Dios contra la humanidad; y ambos mundos han sido y serán todavía por largos años atormentados de los rebatos de rabia religiosa, originados del dogma del evangelio, que dice que fuercen á entrar en la iglesia á quien se negare á ello. Este dogma ha causado la matanza de la jornada de San Bartolomé, las del Nuevo-mundo: este lanzó las teas que pusieron fuego á las hogueras de la inquisicion. Para probar cuan abominable secta es la cristiana, basta con pintarla como siempre ha sido desde la época de Constantino, que fué cuando empezó á tener poder bastante para perseguir, hasta la horrible guerra de la Vendea, cuyas chispas aun se encenderian de nuevo, si en este instante no comprimiesen los triunfos de los republicanos y su amor de la humanidad el fuego escondido bajo el manteo del sacerdote.

Si triunfaran los anti-constitucionales, viéramos mayores atrocidades y mas asesinatos cometidos en nombre de Dios por el sacerdocio, que cuantos nos cuenta el horrendo resúmen de la historia del cristianismo. ¡Y

todavía se empeñan en que haya religion y sacerdotes! Sin las medidas que contra estos se han tomado, se dejarian atras los sangrientos efectos de la *rabbia papale*, que en el décimo-cuarto siglo, cuando el cisma de Occidente, costó la vida á cincuenta mil infelices; la matanza de la guerra de los Husitas, en que perecieron ciento y cincuenta mil hombres; las de América, donde fueron degollados sus moradores á millones, solo porque eran hombres sin ser cristianos; la jornada de San Bartolomé y la horrible Vendea, porque querian escederse á sí propios en atrocidades. Bajando como fieras de los montes de Helvecia, corrian ya la Francia, llenándola toda de sangre y muertes en nombre del Dios de la paz. Pero indignado el genio de la libertad, ha repelido á los monstros hasta sus cavernas, donde fraguan nuevos delitos, en obsequio de Dios y la sagrada religion, que condena á muerte á todos cuantos no doblan la rodilla á su arrogante poderío. Quien no está por mí, está contra mí, dice su legislador; y el arbol que no produjere buena fruta, se debe cortar y echar al fuego.

Esos son los frutos de una moral que se les ha antojado á algunos llamar divina, como si hubiera otra moral divina que la natural. Yo digo, como su evangelio, que la debemos apreciar por sus frutos. No hay duda de que, como ya hemos dicho, contienen sus libros muchos principios de moral que aprueba la sana filosofía; pero no son máximas peculiares de dichos libros, pues son anteriores á la secta, y en todas las morales filosóficas y religiosas de los demas pueblos se encuentran. Lo que les pertenece son muchas máximas absurdas ó que traen peligrosas consecuencias; y creo que á nadie le ocurra codiciar semejante moral. Mi ánimo es refutar aqui un error comunmente admitido, conviene á saber, que si son disparatados los dogmas del cristianismo, es sana su moral; y eso es lo que yo niego, y lo que no es cierto si moral cristiana quiere decir la que es privativa de los cristianos, y no intitulan de cristiana la moral que sin ellos y antes de ellos se sabia, y que se han ceñido á adoptar, mejor diré á desfigurar, mezclándola con ridículos preceptos y estravagantes dogmas. Repito que nada de

cuanto hay bueno es de ellos, y todo lo malo ó ridículo de su moral les pertenece; esa es la moral única que se puede calificar de peculiar de los cristianos, puesto que tambien pudiéramos hallar su manantial ó su paralela en la de los faquíes de la India.

Este es uno de los principales inconvenientes de las religiones, que confunden todas las nociones naturales de justicia y de injusticia, de virtud y vicio, introduciendo en la moral, con título de religion, virtudes y pecados que no mienta el código de la naturaleza. Los Formosanos, que califican de delitos merecedores del infierno el robo, el homicidio y la mentira, colocan en la misma categoría el de no ir en cueros ciertos dias señalados; y el católico reputaria por tal el ir desnudo un dia cualquiera. En Turquía es pecado beber vino, y en Persia lo era ensuciar el fuego. Un Buhariano, que dijera que estaba Dios en el cielo, cometeria un pecado gravísimo. La misma confusion han introducido los cristianos en su moral, fraguándose vicios y virtudes que solo en su sistema religioso existen, y á que han atribuido premios ó castigos eternos. Sus

doctores han multiplicado infinitamente los delitos, abriendo á las almas mil caminos para el Tártaro. Segun ellos, todo pecado mortal mata el alma, y la hace objeto de la eterna venganza de una Divinidad implacable; y ya sabemos cuan grande es el número de pecados mortales en su código penal de las conciencias. El niño recien-nacido está condenado al Tártaro si no le echan agua encima. Apenas hay accion, pensamiento ó deseo, en materia de amor, que no sea pecado mortal; casi ninguna ceremonia prescrita por la iglesia se puede omitir, sin cometer un pecado acreedor al Tártaro; de suerte que por todas partes nos cerca la muerte del alma, si estamos dotados de alguna robustez de temperamento ó fuerza de razon: ¡y esa religion dicen que es la consoladora del hombre! El que es osado á comer carne el dia de la semana planetaria consagrado á Venus (porque de puro ignorantes que son los cristianos, todavía conservan el culto de los planetas), el que la come durante los cuarenta dias que anteceden al plenilunio posterior al equinoccio vernal, es condenado á los tormentos infernales.

El que no oye misa el dia del sol ó el domingo, tambien da muerte á su alma. El que sigue el irresistible impulso de la naturaleza que escita á la reproduccion, es lanzado al Tártaro, si no alcanza para ello licencia del sacerdote que ha renunciado del legítimo matrimonio por vivir en concubinato, y que todavía hoy dia anatematiza los matrimonios autorizados por la ley, cuando un sacerdote rebelde pertinaz contra las leyes de su patria no les ha estampado el sello de la religion, ó mas antes de la rebelion. Eso llaman en nuestro siglo la moral religiosa, indispensable para la conservacion de las sociedades, porque es necesaria, dicen, la religion.

No engullirse á Dios en su metamorfosis en oblea sagrada, á lo menos una vez al año, ó reirse de los tontos que hincados de rodillas y la boca abierta reciben de mano de un titerero el dios Pan, destinado á convertirse en dios *Sterculus*, y á ser echado á una hedionda cloaca; no ir á fiar sus galanteos de un capellan disoluto que está poniendo lazos á la castidad y la inocencia, son en el sistema de los católicos iniquidades dignas de muerte eterna, y no hay suficientes tormen-

tos en el Tártaro para castigar tan notorio desprecio de toda religion: eso se llama abominaciones segun el sistema religioso; eso se castiga en los infiernos, que es decir que se castiga el que ha tenido suficiente juicio para reirse de los disparates de los otros; de suerte que la impostura y la credulidad conducen al Elíseo, la razon y la sabiduría nos despeñan en el Tártaro. Nótese que aqui no se trata de meros consejos evangélicos dados á las almas privilegiadas, sino del derecho comun que rige rigorosamente á todos los fieles. Esto llaman la religion de nuestros abuelos, en que quieren vivir y morir, y sin la cual no se puede esperar órden ni felicidad en las sociedades. El delito enorme de la revolucion es que ha querido echar por tierra ese vasto edificio de impostura, á cuyo abrigo han reinado pacíficamente todos los vicios y todos los abusos. Por eso se ha armado el fanatismo contra la libertad republicana; esa es la primitiva fuente de todas nuestras desgracias; esa en fin la religion de la *gente decente*, que es decir de los que nunca la han tenido, y que miran este nombre como el santo dado

ra cometer los mas horrendos delitos.

El mismo espíritu que ha abusado de la denominacion de culpa, atribuyéndola á las mas sencillas y mas inocentes acciones, ha creado virtudes fantásticas que se han colocado en la propia categoría que las verdaderas; y no pocas veces han conseguido la preeminencia, como ya dejamos dicho. De aquí ha provenido una confusion de todas las cosas, que ha pervertido la verdadera moral, sustituyendo en su lugar otra facticia con título de moral cristiana. En breve ha creido la plebe que las obras de devocion eran virtudes, ó equivalian á estas, y no ha hecho aprecio de las virtudes sociales figurándose que le bastaban las religiosas; de suerte que la moral religiosa ha destruido la natural.

A sus bonzos atribuyen los Chinos la corrupcion de la sana moral en su pais; porque los bonzos han sustituido ceremonias supersticiosas al cumplimiento de las verdaderas obligaciones. La plebe dió crédito á aquellos embusteros, que les daban esperanzas de todo género de felicidades en este mundo y el otro, y se fió de sus prestigios,

dicen los escritores chinos, creyendo que satisfacia asi todas sus obligaciones. ¡Cuantos hay entre nosotros que porque nunca faltan á oir misa, y se confiesan á menudo, se creen asentos de las obligaciones que prescriben la moral pública y la vida social! ¡Cuantos que porque obedecen á los sacerdotes, se reputan con dispensa de obedecer á la patria, respetar á los magistrados, y á quienes darian por pecado esos mismos sacerdotes el cumplimiento de las leyes de su pais! tan fácil es estragar la moral so color de religion. Me dirán que todo esto es un abuso que hace la plebe de la religion, y que no sale de los límites de la clase mas ignorante. Bien puede ser; pero esa es la clase mas numerosa, esa la que dicen que necesita una religion, y la misma que abusa de ella. Mas no, no es solo la plebe la que califica de virtudes las obras religiosas; que muchas veces han hecho lo mismo los caudillos de las sociedades. Continuo se estan holgando los obispos de Mingrelia, viviendo en banquetes y regocijos torpes; pero se abstienen de comer carne ciertos dias, y se creen dispensados de toda obra virtuosa, y

absueltos de sus pecados con dar limosna á una imágen. Luis XV, el mas lascivo de los reyes de Francia, era naturalmente religioso, y oia misa todos los dias; y Luis XI cometia los mayores delitos encomendándose á una imágen de la Vírgen.

Los cristianos de Armenia cifran en el ayuno toda su religion. Nuestros menestrales se emborrachan asi que salen de misa, y pasan el domingo en desórdenes y disolucion. Los Persas tienen por la parte mas esencial de su culto las abluciones legales, y nunca se les cae de la boca la máxima de su profeta: «La religion se funda en la limpieza, y la mitad de la religion consiste en ser muy aseado." En la religion musulmana, se reputa fiel creyente el que lleva los vestidos y el cuerpo limpios, hace oracion cinco veces al dia, ayuna el mes de Rahmazan; y va en romería á la Meca.

En su historia de Dinamarca, nota con mucha razon Mallet que por lo comun miran los hombres la moral como una parte accidental de la religion. En la de los cristianos han introducido la absurda distincion de las virtudes humanas y las religiosas; y las úl-

timas, que son unas virtudes fantásticas, siempre son las preeminentes. Cipion, Caton y Socrates solo tuvieron virtudes humanas, y los grandes hombres del cristianismo poseian las religiosas. ¿Y quien son esos *grandes hombres*, esos *héroes* del cristianismo, que por dechado nos proponen? Ni siquiera un varon ilustre por virtudes verdaderamente sociales, por su amor del bien público, por útiles descubrimientos, por las prendas personales que caracterizan el buen padre, el buen marido, el buen hijo, el buen hermano, el buen amigo, el buen ciudadano; ó si por acaso posee alguna de esas virtudes, son cosas accidentales en su panegírico. Lo que de él encomian, son las austeridades, las abstinencias, las mortificaciones, los ejercicios píos ó mas bien supersticiosos; su mucho zelo por la propagacion de su desatinada doctrina, y su olvido de todo por seguir su manía. Esos son los que se llaman santos ó perfectos en esta secta. Para cerciorarse de esta verdad, basta con hojear la vida de los pretensos Santos. ¿Que son los mas de ellos? Unos entusiastas, unos fanáticos ó simples, que á poder de religion han perdi-

do el sentido comun, y como los faquíes de la India que son sus maestros, engañan la plebe con tretas de saltimbanqui, como Simeon el estilita que se mantuvo en un pié encaramado sobre una coluna por espacio de veinte años, y creyó por ese medio ganar el cielo. Me daria vergüenza acotar mas ejemplos de las sublimes virtudes que merecen la apoteósis de los cristianos; pero ruego á los que tuvieren curiosidad y tiempo para leer las paparruchas de los héroes del cristianismo, que se armen de paciencia, y los reto á que me citen uno ó dos santos cuyas pretensas virtudes puedan merecer la aprobacion, no diré de un filósofo, sino de un sugeto de mediana razon.

Asi se ha encontrado todo fuera de su quicio en la moral, y han usurpado el puesto de las virtudes reales los desatinos y las mas estravagantes acciones, al paso que las mas inocentes se han transformado en culpas, resultando de aqui una indecible confusion de ideas de bien y mal moral. Si es tan culpado el que da el nacimiento á un hombre sin pedir licencia para ello al sacerdote, el cual á ninguno se la pide, ni consulta mas

que su apetito para lo mismo, como el que le destruye con hierro ó veneno, son el amor y el homicidio delitos iguales á los ojos de la naturaleza, la razon humana, y la justicia divina. Si el que come carne, ó no ayuna el dia de Venus que precede á la fiesta equinoccial del sol de primavera, es condenado á pena perdurable en el Tártaro, junto al que mató á puñaladas á su padre ó su madre, comer ciertos manjares en ciertos dias es tamaño delito como el parricidio; pues son pecados uno y otro que dan la muerte al alma y merecen tormentos eternos. ¿Quien no vé que tan estravagante amalgama de ridiculeces y virtudes, de gustos que permite la naturaleza y delitos que proscribe, redunda necesariamente en menoscabo de toda moral, y espone las mas veces al varon religioso á equivocarse cuando le retratan cosas de tan diferente naturaleza con los propios colores? Entonces se forma él una conciencia errónea, y escrupuliza tanto quebrantar un mandamiento absurdo, como si quebrantase la ley mas inviolable y sagrada para todo sugeto honrado y virtuoso.

Una sola consecuencia se deberia sacar

del dogma ó creencia de los premios y castigos de la otra vida, que es la necesidad de ser virtuoso; mas no se han contenido aqui, que se han imaginado que con ritos religiosos, con romerías, con penitencias que ciertamente no son virtudes, podrian evitar los castigos y merecer los premios de la vida venidera; y por eso se les figuran á los hombres tan importantes esas obras supersticiosas, como se les debieran figurar las verdaderas virtudes y las prendas sociales. Demas, la multitud de obligaciones que les prescriben, debilita sus vínculos y les precisa á veces á equivocarse. Si no son ilustrados, casi siempre se engañan, midiendo el valor de las acciones por lo que les han dicho los sacerdotes; de suerte que es muy temible que la plebe (porque la plebe es la que está mas adicta á la religion), si una vez se desentiende de las obligaciones que le han dicho que eran sagradas, quebrante no menos una prohibicion injusta y ridícula, que otra que no lo sea, confundiendo en una misma inobediencia cuantas leyes ha mandado observar el legislador bajo iguales penas, y se crea esenta del ejer-

cicio de las virtudes que llaman humanas, esto es de las verdaderas virtudes, por haber abandonado las religiosas que tenian un carácter sagrado, esto es unas vanas sombras. Sin duda podrá pensar que el que le vedó como delito lo que exige y parece que legitima la imperiosa necesidad de la naturaleza, tambien la ha engañado vedándole lo que reprueba la moral natural; y que si no son atrocidades los fuegos del amor, tan inocentes como ellos son los de la ira, pues ambos los inflama el temperamento. Es temible que le parezca tan opuesta á los derechos de la naturaleza que ha puesto á todos los hombres en posesion de la tierra y sus frutos, la prohibicion de robar el pan á otro en todo caso, aun cuando le obligue á ello la necesidad, como la de comerse en ciertos dias el suyo propio, aun cuando tenga hambre, es contraria al sentido comun y á la salud. Acaso parará en creer que no son mas fundadas las amenazas del infierno contra los que cometen el primer delito, que contra los que se hacen reos del segundo; y que pues la engañan el legislador y el sacerdote en una cosa, tambien la pueden engañar en

dos. Como no la han dejado que discurra acerca de la legitimidad de las prohibiciones á que la han sujetado, y la naturaleza de las obligaciones que le han cargado, y como no tiene mas regla que una fe ciega, asi que deja de ser crédula, casi siempre deja de ser virtuosa, porque nunca se ha servido de la antorcha de la razon para alumbrar sus pasos y arreglar su conducta, habiéndose acostumbrado á buscar fuera de su propio convencimiento las fuentes de la justicia y la moral. Luego que no cree la plebe en el infierno, tampoco da crédito á la moral que habian fundado en el miedo de aquel; y deja de creer, si le dicen que son pecados las acciones mas inocentes y mas naturales. Como se ha de condenar por toda la eternidad, por haber quebrantado los ridículos preceptos de los sacerdotes, poco le importa cumplir con las otras obligaciones que le prescribe el legislador, porque ya está fallada su sentencia á muerte eterna, y la aguarda el infierno como una presa que no se puede zafar de él.

Bien sé que me responderán que no es irrevocable ese fallo, y que ha puesto la re-

ligion sus esperanzas en el arrepentimiento, la confesion del pecado y la divina misericordia, que obediente á la voz del sacerdote absuelve al pacador y le exime del remordimiento. Confieso que ese remedio contra la desesperacion le inventaron los antiguos mistagogos; pero digo que es peor que la enfermedad la medicina, y que el poco fruto que de la iniciacion se podia sacar, se ha perdido con esos nuevos específicos inventados por la embaiduria religiosa.

Esos ritos de espiacion, destinados á hacer que se olviden los dioses de los delitos de los hombres, fueron causa de que los echaran en olvido los delincuentes, y colocado el remedio tan inmediato á la dolencia dispensó del afan de evitarla. Poco reparaba en manchar la ropa de inocencia el que tenia á la mano el agua lustral que la habia de purificar, pues saliendo el alma del baño sacro, era restituida á toda su primitiva pureza. Tan maravillosa eficacia tienen el bautismo y la penitencia, que es el segundo bautismo de los cristianos: por eso vemos tantos cristianos cometer las mayores maldades, porque para volver á la gracia les basta con-

fesarse y comerse la oblea blanca consagrada. Asi que les ha echado la absolucion el sacerdote, se figuran ellos que son acreedores á la noble confianza en sí propios, caracter del varon irreprensible.

Los Madecasos creen que para alcanzar el perdon de sus culpas, les basta con meter una moneda de oro en un vaso de agua, y beberse luego esta. De esta manera, so color de perfeccionar al hombre, le ofrece medios la religion para ahogar los remordimientos que hizo la naturaleza inseparables del delito, y le convida al vicio con la esperanza de recobrar, cuando él quiera, la inocencia, y participar de las halagüeñas recompensas con que le brinda, con tal que cumpla con ciertas formalidades religiosas.

Bien lo conoció asi el sabio Socrates, cuando nos pinta al inicuo que pierde el miedo á los suplicios del Tártaro, diciendo que en la iniciacion hay medios seguros para eximirse de ellos. Nos atemorizan, dice el apologista de la injusticia, con el miedo de los tormentos del infierno. ¿Pues quien no sabe que en las iniciaciones tenemos remedios contra ese miedo, siendo aquellas un consuelo

eficacísimo, pues nos enseñan que hay dioses que nos eximen de las penas merecidas por los delitos? Sin duda que hemos cometido injusticias, pero que nos han valido dinero. Nos dicen que se dejan cohechar los dioses con preces, sacrificios y ofrendas; pues los frutos de nuestros hurtos nos darán con que aplacarlos. ¡Cuantos establecimientos religiosos, cuantos conventos fundaron nuestros abuelos movidos por la misma opinion! ¡Cuantos edificios sacros que son debidos á horrendos delitos que han querido borrar unos bandidos que habian grangeado opulentas riquezas ó altos cargos, partiendo con los sacerdotes de la Divinidad los despojos de los desvalidos! Asi querian que se perdiera entre los hombres la memoria de sus iniquidades con dotaciones pías, con las que creian que los mismos dioses se olvidarian de las maldades que debian vengar. En tal caso ya el foragido no es reputado tal por los cristianos.

Preguntáisme, Señor, por que misterio
Ha fundado Crispin un monasterio.....
Es santo, es en piedad varon profundo,
Que paga á Dios lo que ha robado al mundo.

BOILEAU, *sát. 9. vers.* 163.

Para alcanzar perdon de sus delitos, fundaron nuestros reyes infinidad de iglesias y monasterios, creyendo que se cifraba la justicia cristiana en edificar templos y mantener frailes, dice el abate Velly.

Todas las religiones han tenido lustraciones, indulgencias y espiaciones, que tenian la pretensa eficacia de que se olvidaran los dioses de los delitos de los mortales; por consiguiente de escitar á estos á cometer otros, quitándoles el miedo que les podia infundir la ficcion del Tártaro.

Orfeo, que se habia hecho dueño de todos los ramos de la embaiduría religiosa para guiar con mas seguridad á los hombres, habia imaginado medicinas para el alma y para el cuerpo, con corta diferencia tan eficaces unas como otras; porque entonces se podian poner en la misma línea los médicos del cuerpo y el alma, Orfeo y Esculapio. Lo mismo son en moral las abluciones, las ceremonias espiatorias, las indulgencias, las confesiones y los *agnus dei*, &c. que los talismanes en medecina. Estos dos específicos que salen de la propia fábrica solo á los tontos alucinan, y solo la fé les puede dar cré-

dito. Orfeo era tenido en Grecia por inventor de las iniciaciones, de las espiaciones de los delitos graves, y del secreto de neutralizar el efecto de la saña de los dioses, y sanar las dolencias del cuerpo. Inundada estaba la Grecia de una multitud de rituales atribuidos á Orfeo, como atribuian los Judíos á Moises los suyos, y que prescribian la forma de las espiaciones. Por desgracia para la humanidad, se persuadieron no solo particulares, mas ciudades enteras, que era posible purificarse de sus delitos y eximirse de los castigos con que amenazaba la Divinidad á los culpados, con sacrificios espiatorios, iniciaciones y fiestas; y la religion brindaba con estos remedios á los vivos y á los muertos en lo que llamaban *teletes* ó misterios. De aquí resultó que con pretesto de iniciar la plebe y librarla del lago fatal, le sonsacaron su dinero los sacerdotes de Cibeles, los de Isis y los orfeotelestas, como hacen nuestros capuchinos y demas frailes mendicantes, porque la plebe siempre ha sido víctima de las socaliñas del sacerdocio, y la credulidad vulgar el mas pingüe mayorazgo de este.

En Demostenes vemos que se mantenia con este oficio la madre de Esquines, juntando los beneficios que de él sacaba con la paga de sus prostituciones. Cuando pinta Teofrasto el caracter del supersticioso, nos le representa como nuestros devotos escrupulosos que se confiesan á menudo, y nos dice que no se descuida en visitar todos los meses á los sacerdotes de Orfeo, que le inician en sus misterios adonde lleva á su muger y sus hijos.

En la puerta de la mezquita de Aly, en Mesehed-Aly, hay unos derviches que ofrecen á los peregrinos sus oraciones por una corta cantidad de dinero, atisbando al pobre crédulo y supersticioso para dejarle sin blanca en nombre de la Divinidad; y lo mismo hacen nuestros rezadores de evangelios. En Oriente los clérigos cristianos dicen el evangelio poniendo la mano encima de la cabeza á los Musulmanes enfermos, si les pagan; porque cuando están malos los Orientales se encomiendan á los santos de todas las religiones.

En la China basta la invocacion de Omito para purificar de los mas graves delitos,

y por eso á los Chinos de la secta de Fo nunca se les caen de la boca las palabras *O-mito-Fo*, por cuyo medio pueden redimir todas sus culpas; y asi se dejan arrastrar de sus pasiones, porque están ciertos de lavarse con tan poco trabajo de todas sus manchas. Mucho estraño que el misionero jesuita que cuenta estos hechos, no haya reparado que nuestros actos de contricion, y nuestro *peccavi nimis*, tienen la misma virtud. Pero todos vemos la paja en el ojo ageno, y no la viga en el nuestro.

Los Indios están persuadidos á que cuando se muere un enfermo pronunciando el nombre de Dios, y repitiéndole hasta exhalar el postrer aliento, se va derecho al cielo, especialmente si tiene en la mano la cola de una vaca.

Todas las mañanas leen los Bramas la milagrosa historia de *Gosjendre Mootajam*, y enseñan que el que la leyere todos los dias, alcanzará el perdon de sus culpas. Asi los malvados quedan absueltos á poca costa. Tambien tienen ciertos lugares que se reputan santos, y los que mueren yendo á ellos en romería gozan la misma gracia. Ciertas aguas

tienen la virtud de purificar de las manchas del alma, como las del Ganges. Ahí tenemos nuestro Jordan y nuestras pilas bautismales.

Dice Biache, uno de los interlocutores del Ezurvedam, que en el pais llamado Magnodechan hay un lugar sagrado donde basta con hacer una ofrenda para librar á sus progenitores del infierno.

Los Indios creen las cosas mas estravagantes del arbusto llamado *tuluschi*. Con verle basta para alcanzar el perdon de sus pecados, y con tocarle para quedar purificado de todas sus manchas.

Todas esas opiniones y esas prácticas establecidas por las varias religiones y acreditadas por los sacerdotes, con apariencia de consolar al culpado, han estragado la moral natural, la única verdadera, destruyendo la eficacia que atribuian á las instituciones religiosas, con especialidad á la fábula del Tártaro y el Elíseo; porque debelita la moral quien acalla la imperiosa voz de la conciencia, y ese es el funesto resultado de la confesion y de la eficacia que le suponen. En el corazon humano ha estampado la naturaleza sus sagradas leyes, que nadie puede

quebrantar sin que le atormente el torcedor de la conciencia: vengador secreto que nunca se aparta del culpado. La religion ahoga este gusano roedor, haciendo creer al delincuente que se ha olvidado la Divininidad de su delito, y que la confesion que de él ha hecho arrodillado á las plantas de un sacerdote embustero, le reconcilia con el cielo que tenia ofendido. ¿Que malvado temerá su conciencia, cuando le ha absuelto el mismo Dios?

No es muy seguro vínculo de amistad la facilidad de reconciliarse, ni teme mucho cometer culpas el que está cierto del perdon de ellas. Decia el poeta árabe Abu Naovas á Dios: «Señor, nos hemos dado á cometer culpas, porque viamos que al punto eran perdonadas.» Efectivamente el remedio inmediato al mal quita el temor de este, y es otro mal mas funesto.

Ejemplo palpable de lo que hemos dicho nos ofrece la plebe que se confiesa muy á menudo sin enmendarse por eso, y se olvida de sus pecados asi que sale del confesonario del pretenso celador de las conciencias. El que se descarga á los pies del sacerdote

del peso del remordimiento que acaso le hubiera abrumado toda su vida, en breve disfruta la serenidad del hombre de bien, zafándase del único suplicio que puede ser castigo de los delitos ocultos. ¡Cuantas atrocidades son hijas de la funesta esperanza de un *Señor*, *pequé*, al fin de una vida llena de horrores y torpezas, con el cual se gana la eterna bienaventuranza! La esperanza en la misericordia de Dios es perpetuo contrapeso del temor de su justicia en los ánimos culpados, que aplazan para la hora de la muerte el volver á la virtud, esto es que se apartan de los delitos cuando van á verse imposibilitados para siempre de cometerlos, y la absolucion del sacerdote los libra, segun ellos creen, de los castigos que merecian sus maldades. Semejante institucion es en estremo nociva, pues suelta el freno real que puso la naturaleza al delito, sustituyéndole otro facticio cuya eficacia toda la destruye ella propia.

A la conciencia del hombre de bien compete el premio de sus virtudes, y á la del inicuo el castigo de sus maldades. Esos son el verdadero Elíseo y el verdadero Tártaro

criados por la misma naturaleza. Agravio es de esta querer retocar su obra, y mucho mayor absolver á un reo y eximirle de los suplicios con que le atormentan en secreto sus perpetuos remordimientos.

Tambien tenian las antiguas iniciaciones sus tribunales de penitencia, donde oia un sacerdote con nombre de Koes la confesion de las culpas que se debian espiar. Confesando uno de aquellos miserables embusteros al famoso Lisandro, le molestaba con imprudentes preguntas. Díjole Lisandro: *¿Hablas en tu nombre ó en el de la Divinidad? En el de la Divinidad*, le respondió el Koes. *Pues retírate, hombre*, replicó Lisandro; *que si ella me pregunta yo le diré la verdad.* Esa respuesta debiera dar todo sujeto cuerdo á nuestros modernos Koes ó confesores, que se venden por órganos de la misericordia y justicia divina, si puede un sujeto cuerdo presentarse á esos espías de las conciencias, que se valen de la religion para abusar mas de nuestra flaqueza, tiranizar nuestra razon, ingerirse en nuestros asuntos domésticos, corromper á nuestras mugeres y nuestras hijas, averiguar los se-

cretos de las familias, y no pocas veces enemistarlas para dominarlas ó estafarlas.

Verdad es que no abusaron tanto de esta especie de remedios los antiguos como nosotros, y que habia ciertos delitos privados del beneficio de la espiacion, y abandonados á los remordimientos y á la perdurable venganza de los dioses. Efectivamente no hay cosa mas comun en los antiguos que el epiteto de irremisibles, aplicado, á ciertos delitos, y el de culpas inespiables. Eran espelidos del santuario de Eleusis los homicidas, los bandidos, los traidores á la patria, y todos cuantos habian cometido horribles atrocidades, y por consiguiente escluidos del Elíseo, y sumidos en el negro lago infernal. Habia purificaciones para el homicidio, pero para el que habia sido involuntario ó forzoso. Cuando cometian un homicidio los héroes antiguos apelaban á la espiacion; y despues de los sacrificios que esta requeria, vertian en la mano del culpado el agua destinada á purificarle, volviendo desde aquel instante al gozo de la sociedad y á disponerse para nuevas lides. Hércules se purificó despues de la muerte de los Centau-

ros. Pero con aquellas espiaciones no se lavaban todas las manchas. Los atroces delincuentes eran acosados toda su vida del temor de los tormentos del Tártaro, ó solo á fuerza de virtudes ó acciones loables podian resarcir sus delitos, no teniendo eficacia las purificaciones legales para restituir á todos las alagüeñas esperanzas peculio de la inocencia. Neron no se atrevió á presentarse en el templo de Eleusis, cuya entrada le vedaban sus maldades. Constantino, amancillado con atrocidades de todos géneros, bañado en la sangre de su esposa, reo de mil perjurios y asesinatos, se presenta á los sacerdotes paganos para que le absuelvan de tamañas iniquidades; y estos le responden que de las varias espiaciones conocidas no hay una sola que tenga virtud para borrar tantos delitos, ni religion ninguna cuyos socorros basten para aplacar la justicia de los dioses que tan ofendidos tiene; y Constantino era emperador. Un adulador de los de palacio, que vé su desasosiego y la agitacion de su ánimo despedazado por el remordimiento que no puede acallar, le dice que no es insanable su dolencia; que en la religion

de los cristianos hay purificaciones que espian todas las iniquidades, sea cual fuere la especie y multitud de estas; que es una de las promesas de dicha religion, que aquel que la abrazare, por mas impío y perverso que fuese, puede esperar que al punto tendrán perdon sus delitos. Sin dilacion se declara Constantino protector de una secta tan propicia á los mas perversos; porque él era uno de estos, y queria alucinarse y sofocar sus remordimientos. Segun algunos autores, no se quiso bautizar hasta la hora de la muerte, para tener entonces un remedio que lavase las manchas de una vida empleada toda ella en cometer maldades. Eleusis cerró sus puertas á Neron: los cristianos le hubieran admitido en su seno, si hubiera abrazado su religion. Dicen que fue Tiberio uno de sus protectores, y es estraño que Neron no lo haya sido. ¡Que horrible religion la que cuenta entre sus iniciados á los mas despiadados tiranos, absolviéndolos de sus atrocidades! ¡Con que si hubiera sido cristiano Neron, si hubiera amparado la iglesia, hubiera sido canonizado Santo! ¿Y por que no? Santo es Constantino tan malo como él. En

Roma, el siglo nono, mentaban su nombre cuando se celebraban los misterios. En Inglaterra se fundaron varias iglesias con su advocacion. Este mismo San Constantino mandó edificar un lupanar en Constantinopla, donde se habian reunido todos los mas torpes placeres de la mas esquisita lascivia. Esos son los Santos que acata la religion cristiana cuando la favorece el delito poderoso. Nunca habrian absuelto á Neron la razon y la naturaleza, mas le habria absuelto esta religion si hubiera pedido el bautismo; porque es sabido que con el bautismo se borran todas las iniquidades, y se reviste de la ropa de inocencia el que le recibe. Sofocles dice en su Edipo, que no bastarian todas las aguas del Danubio y el Fasis para lavar los delitos de la familia de Layo, y hubiera bastado con una gota del agua del bautismo. ¡Que horrible institucion! Hay ciertos monstruos que se deben abandonar á los remordimientos y al terror que infunde una conciencia culpada. La religion que disipa los temores de los atroces malvados, es cebo del delito y una de las mas funestas plagas morales y políticas: por tanto debe-

mos librar de ella la tierra. ¿Quien fue el loco que imaginó una iniciacion que tantos llantos y tanta sangre tiene de costa al mundo, para enseñar á sus iniciados que murió Dios por absolver al hombre de todos los delitos, y darle remedios contra los saludables temores con que asusta la naturaleza á los delincuentes inicuos? Pues ese es en resúmen el blanco y el fruto de la muerte del soñado héroe de esta secta. Confesemos que si hubiera un Tártaro, deberian estar en él tan pestilentes doctores.

CAPITULO XII.

Sucinta esplicacion de una obra apocalíptica de los iniciados en los misterios de la luz y el Sol, adorado bajo el símbolo del cordero de primavera ó el carnero celeste.

Si hasta aquí nadie ha entendido el libro intitulado *el Apocalipsis*, consiste en que se han empeñado en considerarle como una profecía de lo por venir, que ha esplicado cada uno á su modo, y que ha significado cuanto se ha querido, esto es cosas muy dis-

tintas de las que en dicho libro se contenian. Toda cuanta fama tenian ya grangeada Neuton y Bossuet, ha bastado apenas para que no se achacasen á locura las inútiles tentativas que hicieron para esplicarle. Ambos se fundan en la falsa hipótesis de que es libro inspirado. Ahora que es cosa sentada entre todos los hombres de juicio, que no hay libros inspirados, y que todos ellos son parto ó de la sabiduría ó de la necedad humana, analizaremos el Apocalipsis por los principios de la ciencia sagrada, y por la notoria índole de la mistagogia de los Orientales, siendo esta obra una produccion suya.

Los discípulos de Zoroastro ó los Magos á quienes han debido sus principales dogmas los cristianos, como hemos dicho en nuestro capítulo acerca de la religion cristiana, enseñaban que los dos principios Ormuzd y Ahrimanes, caudillos, aquel de la luz y el bien, este de las tinieblas y el mal, tenia cada uno bajo su mando genios subalternos ó ángeles, y secuaces ó pueblo que gobernaba, y que se peleaban en este mundo y destruian recíprocamente sus obras; mas al cabo habia de ser vencida la gente de Ahrima-

nes, triunfando el dios de la luz con los suyos. Entonces volverian los bienes y los males á su principio, y habitaria cada caudillo con su pueblo, uno en la luz primitiva, y otro en las primitivas tinieblas de donde habian salido. Por tanto habia de llegar el tiempo señalado por los destinos, dice Teopompo, que Ahrimanes, despues de producir la hambre y la peste, fuese totalmente destruido. Entonces allanada la tierra seria la mansion de los bienaventurados, que vivirian bajo una misma ley, vestidos de cuerpos diáfanos, y gozando una felicidad inalterable bajo el cetro de Ormuzd ó el dios de la luz.

Quien leyere el Apocalipsis, se convencerá de que esta idea teológica es el fundamento de toda la obra. Cuantas misteriosas circunstancias la envuelven, son el desarrollo de este dogma único, puesto en accion y como en escena en los santuarios de los iniciados en los misterios de Ormuzd ó la luz. Toda la decoracion teatral y milagrosa está sacada de las imágenes del cielo ó las constelaciones que presiden á las revoluciones del tiempo y ornan el mundo visible, de cu-

yas ruinas va á sacar la vara prodigiosa del sacerdote el mundo luminoso adonde irán los iniciados, ó la Tierra santa y la Jerusalen celeste. A media noche, dice el iniciado en los misterios de Isis, me pareció que lucia el sol con un resplandor mas puro; y habiendo pisado los umbrales de Proserpina y atravesado los elementos, me encontré en presencia de los dioses.

En los misterios de Eleusis, daban á los iniciados el gozo anticipado de su felicidad futura, y una idea del estado á que con la iniciacion se encumbraba el alma despues de la muerte. A las densas tinieblas en que le tenian un rato, que eran imágen de las de esta vida, se seguia una refulgente luz que á deshora le bañaba en su resplandor, y le descubria la efigie del dios en cuyos misterios le iniciaban. Aqui la Divinidad principal es el cordero, cuya imágen se repite en toda esta obra apocalíptica, y que preside á la ciudad celeste, que tiene como el zodiaco doce divisiones, á cuya cabeza está *Aries* ó el cordero. A eso se reduce todo el libro del Apocalipsis. Para cotejar sus lineamentos con los de la esfera, y analizar menuda-

mente las varias escenas que presenta, se necesita la esplicacion que de él hemos dado en nuestra obra grande y el planisferio anexo á esta. Aqui nos ceñiremos á un breve resúmen, que bastará para que se forme idea el lector de la correspondencia de las escenas del Apocalipsis con las del cielo y sus divisiones.

Dos cosas nota desde luego un lector atento; una es que el autor repite á cada paso en su libro los números siete y doce, números sagrados en todas las teologías, porque son los de dos grandes divisiones del mundo, la del sistema planetario, y la del zodiaco ó los signos, que son los dos principales instrumentos de la fatalidad, y las dos basas de la ciencia astrológica que presidió á la composicion de esta obra. Veinte y cuatro veces está repetido el número siete, y catorce veces el número doce.

El sistema planetario está indicado sin rebozo ninguno con un candelero de siete mecheros, ó con siete candeleros y siete estrellas, que lleva en la mano un genio luminoso semejante al dios principio de luz, ó á Ormuzd que adoraban los Persas. Con es-

te emblema se figuraban los siete vastos cuerpos celestes en que se reparte la luz increada, y en cuyo centro resplandece el sol su principal foco. El ángel del sol, en figura de un genio de luz refulgente, se aparece á Juan y le descubre los misterios que ha de revelar á los iniciados. Los mismos autores cristianos y judíos nos dan esta esplicacion de los siete candeleros que representan la propia idea cosmogónica, indicada con el símbolo del candelero de siete mecheros que habia en el templo de Jerusalen. Clemente, obispo de Alejandría, afirma que el candelero de siete mecheros en medio del altar de los aromas figuraba los siete planetas. A cada lado habia tres mecheros, cada uno con su lámpara; y en medio la lámpara del sol, en el centro de los otros seis mecheros, porque colocado este astro en medio del sistema planetario, comunica su luz á los que están debajo y encima de él, en virtud de las leyes de su divina y armónica accion. La misma esplicacion dan Josefo y Filon, autores judíos.

Eso mismo representaban los siete recintos del templo, y esos son los siete ojos del

Señor, denotados con los siete espíritus que están sobre la vara que brota de la raiz de Jesé, sigue diciendo Clemente Alejandrino. Nótese que dice el mismo autor del Apocalipsis, que los siete cuernos del cordero son los siete espiritus de Dios, y que por consiguiente representan el sistema planetario, al cual da su impulso *Aries* ó el cordero, que es el primero de los signos.

En el monumento de la religion de los Persas ó de Mitras tambien se ven siete estrellas destinadas á figurar el sistema planetario, y junto á cada una el atributo característico del planeta representado por la estrella. De suerte que el autor del Apocalipsis usa aqui un emblema admitido para indicar el sistema armónico del universo, en cuyo santuario introducia la iniciacion al hombre, como dejamos dicho en el capítulo de los misterios.

Mas nos cercioraremos de esta verdad, si atendemos á que el mismo emblema significaba siete iglesias, y la primera era Efeso, donde adoraban el primer planeta ó la luna, con nombre de Diana.

Despues del sistema planetario, nos pre-

senta el mistagogo la escena del cielo de las fijas y las cuatro figuras celestes colocadas en los cuatro ángulos del cielo, segun el sistema astrológico. Estas cuatro figuras eran el Leon, el Toro, el Hombre del Acuario y el Aguila, que dividian el zodiaco en cuatro partes, ó de tres en tres signos, en los puntos de la esfera llamados fijos y sólidos. Las estrellas que á dichos puntos correspondian, se llamaban las cuatro estrellas regias.

En los misterios de Mitras, ademas de las siete puertas destinadas á representar los siete planetas, habia la octava que correspondia al cielo de las fijas. Por eso dice el autor del Apocalipsis, que vió en el cielo una puerta abierta, y le brindaron á subir á ella para ver los acontecimientos que habian de suceder en el tiempo venidero. De aquí se colige, segun los principios de la astrología ó la ciencia que revela lo que astá por venir, que despues de habernos puesto delante el autor el sistema planetario bajo el emblema de siete candeleros, ha debido figurarnos luego el octavo cielo y el zodiaco, que junto con los planetas revela los pretensos secretos de la adivinacion. El mistagogo

no hace aquí otra cosa que lo que haria un astrólogo, que se vendiese por aquel que iba á revelar los destinos del mundo y pronosticar las desdichas que amenazaban á la tierra y eran precursoras de su destruccion. Asienta la esfera en los cuatro puntos cardinales de las determinaciones astrológicas, y pone á la vista las cuatro figuras que dividian en cuatro iguales partes el círculo de la fatalidad. Dichas figuras estaban distribuidas á iguales distancias en derrredor del trono de Dios, esto es del firmamento, encima del cual ponian la residencia de la Divinidad. Las veinte y cuatro porciones del tiempo en que se devide la revolucion del cielo, se nombran veinte y cuatro ancianos, como se llamaba el Tiempo mismo ó Saturno.

Tambien se nombran alas las horas distribuidas de seis en seis, y todos saben que el tiempo le pintan alado. Por eso los animales celestes que deviden el zodiaco de seis en seis horas, se figuran con seis alas cada uno. Estas figuras de animales que hallamos situadas en el cielo de las fijas, y distribuidas en el mismo órden que las nombra el Apocalipsis, son las propias figuras de que-

rubines que en Ezequiel vemos. Ora, los Caldeos y los Siros llamaban el cielo de las fijas cielo de los querubines, y encima ponian el mar grande ó las aguas superiores y el cielo cristalino. Asi pues el autor del Apocalipsis se esplica en los mismos términos que la astrología oriental.

Tambien corroboran esta esplicacion nuestra los autores cristianos. Entre otros Clemente de Alejandría dice espresamente que las alas de los querubines indicaban el tiempo que circula en el zodiaco: luego no pueden ser otras las figuras del zodiaco, que corresponden puntualmente á las cuatro divisiones formadas por las alas, que los querubines que llevan estas alas, pues son cabalmente las mismas figuras de animales. ¿A que viene buscarlos en un cielo ideal, cuando los hallamos en el cielo real ó astronómico, el único donde se ven figuras de animales, que vulgarmente llaman los animales celestes? El autor repite muchas veces: Yo ví en el cielo; pues miremos al cielo con él.

Las mismas figuras son las de los cuatro animales atribuidos á los evangelistas, y las de los cuatro ángeles que segun los Persas

han de tocar la trompeta al fin del mundo. Los antiguos Persas veneraban cuatro estrellas principales que custodiaban los cuatro ángulos del mundo, y las cuatro estrellas correspondian á cuatro animales celestes que tenian la misma figura que los del Apocalipsis. Estos cuatro astros los encontramos tambien en la China, donde sirven para denotar las cuatro estaciones que en el siglo de Hiao correspondian á aquellos puntos del cielo. De suerte que el astrólogo que compuso el Apocalipsis, no hizo mas que repetir lo que contenian los libros antiguos de la astrología oriental.

Despues de asentar su esfera en los puntos cardinales, abre el libro de los destinos del mundo que llama alegóricamente el libro cerrado con siete sellos, y abre estos sellos el primero de los signos, que es *Aries* ó el cordero.

En los Dionisiacos usa Nonno una espresion muy semejante para denotar el libro de la fatalidad, nombrándole el libro de las siete tablillas, donde estaban escritos los destinos. Cada tablilla tenia el nombre de un planeta. Asi que no es difícil conocer que el li-

bro de los siete sellos es el de la fatalidad, consultado por el que se encarga de pronosticar lo que va á suceder en el mundo. Por eso, desde el capítulo sesto hasta el undécimo inclusivamente, se contienen todos los vaticinios que anuncian la serie de calamidades que amenazan al universo, guerras, hambres, mortandades, &c. Los lineamentos de todas aquellas pinturas son muy arbitrarios, y abortos de una imaginacion enardecida, que acaso fuera tan dificultoso sujetarlos á la analisis por los principios de la ciencia, como dar razon de los desvaríos de un enfermo que delira. Lo cierto es que enseñaba la doctrina de los Magos, que antes de la destruccion de Ahrimanes seria asolada la tierra con pestes, hambres y otras plagas. Tambien decian los vates etruscos, que cuando se disolviera el universo para tomar nuevo semblante, se oiria el toque de la trompeta en el aire, y aparecerian señales en el cielo y en la tierra. Estos dogmas de la teología de los Persas y Etruscos han dado materia á la amplificacion del sacerdote autor del Apocalipsis, bordando esta tela á su modo en los seis capítulos citados.

En el duodécimo vuelve á contemplar el cielo de las fijas, y la parte del firmamento donde está la nave llamada el Arca, la Virgen, el Dragon que viene detras, la Ballena que se pone á su orto, el animal con cuernos de carnero, ó Medusa que sale á su ocaso; y sacando á la escena todas estas constelaciones, forma con ellas un retablo maravilloso, todo él alegórico. Pasada revista á las constelaciones que determinan la época en que se renueva todos los años la naturaleza al llegar el sol al signo del cordero, describe el autor del Apocalipsis una serie de acontecimientos, donde se ven al cabo verificados los pronósticos que del libro de la fatalidad habia sacado. Todo se cumple con el mismo órden que arriba habia vaticinado.

Despues de todas estas plagas sucede el juicio final, ficcion que hemos visto en Platon, y que hacia parte de la mistagogia oriental. Habiendo imaginado premios y castigos, era cosa natural suponer que se distribuian con justicia, y que daba á cada uno el sumo juez el merecido de sus obras. Los Griegos creian en el juicio de Minos, y nada han inventado los cristianos, pues han copia-

do los dogmas de los antiguos caudillos de iniciacion. Las resultas de este juicio eran separar al pueblo de Ormuzd del de Ahrimanes, caminando cada uno bajo la bandera de su caudillo, unos al Tártaro, y otros al Elíseo ó la mansion de Ormuzd. Ese es el sugeto de los postreros capítulos, empezando por el décimo-septimo. En ellos, como en la teología de los Persas, hace papel el mal principio en la monstruosa forma de la serpiente, que en aquella teología tomaba Ahrimanes. Este pelea contra el principio de bien y de luz, y contra su hueste; pero al cabo es vencido, y lanzado con los suyos á la horrorosa mansion de las tinieblas donde nació, como en Nonno fulmina Jove á Tifon ó Tifeo antes de restablecer la armonía celeste.

Victorioso el dios Luz lleva á su pueblo y á sus escogidos á la mansion de la luz y la eterna felicidad; nueva tierra de donde serán desterrados para siempre el mal y las tinieblas que reinan en el mundo. Pero el mundo nuevo conserva las divisiones del antiguo, y tambien se aplica el número duodecimal, que dividia el primer cielo, á las divisiones del nuevo universo, al cual pre-

side igualmente *Aries* ó el cordero.

En esta última parte de la obra, es donde mas patente está la astrología. Efectivamente los antiguos astrólogos orientales sujetaban todas las producciones de la naturaleza al influjo de los signos celestes, distribuyendo en clases las plantas, los árboles, los animales, las piedras preciosas, las cualidades elementales, los colores, &c. bajo los doce animales del zodiaco, segun las analogías que se figuraban tenian dichos objetos con la naturaleza de los signos.

En nuestra obra grande hemos impreso el resúmen sistemático de los influjos, que anuncia la conexion de las causas celestes con efectos sublunares en los reinos animal, vegetal y mineral. En él se notan doce piedras preciosas, cabalmente las propias que las del Apocalipsis, colocadas en el mismo órden y atribuidas á un signo cada una. De suerte que los signos celestes los figuraban otras tantas piedras preciosas; y como en la distribucion mensual se agrupan los signos de tres en tres para denotar las cuatro estaciones, en el Apocalipsis se agrupan tambien de tres en tres, en la ciudad de las doce puertas y los do-

ce cientos. Cada facha de la ciudad sagrada miraba á uno de los puntos cardinales del mundo, conforme á la division astrológica que señalaba tres signos por cada uno de dichos puntos, en razon de los vientos que soplan de los varios puntos del horizonte, que se dividieron en doce, ó en tantas partes como signos hay. Los tres de levante correspondian á la primavera, los de poniente al otoño, los de mediodia al verano, y los de norte al hibierno.

Doce vientos hay, dice un astrólogo, á causa de las doce puertas del sol, por donde salen estos vientos engendrados por aquel astro. Por eso atribuye Homero á Eolo, dios de los vientos, doce hijos. Las doce puertas del sol están denotadas aquí con la apelacion de doce puertas de la ciudad sagrada del dios de la Luz. A cada puerta pone el autor un ángel ó genio, que era el que presidia á cada viento particular. En Constantinopla habia una pirámide que coronaba una figura, que con su movimiento señalaba los doce vientos representados por doce genios ó doce imágenes. Esos son los ángeles que en el Apocalipsis presiden al soplo de los vientos: cua-

tro de ellos están encargados de los cuatro vientos que salen de los cuatro ángulos del horizonte. Este está dividido en doce vientos; por eso se ponen doce ángeles. Todo esto no es mas que la astrología ligada con el sistema de ángeles y genios que admitian los Caldeos y los Persas, de los cuales han sacado esta teórica los Hebreos y los Cristianos.

Tambien los nombres de las doce tribus, escritos en las doce puertas, nos acuerdan el sistema astrológico de los Hebreos, que habian colocado cada tribu bajo uno de los signos celestes; y efectivamente vemos en la profecía de Jacob, que convienen los lineamentos característicos de cada uno de sus hijos con los de los signos en que colocan los Hebreos la tribu que de él procede.

Despues de hacer Simon Joachites un recuento de las inteligencias, que reparte segun las relaciones que han de tener con los cuatro puntos cardinales, pone en el centro un templo santo que lo sustenta todo. Este tiene doce puertas, y en cada una de ellas un signo del zodiaco estampado: en la primera está el de *Aries* ó el cordero. Esos son, con-

timúa este rabino, los doce caudillos ó moderadores colocados segun el plan de la distribucion de una ciudad y un campo; esos los doce ángeles que presiden al año y á los doce términos ó divisiones del universo.

En su libro de los genios ó ángeles custodios del mundo, los agrupa Pselo de tres en tres, de modo que hagan facha á los cuatro puntos cardinales.

Oigamos ahora á los mismos doctores cristianos y judíos. Nos dice el docto obispo de Alejandría, que el racional que llevaba al pecho el sumo sacerdote de los Judíos, era *imágen del cielo*; que las doce piedras que le componian, y estaban colocadas en un cuadrilátero de tres en tres, *denotaban el zodiaco y las cuatro estaciones, cada una de tres meses.* Ora estas piedras colocadas como las del Apocalipsis tambien eran las mismas, menos unas pocas. La misma esplicacion dan Filon y Josefo. En cada piedra, dice Josefo, estaba grabado el nombre de uno de los doce hijos de Jacob, cabezas de tribu, y representaban aquellas piedras los *meses ó los doce signos figurados en el zodiaco.* Añade Filon, que aquella distribucion *de tres en tres.*

indicaba notoriamente las estaciones que *bajo sus tres meses corresponden cada una de ellas á tres signos.*

Por todos estos testimonios no puede quedarnos duda de que el mismo espíritu astrológico que presidió á la composicion del racional, dirigió tambien el plan de la ciudad santa, resplandeciente en luz pura, y donde han de morar los escogidos, discípulos fieles de Ormuzd.

En Luciano encontramos tambien otra ciudad semejante destinada para mansion de los bienaventurados, y donde lucen el oro y pedrerías que adornan la ciudad del Apocalipsis. No hay mas diferencia entre estas dos ficciones, sino que Luciano ha figurado la division por siete ó el sistema planetario, y el Apocalipsis ha preferido la division por doce ó la del zodiaco, que atravesaban los hombres para volver al mundo luminoso. En las ficciones sacras de los Maniqueos acerca del regreso de las almas al *aire perfecto y la coluna de luz*, se figuraban estos mismos signos con doce vasos atados de una rueda, que dando vueltas subia las almas de los bienaventurados al foco de la eterna luz. El es-

píritu mistagógico ha variado los emblemas que denotaban el mundo y el zodiaco: la rueda de los Maniqueos es el zodiaco, que llamaban los Hebreos la rueda de los signos. Esas ruedas son las que vé Ezequiel dar vueltas en el cielo; porque los Orientales, repara con mucha razon Beausobre, son muy místicos, y esplican sus pensamientos con símbolos y figuras, que si se interpretaran literalmente, sustituirian la sombra á la realidad. Del mismo modo denotan los Mahometanos el universo con una ciudad que tiene doce mil parasangas de circuito, y donde hay doce mil pórticos, quiere decir que usan la division milesimal, como los Persas en su fábula de la creacion, para representar el tiempo ó el célebre período repartido entre los dos principios; fábula que se halla en todos los pueblos.

Tambien los Septentrionales hacen mencion de doce gobernadores encargados de arreglar todo cuanto pertenece á la administracion de la ciudad celeste. Celebran su asamblea en el llano llamado *Ida*, situado en medio de la residencia divina, y donde hay una sala con doce tronos, sin contar el que ocupa

el *Padre universal*. Esta sala es la mas espaciosa y magnífica del mundo, de oro por dentro y fuera, y se nombra mansion de la alegría. Al fin del cielo está la mas hermosa de todas las ciudades, que se llama *Gimle*, y es mas resplandeciente que el mismo sol. Esta ha de subsistir despues de la destruccion del cielo y la tierra, y han de vivir en ella los buenos y justos por los siglos de los siglos.

Tanto en las fábulas sacras de estos pueblos como en el Apocalipsis, se vé la conflagracion del mundo actual, y el tránsito de los hombres á otro mundo donde han de vivir. A continuacion de muchos portentos que acompañan tamaña catástrofe, vemos aparecer varias moradas, deliciosas unas y espantosas otras. La mejor de todas es *Gimle*. El Edda habla, como el Apocalipsis, de un nuevo cielo y una nueva tierra. «Saldrá, dice, del mar una bella y amena tierra, cubierta de verdor y de campos, donde vendrán naturalmente y sin cultivo las mieses. Los males serán espelidos del mundo." En Voluspa, poema escandinavo, vemos el gran dragon del Apocalipsis, acometido y muerto á ma-

nos del hijo de Odino ó el dios Tor. «Entonces se apaga el sol; se derrite la tierra en el mar; abrasa la voraz llama todos los límites de la creacion, y se levanta al cielo. Empero del seno de las ondas, dice la profetisa, veo brotar una nueva tierra ornada de verdura. Las mieses maduran no sembradas, y desaparece el mal. En *Gimle* veo una mansion cubierta de oro y mas resplandeciente que el sol: allí moran los pueblos virtuosos, y su dicha no tendrá fin." Presumo que nadie creerá que fuese inspirada de Dios la profetisa de los Escandinavos. ¿Pues por que ha de ser tenido por inspirado el autor de la profecía de los cristianos de Frigia, ó la revelacion del profeta Juan, cuando sus ideas mistagógicas son puntualmente las mismas que las que hemos visto consagradas en la teología de los Magos, cuyo resúmen nos ha dejado Teopompo muchos siglos antes que hubiera cristianos?

Un trozo muy precioso de esta teología nos queda en el discurso vigésimo-cuarto de Dion Crisóstomo, que debajo del velo de la alegoría describe el sistema de la conflagracion del mundo y su reorganizacion. En di-

cho discurso vemos la doctrina de Zenon y Heraclito de la transfusion ó metamorfósis de los elementos unos en otros, hasta que pare el elemento del fuego por convertirlo todo en su naturaleza. Este es el sistema de los Indios, que dicen que Vichenú lo convierte todo en su propia sustancia, para sacar de ella un nuevo mundo. En todo esto no hay cosa estraña ni inspirada, sino solo una opinion filosófica como otras muchas. ¿Por que ha de ser entre nosotros una verdad revelada? ¿Es porque está en un libro que califican de sagrado? La ficcion de Dion Crisóstomo está ornada de tan maravillosas imágenes como la del Apocalipsis. Cada elemento le figura un caballo que se llama caballo del dios que preside á aquel elemento. El primero pertenece al elemento del fuego éter, llamado Júpiter, y es superior á los otros tres, como el fuego que ocupa el sitio mas alto en el órden de los elementos. Este caballo es alado, mas ligero que los demas; describe un círculo mayor, que abraza los otros tres; luce con un resplandor mas puro, y en su cuerpo se ven las imágenes del Sol, la Luna, y los astros situados en la region etérea. Es el

mas hermoso de todos los caballos, y muy amado de Júpiter. Tambien en el Apocalipsis hay caballos que se diferencian por el color.

El segundo que sigue inmediatamente y está mas inmediato del de Júpiter, es el de Juno ó el aire, porque Juno denota muchas veces el aire, al cual preside esta diosa. Es de menos fuerza y velocidad que el primero, y describe un círculo concéntrico mas chico; su color natural es negro, pero la parte espuesta al sol se torna luminosa, y la que está á la sombra conserva su color natural. ¿Quien no conoce que este caballo es el aire, luminoso por el dia, y oscuro por la noche?

El tercer caballo está consagrado á Neptuno, dios de las aguas: el paso de este es todavía mas pesado que el del segundo.

El cuarto, que no se mueve, se llama el caballo de Vesta, y está siempre en un sitio tascando el freno. Los dos mas inmediatos se apoyan en él, reclinándosele encima: el mas distante gira en derredor como en torno de su límite. Baste notar aquí que Vesta es el nombre que da Platon á la tierra y al fuego central que encierra, representándola in-

móvil en medio del mundo. La tierra colocada en el centro vé elevadas sobre ella tres capas concéntricas de elementos, cuya velocidad es en razon inversa de su densidad. El mas sutil y mas ligero es el elemento del fuego, que figura el primer caballo: el mas pesado la tierra estable y fija en el centro del mundo, representada por un caballo inmóvil, en torno del cual giran los otros tres á distancias y con velocidades que van en aumento á proporcion de la distancia. No obstante la diferencia de su índole, viven en sana paz los cuatro caballos: espresion figurativa que significa el principio de los filósofos tan sabido, que se conserva el mundo por la conducta y armonía de los elementos.

Despues de haber dado muchas vueltas, cayó el soplo vigoroso y ardiente del primer caballo en los otros tres, con especialidad en el último, abrasando su crin y todo el arreo de que se mostraba ufano. Este suceso, dicen los Magos, le cantaron los Griegos en la fábula de Faetonte, que hemos esplicado en nuestra obra grande.

Muchos años despues, agitándose con violencia el caballo de Neptuno se cubrió de

un sudor que inundó al inmóvil atado junto á aquel. Eso es el diluvio de Deucalion, que tambien hemos esplicado.

Estas dos ficciones enuncian un dogma filosófico de los antiguos, que decian que se verificaba el incendio del mundo cuando dominaba el principio del fuego, y el diluvio cuando era superabundante el del agua. Mas estos desastres no acarreaban la total destruccion del mundo.

Otra catástrofe muy mas terrible habia, que paraba en la destruccion universal de todas las cosas; y era la que resultaba de la metamorfósis ó transformacion de los cuatro caballos uno en otro, ó, hablando sin figuras, de la transfusion de los elementos entre sí, hasta convertirse todos ellos en una sola naturaleza, cediendo á la vigorosa accion del mas fuerte. Los Magos comparan este postrer movimiento con un tiro de caballos. El caballo de Júpiter, que es el mas vigoroso, consume á los demas, que cotejados con él son como de cera, y reasume en sí toda la sustancia de los otros tres, siendo de naturaleza infinitamente mas perfecta. Despues que se ha dilatado y rarificado la sustancia

única de modo que recobra toda la pureza de su naturaleza primitiva, aspira á reorganizarse y reproducir las otras tres naturalezas ó elementos, componiendo un mundo nuevo de agradable conformacion, y que tiene todas las gracias y el brío de una obra nueva. Esa es en resúmen esta cosmogonía que hemos esplicado latamente en nuestro manuscrito del *Cotejo de las cosmogonías*. No es por tanto estraño que reproduzcan las distintas sectas religiosas con diferentes formas el dogma filosófico de un mundo destruido y renovado, á que se sustituye un órden mejor de cosas. Esta doctrina es el fundamento de la cuarta égloga de Virgilio, y de las ficciones de los Indios sobre la vuelta del siglo de oro. Tambien la hallamos en el cuarto libro de las cuestiones naturales de Seneca.

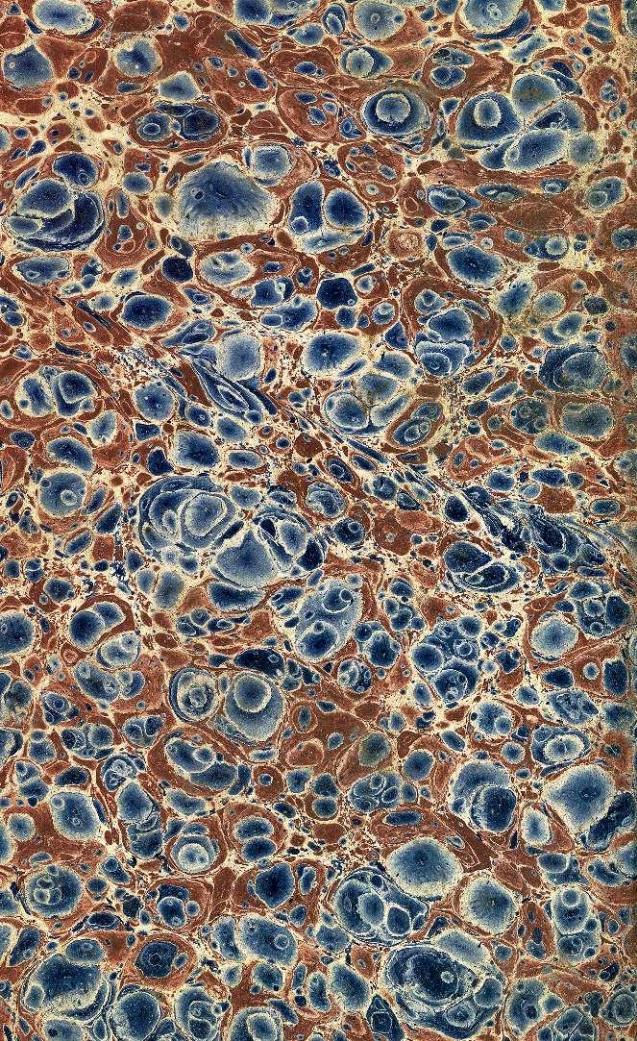
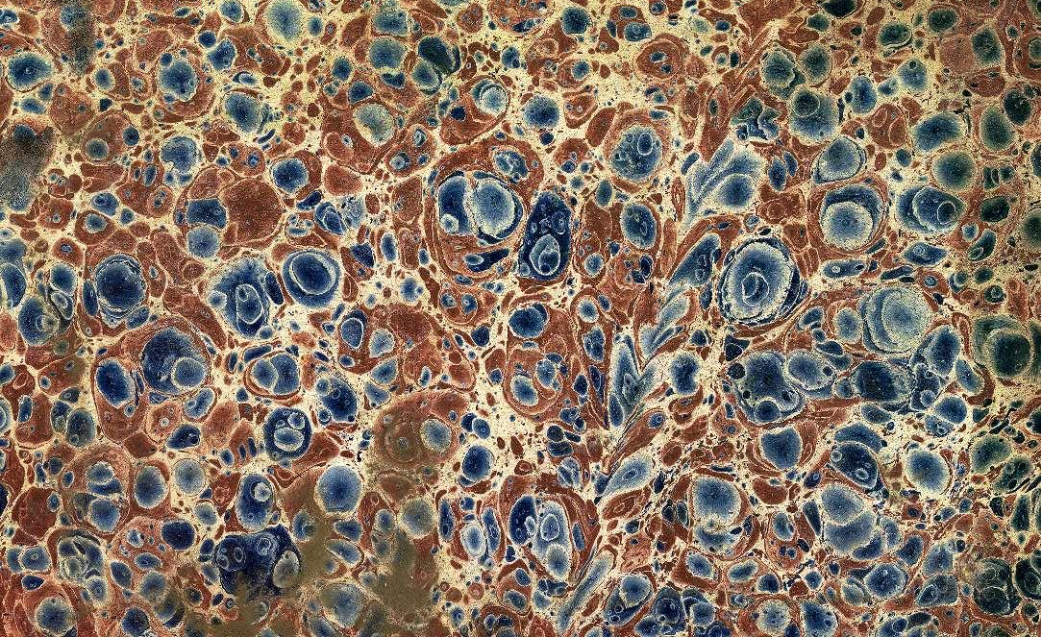
La teología de los Indios, escrita toda ella en el mismo estilo que el trozo citado de la de los Magos, supone que despues de la total destruccion del universo, quiso Dios, que habia permanecido como una llama ó una luz, que volviera el mundo á su antiguo estado, y procedió á la reproduccion de los

seres. No continuaremos el cotejo de todas las opiniones filosóficas que ha enunciado á su modo cada mistagogo; y nos ceñimos á este ejemplo, que basta para darnos idea de la índole alegórica de los antiguos sabios del Oriente, y justificar el uso que de los dogmas filosóficos que conocemos habemos hecho, para descubrir la significacion de las monstruosas ficciones de la mistagogia oriental. Este modo de instruir á los hombres, ó mas bien de engañarlos so color de instruirlos, dista tanto de nuestras costumbres, como difiere la escritura geroglífica de la nuestra, y el estilo de la ciencia sacra del de la filosofía moderna; pero esa era la lengua en que se hablaba á los iniciados, dice el autor de la cosmogonía fenicia, para escitar admiracion y asombro en los mortales. Este mismo espíritu, como hemos visto, presidió á la composicion de los primeros capítulos del Génesis, y dió orígen á la fábula del árbol de los dos principios, ó el árbol de la ciencia del bien y del mal, y á la de la famosa serpiente que introdujo en el mundo el mal que solo al cordero es dado quitar de él.

No era el único objeto de la ficcion apo-

calíptica pasmar á los iniciados en los misterios del cordero, mas tambien atemorizar los ánimos de todos cuantos no cumpliesen con las leyes de la iniciacion; porque ese ha sido el blanco de todas las principales fábulas sacerdotales, las del Tártaro, el diluvio, el fin del mundo, &c. Los sacerdotes han querido gobernar el orbe por el terror, y han armado la naturaleza entera contra el hombre, sin que hubiera fenómeno que no fuese señal ó efecto del enojo de los dioses. Granizos, rayos, incendios, pestes, en una palabra todas cuantas plagas afligen la triste humanidad, fueron tenidas por efectos de la divina venganza que castigaba las generaciones culpadas. El incendio de Sodoma se representa como castigo de las culpas de sus moradores. Los Arabes tenian tribus que dicen que se han perdido por no haber escuchado la voz de los profetas. Si se tragó el mar la famosa Atlantida, que acaso solamente en la imaginacion de los sacerdotes egipcios ha existido, fue porque quisieron los dioses castigar los pecados de aquellos isleños. Tambien tienen los Japoneses la ficcion de la isla Maury, anegada por castigo

de la divina justicia. Pero especialmente el dogma filosófico de la transmutacion de los elementos, es aquel de que mas se ha abusado, con nombre de fin del mundo; porque todo ha parecido bueno á los sacerdotes para atemorizar á los hombres, y tenerlos avasallados. Puesto que nunca se hubiese de verificar esta amenaza, siempre la temian, y con eso bastaba. Verdad es que no por esto se enmendaban los humanos. Si por acaso se aventuraba alguno á determinar la época de esta catástrofe, salia el sacerdocio del paso aplazándola para otro tiempo, y la plebe no se desengañaba; porque es estrella suya dejarse guiar de los sacerdotes. De aqui provienen los continuos temores en que vivieron los cristianos los primeros siglos de la iglesia, con el fatal miedo del fin del mundo, que se figuraban muy inmediato: luego le emplazaron para el principio del undécimo siglo ó el año mil de la era cristiana. Hasta los últimos siglos han evocado esta vana sombra que ya á nadie mete miedo, ni aun en la forma de cometa que le han dado otros embusteros modernos. La filosofía es la que debe, apoyándose en la erudicion, po-

ner patente el orígen de estas fábulas, analizar sus milagrosos cuentos, y sobre todo indicar el fin de ellas: y eso es lo que en esta obra hemos hecho.

FIN.